

MUSEO CRIMINAL

REVISTA ILUSTRADA MADRID

ANTOLOGÍA DE LA REVISTA MADRILEÑA (1904-1909)



MORDRAKE



Ayuntamiento de Madrid



MUSEO CRIMINAL

MUSEO CRIMINAL

Antología de la revista madrileña
(1964-1969)

(Varios Autores)

Antología de la revista madrileña
(1964-1969)

Antología de la revista madrileña
(1964-1969)



Ayuntamiento de Madrid

**Antología de la revista madrileña
MUSEO CRIMINAL (1904-1909)**

Editorial Libritos Jenkins
Colección Mordrake #003

Prólogo de:
Óscar Alarcía

Portada y maqueta:
Frunobulax

© 2021 Libritos Jenkins

libritosjenkins.bigcartel.com

Ayuntamiento² de Madrid

R.

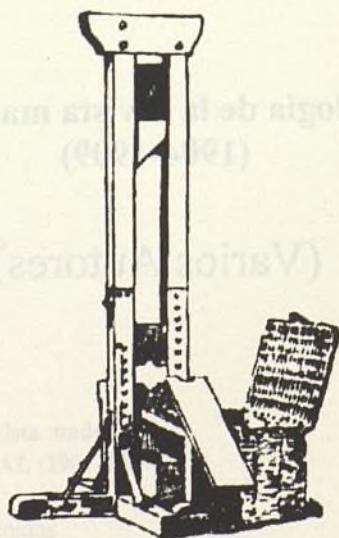
MUSEO CRIMINAL

**Antología de la revista madrileña
(1904-1909)**

(Varios Autores)



R. 401840380³



de tiempo
que tuvo
la Era V
Europa
que sob
ción ro
cientifi
Woolf,
Stoker,
filmica
Tiempo
el sumi
cerías
de la c
sombra
tos fáb

En
de la f
cadas;
Blount
anti-ci
gioso,
newton
biograp
los inv
cultura
territor
diante
volum
ductos

PRÓLOGO

«Declaramos a los ricos fuera del derecho de gentes, y declaramos que, para combatirlos como se merecen, es necesario y lícito que aceptemos todos los medios que mejor conduzcan a tal fin, incluso el hierro, el fuego y la calumnia».

Del reglamento de La Mano Negra, hacia 1880



QUIÉN no siente una emoción particular al pensar en aventuras de tiempos remotos, en general... y particularmente, al enfrentar historias que tuvieron lugar durante la *Gilded Age* norteamericana (1870-1891) o la Era Victoriana (1837-1901) en Inglaterra y su equivalente en el resto de Europa: esa "Edad Dorada mental" a caballo entre el siglo XIX y el XX, que sobrevive en el inconsciente colectivo, barnizada de nostalgia y ficción romántica, en la que convivían sensacionales inventores, escritores, científicos y personajes inmortales: Dickens, Carroll, Darwin, Tesla, Woolf, Brontë, Sherlock Holmes, Jack el Destripador, el Drácula de Bram Stoker, las popeyas de R. L. Stevenson, el robot Boilerplate, la magia filmica de Edison, los Lumière y Segundo de Chomón, la Máquina del Tiempo de H. G. Wells o, mejor aún, el Anacronópete de Enrique Gaspar, el suministro de cocaína en las farmacias y de carne humana en las carnicerías (...no son las dos parte de la ficción...), el balneario de Battle Creek de la compañía Kellogg, los *medicine shows* de señores bigotones con sombrero de copa tirando de carromatos, donde dieron sus primeros pasos fábulas tan fenomenales como la de la Coca-Cola...

En esta misma editorial, Libritos Jenkins, ya han asomado muestras de la fascinación e inagotable fuente de historias que supusieron esas décadas; por ejemplo, en "*La secta de la Tierra Plana*" conocimos a Lady Blount y su pequeño ejército de *negacionistas* que, apoyados en teorías anti-científicas de mediados del XIX, y sobre todo en el fanatismo religioso, pergeñaron preciosos panfletos *alternativos* que defendían el *anti-newtonismo*; y dedicamos otro *fanzine* de esta casa a repasar a fondo la biografía y la obra de Rube Goldberg, pionero del tebeo de prensa y de los inventos fútiles de fantasía (y de muchas cosas más), en plena *batalla cultural* entre Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst por hincar en su territorio la bandera del *amarillismo* periodístico. El ajusticiamiento mediante electrocución de la elefanta Topsy (crónica incluida también en este volumen) también tuvo gran *peso*, literal y figurado, en otro de los productos de Libritos Jenkins: ese repaso histórico al audiovisual salvaje que

fue "Homer-Visión".

En esta ocasión vamos a sumergirnos de lleno en otro meandro de la prensa internacional nacida en esos mismos años: el periodismo de sucesos de hace 120 años, concretamente el que se publicaba en España.

El presente volumen es una somera recopilación de artículos extraídos de la revista madrileña *Museo Criminal*, una publicación especializada en sucesos, que se comenzó a distribuir, suscripción mediante, el 1 de enero de 1904; y cuya vida se prolongó, en entregas quincenales y sin pausa, hasta el 15 de agosto de 1909, cuando en su número 135 se anunció su defunción.

Basta echar un vistazo a los diarios de la época pretérita en cualquier hemeroteca, para comprobar que el formato en el que se ofrecían las noticias por aquel entonces no distaba casi nada de los periódicos actuales: la prensa escrita se ha mantenido inalterada durante alrededor de 200 años y hasta estos días nuestros en los que agoniza (soterrada por la Era de Internet), sigue ofreciéndose en pliegues de sábanas en similar papel de pulpa desechable, rellenos hasta el *horror vacui* de tinta negra distribuida en apretadas columnas, formando un vistoso paisaje de cuadraditos asimétricos. El salto del siglo antepasado al pasado introdujo apenas como única novedad, debida a la *globalización* e industrialización del uso de la imprenta y la fotografía, la inclusión de ilustraciones, grabados o fotografías relativas a lo noticiado. Fue un proceso tímido y progresivo, y hasta mediados del XX muchos diarios de tirada nacional seguían constando solamente de letras en negro sobre blanco, bien *tipos móviles* entretejidos o bien mediante linotipia, y los retratos eran escasísimos, debido tanto al lento proceso de revelado como a los costes de producción. Es por esto que repasar la prensa de entonces resulta mucho más aburrido que contemplar revistas y tabloides, repletos de grabados, ornamentos, marcos,



POLICE NEWS

THE ILLUSTRATED
LAW COURTS AND WEEKLY RECORD

No. 1,754.

SATURDAY, SEPTEMBER 22, 1885.

Price Six Pennies.



florituras y publicidad ilustrada de enseres de boticario.

Todo buen aficionado a la cultura victoriana sabrá apreciar como merece la belleza de las revistas de entonces, o las de todo el siglo XIX. Muchas de estas publicaciones previas al desarrollo de la fotografía eran verdaderas obras de arte, repletas de cabecezas artesanas, títulos de sección y demás ilustraciones maravillosas, textos grandilocuentes y entusiastas, publicidad estrambótica, sucesos cotidianos, avistamientos extraños, dramas sobre *freaks* de feria, agasaje institucional, cotilleos de la alta sociedad, estruendo político, *fake news*... Es decir, todo exactamente igual que ahora, pero con una realización primorosa y artesana. Por no andarnos por las ramas, citaremos solamente un par de ejemplos de tabloides sobre sucesos y actividad delincencial, que podemos considerar sin lugar a dudas como el espejo en el que se miró nuestro **Museo Criminal**: el sensacional semanario americano *National Police Gazette* (fundado en 1845 y aún vivo), su homólogo en las islas británicas *Police Gazette* (1772-2017) y sobre todo esa obra de orfebrería, amarillismo y casquería, coetánea al mismísimo Destripador, el también británico *The Illustrated Police News* (1864-1938).

En las grandes ciudades españolas del cambio de siglo y el cine mudo, época en la que precisamente coincidió el establecimiento de los primeros quioscos públicos, convivían con los (pocos) diarios nacionales y (numerosísimos) locales cientos de revistas que han caído en el olvido. Es bien sabido que el periódico de tirada nacional más longevo que sobrevive a nuestros días es el conservador *ABC*, que nació el 1 de enero de 1903, solo un año antes que nuestro querido **Museo Criminal**; pero su señorial e histórica revista semanal ilustrada, *Blanco y Negro*, es anterior, y vio la luz en 1891. Lo que poca gente conoce es la cantidad de publicaciones que





había en España por aquella época, sobre todo tipo de temáticas, que no tienen nada que envidiar al parque de revistas que podemos encontrar hoy en día en los anaqueles (la comparación flojea si pensamos en los quioscos de los años sesenta, setenta u ochenta del siglo pasado, claro). Se recuerdan algunas revistas sobre política, noticieros, religión, deportes, cultura o tauromaquia (que en algunos casos se prolongaron en el tiempo e incluso sobrevivieron a la Guerra Civil y la segunda Mundial), y existen boletines, gacetas y anuarios igualmente centenarios nacidos en foros universitarios, gremios de oficios específicos, asociaciones o sindicatos de toda índole, que también merecerían estudios profusos.

Pero una actividad altamente recomendable para el aficionado a la cultura *proto-pop*, de esas que te hacen cambiar para siempre la imagen que tenías de tus bisabuelos, es ojear, por ejemplo, las páginas de las maravillosas revistas ilustradas de recetas de cocina de hace cuarenta mil días (como la bellísima golosina madrileña *El Gorro Blanco*, que editó cientos de ejemplares entre 1906 y 1946); babear con los primeros pasitos de los *magazines* cinematográficos con portadas a todo color y hagiografías de nuestras vedettes y cupletistas (algo más tardíos, claro); contemplar en todo su esplendor la riquísima historia de nuestra prensa satírica, cuyo origen se data en el lejano 1735 (y que en las primeras décadas del siglo que nos ocupa dieron cabida a algunos de nuestros escritores más prestigiosos, léase *Azorín*, Wenceslao, De la Serna, *Tono*, Carrere, Mihura, Jardiel...); descubrir el pasado lejano de las revistas *porno*, ¡que ya las había a comienzos del siglo pasado!, llenas de relatos, humor gráfico y grabados picantes: revistas *licenciosas* como *El Fandango* (1891), *Vida Galante* (1898-1905), *París Alegre* (1901-1903) o *El Sicalíptico* (1904), o sus modernísimos y esnobistas herederas, como *Flirt* (donde se prodigaron también muchos de los famosos escritores e ilustradores satíricos antes citados)... Otro de los descubrimientos que pueden llamar la atención del lector contemporáneo es comprender lo libre, plural, desprendida y *distinta* que era la sociedad española pre-guerras, al localizar docenas de cabece-
ras, algunas de larguísima trayectoria, que compartían punto de venta con cualquiera de las anteriores y que estaban centradas en temas tan en boga

Nuestros propósitos.

Las razones que informan la existencia periodística de este Museo CRIMINAL son ecos de la vida europea, de los países cultos que tanta atención dedican á los asuntos que han de ocupar las columnas de esta Revista.

El docto, el profesional y el profano han de encontrar en ella la doctrina que ilustra, el perfeccionamiento que aprovecha y la nota interesante y sugestiva de las tragedias humanas.

El Museo CRIMINAL será desde esta fecha una

historia vivida del delito en todas sus manifestaciones y una verdadera escuela, las enseñanzas de la cual han de desprenderse de los hechos que en el curso de los acontecimientos vayamos consignando.

Aunque de carácter general, es natural que interese más á los que tienen la misión social de luchar contra las huestes del crimen, bien por la acción reprobatoria que los funcionarios de la Guardia civil y los de policía ejercen; bien con las sanciones de la ley aplicada por los jueces, que son encastados; bien haciendo efectiva la penalidad en

los establecimientos penitenciarios confiados á la guarda de los empicados del Cuerpo de Penales.

Para otros muchos se escribe también el Museo CRIMINAL: los letrados amantes de su profesión encontrarán en esta Revista los problemas que hoy preocupan á los criminalistas más ilustres; los novísimos procedimientos de enjuiciar; la moderna modalidad del Derecho, que abandona su rigidez medioeval para irse plegando á las costumbres, ofreciendo una lógica e asidua, un aspecto multiforme, según las condiciones psíquicas y psicológicas del caso á que se aplica. Prueba gallarda de esta nueva concepción del Derecho son

los notables fallos del famoso juez francés Mr. Magnaud, las sentencias del cual tienen un indeleble sello de humanidad y marcan el punto de partida de una nueva era en el proceso de la justicia arcaica.

Museo CRIMINAL tiene, por último, lectura para el gran público, porque sus páginas contendrán cosas y curiosidades que todo hombre culto debe conocer si quiere vivir en el ambiente del moderno progreso.

Cuando ejercitemos el elogio ó la censura no será con el diltirambo exagerado ó la punzante acrimonia; la moderna



CONDUCCION DE PRESOS EN DIA DE NEVE

para los españolitos el *summum*, el espejo en que mirarse, el epicentro exótico de la modernidad y la aventura; muchas de sus notas son simples traducciones o adaptaciones no reconocidas de noticieros amarillistas franceses como *Je sais tout*), con muchísimo menos espacio para los sucesos locales, con cada vez menos gráficos y más material ajeno, secciones fijas seriadas y un lenguaje cada vez menos ornamentado. Hablando del lenguaje, por cierto, aprovecho para aclarar que solo he *corregido* tildes en desuso o extranjerismos recién acogidos como "*foragido*", "*chantage*", "*lynchamiento*", "*detective*", etc., que por entonces eran utilizados en cursiva y con la ortografía original; muchos otros términos, verbos o formas verbales en desuso los he dejado intactos, claro, pues es parte del atractivo de la lectura.

La razón de este drástico cambio (no explicado) en el número 41, auguro que se debió a la baja (tampoco anunciada) de la que era su firma más estable en los primeros meses, un reportero llamado Ricardo García De Vinuesa, que firmaba la columna final, "Crónica del crimen", entre otros escritos y series. Al margen de este profesional, y con excepciones, la mayoría de los textos venían sin firmar, o testimoniados por seudónimos de todo pelaje (Primitivo Romero Peláez, Perfecto García, V., Marco Polo, Claridades, J. P. de la R., X., Ramiro Blanco, Gonzalo González de la Gonzalera, Doña Perfecta de la Perfección Perfectísima...), quien sabe si por eludir a los *cacos* o la presión de esas Fuerzas de la Ley a las que por lo general admiraban y elogiaban... excepto cuando no tocaba.

Más allá de esos *alias*, no existía ninguna página de créditos o *staff* en el *Museo Criminal*, a excepción de las menciones habituales al jefe de la facción gráfica, el Sr. Meléndez, que firmaba la mayoría de los grabados de los primeros años. La información fidedigna en torno a los responsables de este panfleto tamaño cuartilla, su metodología, sus otras ocupaciones, el funcionamiento de su redacción, se ha perdido en el tiempo. Lo único que sí sabíamos era su localización física en el centro de Madrid, aunque su sede fue también variando con el tiempo: en 1904, sus oficinas estaban en el número 20 de la calle Barquillo 20, pero pronto se trasladaron a su sede más duradera, en plena Plaza de San Ildefonso de Malasaña. En sus estertores tuvo dos localizaciones más (en la calle Florida nº 14 y finalmente en Campomanes nº 10), para ser absorbido finalmente el equipo por la más importante *El Mundo Militar* (que igualmente cerró en 1919).

Como iremos viendo, *Museo Criminal* no solamente se ocupaba de la Crónica Negra, sino que abarcaba todos los campos de interés de cualquier aficionado a combatir el crimen. Sin ser un producto destinado exclusivamente a los miembros de la Benemérita, el Ejército o los Carabineros,

como si serían otros históricos semanarios gremiales posteriores igualmente repletos de sucesos y acontecimientos del malhechor cotidiano (pero muchísimo más politizados, como decía; aunque no por ello menos interesantes y vistosos), como *La Policía Científica* (1913-1914), *El Somatén* (1923-1929), *Paz y Buena Voluntad* (1924-1929) o *Urbe* (1935), el *Museo Criminal* incluía en su primer número una carta de José Millán-Astray (cuando tan solo era un joven Inspector del Cuerpo de Prisiones), y estaba salpicado de textos sobre tipificación de delitos, sistemas policiales, noticias sobre el funcionamiento de las prisiones, asuntos judiciales y mucha enseñanza criminalística, aspecto en el cual resulta especialmente divertido contemplar la sobre-influencia *freudiana* en la sociedad europea, con docenas de artículos sobre morfología craneal y facial, *fisionomía* (sic) o grafología, y avances en la detección y procesamiento de reos, como curiosísimos avances pioneros en el uso de la huella dactilar, del fotoperiodismo, el retrato judicial o el uso de elementos tan novedosos en 1904 como el gramófono.

Un apunte: resulta esclarecedor comprobar cómo ya era necesaria (siempre lo ha sido) la construcción y criminalización de un enemigo común para alivio y conveniencia del *español de bien*, y como por aquel entonces no había un problema de inmigración, ni todavía se cargaban las tintas contra los judíos ni masones como unas décadas más tarde, la asociación xenófoba entre delincuencia y demografía se cebaba con los gitanos (durante muchos números, por cierto, se serializó un extensísimo

NOTES

MISTERIOS DE LA INQUISICIÓN



El baile de Elena

La polioencefalite, pur sempre d'origine infettiva (in particolare, più che altro, da virus della famiglia dei Coxsack B), ha come sede primaria il sistema nervoso centrale, dove si manifesta, per lo più, in forme acute, con quadri clinici che possono essere di tipo focale, con epilessia localizzata, o di tipo generalizzato, con crisi tonico-cloniche, ma che si rischiarano, con la guarigione, in modo completo. In alcuni casi, invece, si può avere un quadro di tipo subacuto, con crisi epilettiche ricorrenti, e con un decorso che può essere anche cronico.

Before the flight, changes in the mass of the larvae prior to the flight period were determined. The mass of the larvae was measured at 10-day intervals, and the mean mass of the larvae was determined. The mass of the larvae was determined by weighing the larvae and dividing the weight by the number of larvae. The mean mass of the larvae was determined by weighing the larvae and dividing the weight by the number of larvae. The mean mass of the larvae was determined by weighing the larvae and dividing the weight by the number of larvae.

lento, se a lei que, finalmente, se fa ancora il servizio più di prima, e
pochi se ne sono accorti, e di più.

[illegible]

— *È un'area molto ricca, molto importante, perché qui si trova l'industria petrolifera e i prodotti petroliferi, che sono alla base di tutto il nostro sistema economico. E' un'area che ha una grande importanza strategica, e che è molto importante per il nostro paese. E' un'area che ha una grande importanza strategica, e che è molto importante per il nostro paese.*

[illegible][illegible][illegible]

...di Roberto, lo stomacato degli Inglese; fu così che il povero
...di Roberto, lo stomacato degli Inglese; fu così che il povero



"Diccionario Caló-Español", relacionado directamente con "*la jerga del delincuente*", que haría las delicias de Ramoncín, pero que no he incluido por su extensión), con los pobres y un poco también con los visitantes de Tángier... aunque en la mayoría de los casos los autores del *Museo Criminal* trataban, ya hace más de cien años, de que se impusiera el sentido común y el respeto.

En esta línea, otro de los asuntos tratados habitualmente, que llaman poderosamente la atención en nuestros tiempos en los que han hecho aparición (posiblemente por primera vez en la historia) firmes y elocuentes voces femeninas, es el tratamiento que se daba a los mal llamados *crímenes pasionales* (incluso aún más eufemísticamente tildados de *dramas íntimos*, en los que no había que hurgar), también digno de estudio. Esos señores que a día de hoy se indignan porque se impulse, de manera extrema a veces, un mensaje feminista que trata de hacerse oír culturalmente entre el maremágnum homogéneo de la sociedad eminente y eternamente patriarcal (hasta el punto de que, para algunos reaccionarios, ha sustituido su mensaje homogéneo y amenazado su supremacía cultural), estarían igual de indignados al leer a algunas firmas de 1904 escandalizándose porque un marido le pegue una paliza a su santa esposa, le encierre en un pozo durante semanas o le prenda fuego, y los jueces supremos actúen con condescendencia y ligereza, considerando que *la mató porque era suya* o por cómo se vestía o a qué fiestas iba. La violación, los abusos sexuales, el aborto o el papel de la mujer en estas páginas retratan la sociedad española de entonces, y también una gran parte de la de ahora.

Al margen de este tipo de consideraciones sociológicas, de la elabo-



ración dogmática de una suerte de “manual procedimental”, y de la crónica de sucesos en sí misma (que, insisto, por desgracia se centró cada vez más en lo que sucedía fuera de nuestras fronteras, sin que haya entendido exactamente por qué, ya que aunque no tuviesen colaboradores profesionales, acceso a la prensa escrita corriente sí que tendrían), el *Museo Criminal* tenía intención coleccionable, y al término de cada año se ponían a la venta unas tapas en las que encuadernar todos los boletines de 8 páginas. Así mismo, llegaba a los hogares de los suscriptores acompañado de una novela igualmente seriada y susceptible de ser montada y cosida en formato noble. Pero lo más notable de su devenir, insisto, es la asunción de una estructura cada vez más encorsetada, menos creativa y florida, hasta el punto de que algunas entregas estaban casi enteramente compuestas de reportajes sobre batallas o sucesos pretéritos extranjeros, la última página *siempre* ocupada por el patrocinador oficial (la relojería *parisiense* Luis Thierry de la calle Fuencarral n.º 59) y cada vez más secciones a largo plazo, como la interesante serie de reportajes históricos “Misterios de la Inquisición”, la larga aunque entretenidísima hagiografía del ficticio Arsenio Lupin (“Extraordinarias aventuras de un ladrón de alto copete”), el citado “Diccionario del caló”, su “Galería de anarquistas célebres” o el “Museo de horrores”, que era una colección explícita de narraciones y grabados sobre prácticas de tortura, suplicio y martirios surtidos, tomada de museos extranjeros o directamente de fábulas sobre países exóticos el Asia Profunda o el África Marrón. Otros epígrafes repetidos daban fe de “Timos ingeniosos”, con los que trataban de disuadir a los incautos, los “cromos” ilustrados sobre “Servicios de la Benemérita”, o una colección (por desgracia, muy breve) en la que empezaron a glosar los distintos grupos de sociedades secretas criminales del mundo.

Es en este último aspecto en el que mucho lector encontrará otra fuente de riqueza entre estas páginas. No puedo obviar la labor arqueológica que en los últimos años está llevando a cabo la editorial La Felguera (que en sí misma no es sino una sociedad secreta), recuperando crónicas del “subsuelo” y abundantísimo material sobre delincuentes, anarquistas, bandoleros, *apaches*, cuatrerros, pistoleros, contrabandistas, guerrilleros, forajidos y demás fauna humana, con extraordinarios libros como el propio tomo colmado de ilustraciones *“Apaches. Los salvajes de París”* (2014), *“España salvaje”* (2019) o su asombrosa antología en cuatro tomos (hasta la fecha) de título genérico *“Fuera de la ley”*: fascinantes (y voluminosas) memorias de la delincuencia en España. No quiero tampoco dejar de citar otros trabajos editoriales recientes, pero pioneros, en torno a los asuntos aquí tratados en varios momentos, como son *“La Barcelona de la dinamita, el plomo y el petróleo 1884-1909”* (Grupo de Afinidad Quico Rivas; Generic, 2009) y *“La daga y la dinamita Los anarquistas y*



el nacimiento del terrorismo" (Juan Avilés Farré; Tusquets, 2013), y que pusieron de moda entre ciertos lectores contemporáneos esta época horripilante del terrorismo anarquista, primero en Barcelona y después en Madrid, ya que la vida editorial de *Museo Criminal* se enmarcó en pleno apogeo de tales sucesos. Durante muchos números, la "Galería de anarquistas célebres" y el seguimiento de las aventuras de los apaches parisiños, eran otro epígrafe fijo entre sus páginas.

El devorador de este tipo de *true crime* literario, *cañí* y *vintage*, encontrará parte de esos citados mimbres de editoriales de verdad en el presente librito de bolsillo; aunque, por otra parte, quede ensombrecido y reducido a un mero cuadernito de campo, al lado de los anteriores; sin ambición alguna, salvo como escaparate bizarro, ni otra pretensión que la de mostrar uno solo de los muchos rincones sombríos donde se fue construyendo la Crónica Negra moderna. Y sobre todo, espero, disfrutar de este particular y atractivo género literario, con sus particularidades de antaño.

ÓSCAR ALARCIA

Madrid, 3 de febrero de 2021

NUESTROS PROPÓSITOS

Las razones que informan la existencia periodística de esta REVISTA CRIMINAL son esas de la vida europea, de los países en los que tanta atención se dedica a los asuntos que han de ocupar las columnas de esta Revista.

El hecho, el profesional y el aficionado han de encontrar en ella la doctrina que ilustra, el procedimiento que aprovecha y la noticia interesante y sugestiva que agita la conciencia humana.

El MUNDO CRIMINAL es una historia viviente del crimen en todos los países, una verdadera enciclopedia de las ciencias que se relacionan con el delito, una obra que en el campo de la ciencia le da su verdadero significado.

Aunque de carácter general, el MUNDO CRIMINAL tiene un interés más a los que tienen la visión social del delito, entre las huestes de los que se interesan por la acción del delito, por la función social de la ciencia del delito y la vida del delito, por las sanciones que se aplican al delito, por los procedimientos que se emplean para la investigación del delito, por los procedimientos que se emplean para la prevención del delito, por los procedimientos que se emplean para la rehabilitación del delincuente, por los procedimientos que se emplean para la protección de la sociedad.

Para otros muchos se escribe también el MUNDO CRIMINAL: los legados amantes de la profesión encontrarán en esta Revista los problemas que hoy preocupan a los criminalistas; los investigadores encontrarán los procedimientos de investigación que se emplean en la moderna metodología del Derecho, que abandonan su rigidez tradicional para dar lugar a las costumbres, ofreciendo una nueva metodología, un aspecto multiformal, según las condiciones físicas y psicológicas del caso a que se aplica. Prueba



el nacimiento del irreflexivo" (Juan Avila Parra; Tusquás, 2013), y que prospera de modo entre ciertos sectores contemporáneos más que a través del terreno europeo, primero en Barcelona y después en Madrid, ya que la obra exhibida en *Museo Criminal* se remonta en parte a los años de los sesenta. En los trabajos expuestos, la "Galería de anarquías cívicas", y el tratamiento de las geografías de los espacios particulares, son otro ejemplo de la obra de Alarcía.

El decrépito, el viejo, el enfermo, el criminal literario, como y cuando, se convierten por lo tanto en los protagonistas de editoriales de verdad en el presente literario. De hecho, el libro de Alarcía parte, que se manifiesta y reduce de a un mano en el tiempo, a la vida de los anteriores, sin ambición alguna, salvo la de mostrar, en esta presentación que la de mostrar una sola de las obras de Alarcía, cómo se fue construyendo la *Crónica Nacional* de la literatura, espero, disfrutar de esta particular y atractiva obra, con su particularidad de estilo.

ÓSCAR ALARCÍA

Madrid, 18 de febrero de 2021

NUESTROS PROPÓSITOS



AS razones que informan la existencia periodística de este MUSEO CRIMINAL son ecos de la vida europea, de los países cultos que tanta atención dedican a los asuntos que han de ocupar las columnas de esta Revista.

El docto, el profesional y el profano han de encontrar en ella la doctrina que ilustra, el perfeccionamiento que aprovecha y la nota interesante y sugestiva de las tragedias humanas.

El MUSEO CRIMINAL será desde esta fecha una historia vívida del delito en todas sus manifestaciones y una verdadera escuela, las enseñanzas de la cual han de desprenderse de los hechos que en el curso de los acontecimientos vayamos consignando.

Aunque de carácter general, es natural que interese más a los que tienen la misión social de luchar contra las huestes del crimen, bien por la acción represora que los funcionarios de la Guardia civil y la de policía ejercen; bien con las sanciones de la ley aplicada por los jueces, que son sus custodios; bien haciendo efectiva la penalidad en los establecimientos penitenciarios confiados a la guarda de los empleados del Cuerpo de Penales.

Para otros muchos se escribe también el MUSEO CRIMINAL: los letrados amantes de su profesión encontrarán en esta Revista los problemas que hoy preocupan a los criminalistas más ilustres; los novísimos procedimientos de enjuiciar; la moderna modalidad del Derecho, que abandona su rigidez medieval para irse plegando a las costumbres, ofreciendo una lógica elasticidad, un aspecto multiforme, según las condiciones psíquicas y psicológicas del caso a que se aplica. Prueba

gallarda de esta nueva concepción del Derecho son los notables fallos del famoso juez francés Mr. Magnaud, las sentencias del cual tienen un indeleble sello de humanidad y marcan el punto de partida de una nueva era en el proceso de la justicia arcaica.

MUSEO CRIMINAL tiene, por último, lectura para el gran público, porque sus páginas contendrán cosas y curiosidades que todo hombre culto debe conocer si quiere vivir en el ambiente del moderno progreso.

Cuando ejercitemos el elogio o la censura no será con el ditirambo exagerado o la punzante acrimonia; la moderación serena y exenta de pasiones ha de ser nuestra norma.

Siendo esta Revista el fruto de una larga labor de pensamiento y de trabajo, al poner la pluma sobre el papel para escribir la primera página del MUSEO CRIMINAL, no se nos ocultan las dificultades con que hemos de luchar en nuestra tarea.

El favor del público, patentizado en el gran número de suscripciones que con una simple circular hemos recabado, nos demuestra que nuestra iniciativa ha sido un acierto y que se esperaba un periódico de la índole del MUSEO CRIMINAL.

Empezamos nuestra obra dirigiendo antes un afectuoso saludo a la prensa en general, y nuestra mayor satisfacción será saber desarrollar la idea que nos hemos propuesto, con el beneplácito de nuestros lectores.

LA REDACCIÓN

1 de enero de 1904

LA CRIMINALIDAD EN ESPAÑA



EN todas las épocas ha sido motivo de honda preocupación para los sociólogos el inquirir las causas determinantes de la criminalidad, para poder propinar el oportuno y provechoso remedio al mal.

El procedimiento más seguro para obtener rotundas consecuencias ha sido recurrir a la estadística que, con la irrefragable elocuencia de los números, proporciona incontrovertibles conclusiones que son otros tantos «casos» necesitados de tratamiento por los hombres que cultivan la ciencia criminalista, como el médico combate los gérmenes morbosos que originan las epidemias.

Infección de los cuerpos o de las almas; material, aunque sutil, la una, espiritual la otra, tienen un denominador común; en ambos extremos se trata de una cuestión de antisepsia.

Según la especial idiosincrasia de cada país, obsérvase que en unos es el alcoholismo la causa del mayor número de delitos; en otros, analfabetos, la incultura produce el hecho criminal, y como contraste, obsérvase en naciones muy aventajadas que el «veneno de la literatura» produce los estragos con que Ravachol inaugurara una era trágica.

Contrayéndonos hoy a nuestro país, y buceando en las estadísticas, observamos que desde 1838 hasta 1860, el desorden ambiente, por el constante estado de agitación del pueblo, la carencia de educación social y la falta de medios de subsistencia, los defectuosos procedimientos de enjuiciar, las deficientes leyes penales, el absurdo sistema penitenciario, la holganza, el alcoholismo, la tolerancia del uso de armas y la bravuconería, son las causas que influyeron poderosamente en la criminalidad de este período.

Sin entrar en este artículo en cifras y estadísticas comparativas, nos proponemos que estas líneas sirvan de prólogo al estudio que hemos de hacer de la Criminalidad en España, considerada desde todos los puntos de vista. Sólo anticiparemos que de la observación de los datos estadísticos la criminalidad resulta estacionaria desde hace muchos años, aunque con tendencia al alza en bastantes delitos.

De suerte que la gráfica criminalista podría representarse en unos casos por una línea casi recta y en otros por una curva, las ordenadas de la cual vayan aumentando progresivamente en cantidades sumamente pequeñas.

Antes de dejar la pluma queremos consignar dos datos que arrojan mucha luz acerca de la causa principal de la criminalidad en España.

En 1853, el 58 por 100 de los procesados no sabían leer ni escribir, y el año 1900, el 57 por 100. Esto demuestra que en más de medio siglo no hemos adelantado un paso en materia de instrucción, prueba palmaria de que este es el origen principal de la delincuencia en nuestra nación, lo que mantiene latente el mal, puesto que las estadísticas no acusan un decrecimiento sensible en el número de delitos.

Sentado esto, queremos concluir este artículo procurando fijar la «fisonomía delincuente» del pueblo español, que la estadística nos ofrece de gran relieve, según el lector podrá apreciar.

Los delitos llevados a cabo contra la autoridad y sus agentes han sido: el año 38, 826; el 43, 1.450; el 59, 1.187, y posteriormente un promedio de 1.397, acusando estos datos el relajamiento del principio de autoridad y la rebeldía contra sus delegados.

Lamentable resultado que los gobiernos de todos los partidos deben tener muy en cuenta para fortalecer el principio social que encarna en sus mandatarios y prestigiará las fuerzas

de orden público, muy principalmente a la Guardia civil, combatida con saña los elementos revolucionarios, comprendiendo que por ese lado está la mayor resistencia.

Bien recientes están las campañas periodísticas y parlamentarias para que sea preciso recordarlas.

Los ataques a la Guardia civil se han hecho sistemáticos de algún tiempo a esta parte, y no parece sino que forman parte del programa de los partidos más radicales, que pretenden con ello batir en brecha uno de los más firmes baluartes del contrario.

De la atinada gestión de los hombres públicos depende la existencia de la gloriosa Institución —cantada por Trueba en versos inmortales—, y por ende, la tranquilidad y la paz públicas.



Leyendo el MUSEO CRIMINAL

IDENTIFICACIÓN DE MALHECHORES

Sistema antropométrico



ANTES de que el sabio francés Mr. Bertillon aplicase la *Antropometría* a la identificación de los delincuentes, los encargados de descubrir a estos no disponían de más medios que la fotografía y la filiación de los perseguidos por la justicia. Ambos elementos son deficientes en grado sumo; los retratos no solamente constituyen un imperfectísimo medio de identificación, por las variaciones que con el tiempo experimentan las fisonomías, sino que se hace imposible clasificarlos metódicamente de manera que se pueda operar con la rapidez que exigen los procedimientos judiciales. En cuanto a la filiación, nada más sencillo que burlar sus indicaciones, variando el malhechor muchos de los caracteres físicos que en ella se consignan.

Para obviar estos inconvenientes, Mr. Bertillon ideó el «Sistema antropométrico», que se basa en una serie de medidas y datos invariables en los adultos; y el servicio judicial fundamentado en dicho sistema consiste en una colección de fichas ingeniosamente clasificadas, por medio de las cuales se logra encontrar con rapidez y precisión la identidad de los individuos que tienen interés en ocultar a la justicia su verdadera personalidad.

La identificación de un detenido se basa en el conocimiento exacto de las siguientes indicaciones.

1.^a *Longitud y anchura de la cabeza.* — 2.^a *Longitud de los dedos medio y auricular izquierdos.* — 3.^a *Longitud del pie izquierdo.* — 4.^a *Longitud del codo izquierdo.* — 5.^a *Longitud de la oreja derecha.* — 6.^a *Estatura.* — 7.^a *Longitud de la braza* (entiéndase por braza la extrema distancia de los brazos

puesto el hombre en cruz). — 8.^a *Altura del busto*. — 9.^a *Notación especial del color del ojo*.

Añádese además las marcas y cicatrices que todo individuo presenta en número más o menos grande, también se anota el color del cabello y el de la barba, así como la forma y dimensiones de la nariz.



Esto en cuanto al *señalamiento antropométrico*. Viene después el *descriptivo*, lo que no se obtiene por mediciones con aparatos sino por la observación de los caracteres físicos del individuo. Estos se clasifican en:

Caracteres cromúlicos. — *Barba y cabello*. — *Piel*. — *Análisis del perfil*. — *Frente*. — *Nariz*. — *Oreja derecha*. — *Labios*. — *Barbilla*. — *Contorno general*. — *Cejas*. — *Párpados*. — *Globo ocular*. — *Boca*. — *Pliegues*. — *Expresión*. — *Cuello*. — *Hombros*. — *Cintura*.

Todos estos numerosos detalles constituyen una minuciosa afiliación que, sin embargo, cabe en un reducido espacio, por la excelente disposición que se le ha dado.

Los señalamientos «antropométrico» y «descriptivo» se completan con la doble fotografía de frente y de perfil que, unida a los datos ya anotados, constituyen las *fichas antropométricas*.

Estas se clasifican disponiéndolas en pequeños grupos que se distribuyen en otros tantos cajoncitos de dimensiones adecuadas.

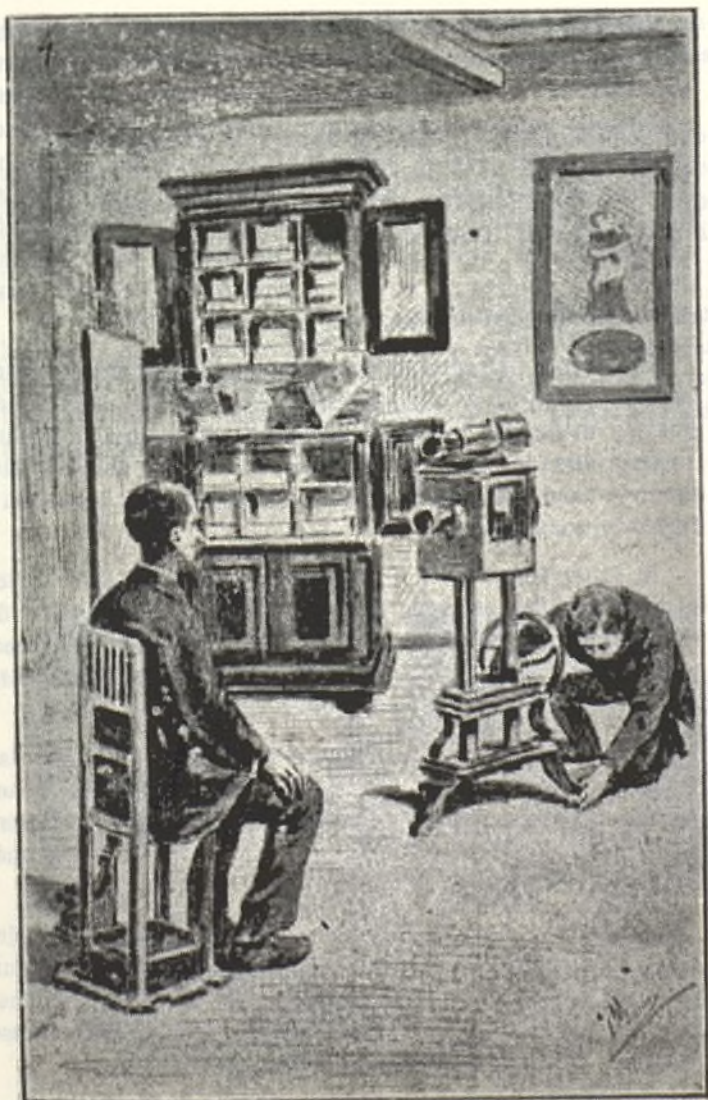
Para ello se forman primeramente tres grandes grupos con arreglo al largo de la cabeza, constituyendo cabezas pequeñas, medianas y grandes. Cada uno de estos tres divídese en otros tantos con arreglo al ancho de la misma.

Estos nueve grupos se subdividen cada uno en tres con arreglo a la longitud del dedo medio y siempre sobre la base de pequeño, mediano y grande; y, finalmente, los veintisiete grupos así obtenidos, son a su vez subdivididos con arreglo a la longitud del pie y después por la del codo, hasta conseguir grupos y subdivisiones de corto número de fichas.

Esta clasificación —tan complicada al parecer—, es sumamente sencilla, y gracias a ella es más fácil averiguar en el momento si el sujeto que se mide es la persona cuyo nombre dé, si otro que antes hubiera sido detenido por distinta causa y trate de despistar a la justicia. A estos se les llama «caballos de retorno» en el argot de la policía francesa. Para conseguirlo basta buscar en el cajón correspondiente a sus medidas, la ficha o fichas que con la del sujeto en cuestión pudieran tener semejanza.

Hay dos clases de fichas antropométricas; la que utiliza la policía para sus pesquisas, y a este fin se entrega doblada por la mitad, resguardando así la fotográfica y para que resulte de tamaño reducido adaptable a la cartera; las otras son de clasificación alfabética y antropométrica que se coleccionan en el Gabinete. Las alfabéticas carecen de retrato y tienen en su cara anterior:

I. Las observaciones antropométricas. — II. Los caracteres descriptivos. — III. Señas particulares y cicatrices y un espacio para la fecha del señalamiento y nombre del facultativo que lo ha verificado. En el reverso la parte superior está dedicada a los datos de filiación y la inferior lleva una casilla donde se anotan las detenciones y otros varios datos.



RETRATANDO A UN DETENIDO

Las de clasificación antropométrica son de tamaño más reducido y hay dos modelos, con y sin fotografía. Difieren esencialmente de los otros, en que tienen además un espacio rectangular en blanco, destinado a la impresión del pulpejo de los dedos pulgar, índice, medio y anular de la mano derecha, detalle muy interesante, pues ya se ha dado el caso de identificar a un criminal por la marca de sus dedos. Si en España existiera un Mr. Bertillon, tal vez las huellas de sangre que dejaron los autores del crimen de Don Benito hubieran constituido prueba decisiva contra los asesinos.

Para tener reunidos en poco espacio los principales datos se han creado otras fichas llamadas de *filiación*, cartulina de nueve y medio por trece y medio centímetros, que en la cara anterior lleva la fotografía de frente y de perfil del detenido, nombre, edad, naturaleza, profesión, motivo de la detención y fecha del señalamiento.

En la posterior se lee la estatura del individuo, color de los ojos, del pelo y barba, de la piel, dirección de las cejas y de los hombros, particularidades de la nariz, oreja derecha, boca, barbilla, forma de la cabeza, cuello, actitud hábitos, aspecto general y presunción de estado civil.

Como complemento al buen servicio existen también las *Hojas de averiguación*, o sean requisitorias dirigidas a las autoridades, interesándoles la busca y captura a que se refieren, y cuyos modelos llevan una ficha de clasificación antropométrica, con los retratos de frente y perfil.

No podemos hacer en esta *Revista* un estudio completo del «sistema antropométrico» que para su explanación exige un volumen, y que ha creado una profesión, la de «antropómetra», anexa al personal de policía y el título del cual obtiéndose en clases especiales creadas *ad hoc* en el extranjero.

Proponémonos únicamente que el lector se forme una idea de lo que es el método inventado por Mr. Bertillon, padre, y los indiscutibles progresos que supone. La antropometría

presta excelentes servicios a la justicia, y es una medida puramente administrativa, que ninguna ley impone al que rehúsa someterse a ella.

Desde el punto de vista de la higiene, el «sistema antropométrico» tiene el peligro del contagio, dado el número de detenidos que pasan por el «Gabinete antropométrico», y la imposibilidad de practicar escrupulosamente las reglas de antisepsia.

Es indudable que el «sistema antropométrico» es un gran invento y que los criminales no pueden usar ya de artimañas encubridoras, teniéndose que guardar constantemente de los lazos que con sus fichas antropométricas les ha tendido ingeniosamente el sabio Mr. Bertillon.



TRÁGICA ESCENA EN UN CORTIJO

LOS HERMANOS «PRECAUCIONES»*

PASARON, afortunadamente, gracias a la Guardia civil, aquellos tiempos en los cuales un viaje tenía mucho de arriesgada aventura. El bandolerismo, estableciendo en el campo su señorío, y hasta su reinado —como en la época del legendario José María—, hacía imposible la vida normal de la nación; creaba la España de los bandidos andaluces, jaquetones, valientes y nobles, rodeados de la falsa aureola que les dieran los copleros de la plaza pública y los escritores que han sido el encanto de las porterías, y que a los ojos de las gentes sencillas han deificado a los héroes de sus novelas presentando como seres honrados a miserables ladrones y asesinos, que sabiendo tenían en el pueblo su principal apoyo, cultivaban el «rasgo generoso» y trabajaban para la galería.

Sabido es que en las provincias de Toledo y Ciudad Real *florecieron* no pocos ejemplares de la especie. En la crónica de esta última deben ocupar un lugar los célebres hermanos *Precauciones*.

Se llamaban Casimiro y Ambrosio, naturales de Fuente el Fresno (Ciudad Real), y carboneros de oficio. El año 1873 fueron a carbonear a Torre de Juan Abad, ocurriendo a la sazón el célebre robo a D. Mariano Frías, llevado a cabo por una partida de criminales y titulados carlistas. Por sospechas que recayeron, fueron detenidos los hermanos *Precauciones*, quedando presos en la cárcel de Villanueva de los Infantes, de donde al poco tiempo se fugaron, incorporándose a una de las partidas carlistas que operaban por la provincia.

* El verdadero apodo no es éste, sino un consonante que no nos parece correcto decir en letras de molde.

El jefe de la misma, apodado *Merendón*, no veía con buenos ojos la compañía de los criminales que se le habían ido agregando, y fue deshaciéndose de ellos.

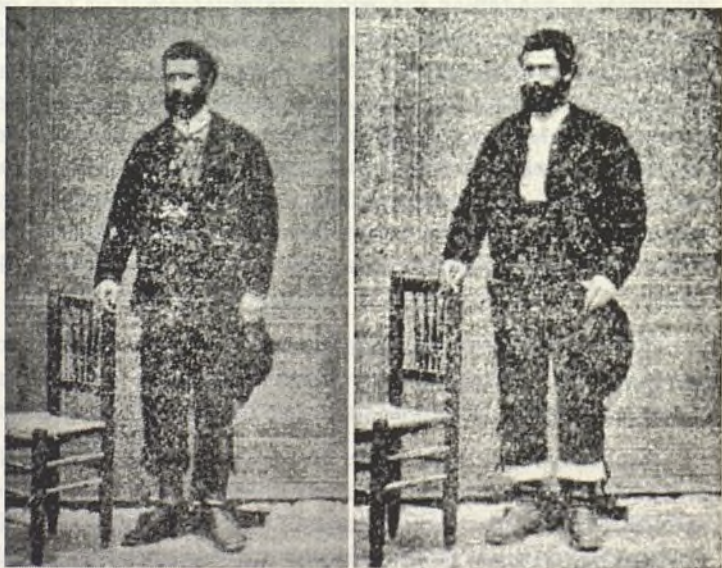
Los *Precauciones* formaron entonces partida con los famosos «Juanillones» y otros del mismo jaez, merodeando por Ciudad Real y Toledo, y cometiendo toda clase de crímenes y fechorías, unas veces aislados y otras en grupo. Así continuaron siete años, siendo el terror de los naturales del país y de los viajeros que tenían precisión de atravesarlo. El 13 de octubre de 1880 un paisano de los *Precauciones*, apodado «El Cojillo», les propuso el robo de un tren en Villacañas. El golpe era audaz y la empresa tenía para los bandidos, además del incentivo del lucro, la atracción sugestiva de lo extraordinario. La serie de vulgares crímenes cometidos en las encrucijadas de la sierra se quedaría tamañita. Descarrilar un tren, atacar a los viajeros, arramblar con todo el dinero y mercancías de valor, sería un hecho que los colocaría en la cumbre de la fama.

Quedó todo convenido; los criminales se fingirían cazadores para no alarmar a los que verles pudieran en las inmediaciones de la vía, y llegado el momento levantarían los carriles.

Los hermanos *Precauciones* no las tomaron bien en aquella ocasión, ni sospecharon el lazo que se les tendía. «El Cojillo», que tanta confianza les inspirara, obraba en connivencia con la Guardia civil, que se apostó convenientemente para capturar a los criminales. A la primera intimación de la benemérita, los supuestos cazadores emprendieron la fuga; pero cercados por todas partes, cuatro de ellos cayeron muertos, y únicamente los hermanos *Precauciones* lograron salir a galope en dos caballos que cogieron a unos pastores, pero tan de cerca perseguidos por la fuerza de caballería, que no tuvieron más remedio que meterse en Villacañas y allí echarse a los pies de los jefes de la Guardia civil de Toledo y Ciudad Real — que en casa del alcalde esperaban el resultado de la emboscada, suplicándoles que no les quitasen la vida.

La cárcel de Toledo fue su última residencia. El Consejo de guerra que se celebró en la imperial ciudad les condenó a muerte, y sus muchas culpas hicieron imposible que recayera sobre ellos el favor de la prerrogativa del jefe del Estado, y murieron fusilados.

Los dos retratos que ofrecemos a los lectores del MUSEO CRIMINAL son los de estos tristemente célebres bandidos manchegos: dos fornidos mocetones que, con el cigarro entre



los dedos y en la clásica postura de los aldeanos frente al objetivo, nos ofrecen la indubitable imagen de lo que fueron, pues los grillos de los pies confirman lo que ya el rostro delata al primer golpe de vista.

Restos del bandolerismo, que un día disfrutara los honores de la beligerancia —cuando José María se titulaba rey de Sierra Morena—, no dejaron sucesión en los campos, y el exhumar su recuerdo es una demostración de que, respecto a seguridad de las personas y de las propiedades, nos hemos europeizado mucho en el pasado cuarto de siglo, patentizando que

hoy no merecemos las frases despectivas que se nos han lanzado del otro lado del Pirineo.

CRÓNICA DEL CRIMEN

EL año 1903 termina con una aterradora estadística del crimen: veinte penas capitales han sido pedidas por los representantes de la ley, y desde Granada a Coruña, de Libourne a Sevilla, de Don Benito a Permoselle, el siniestro fantasma ha ido dejando la ensangrentada huella de su paso.

Desde el asesinato vulgar cometido por un puñado de pesetas, como el de la calle de la Gloria en Granada, hasta la salvaje agresión de Fermoselle, el suceso sangriento, ha recorrido en estos últimos tiempos toda la gama del delito.

Los dos asesinos de Libourne (Francia), que, en suelo extraño, mataron a un pobre matrimonio de compatriotas en pago a su franca hospitalidad, han caído en poder de la justicia por la perspicacia de los Sres. Cabellud, Ramos y Basols, que, para sus pesquisas, se sirvieron de una tarjeta antropométrica, enviada a Bilbao por las autoridades francesas.

El crimen que ambos procesados cometieron en el lugar de Gratecap, término de Geresac, circunscripción de Libourne (Burdeos), fue horrible. Abusando de la bondad y de la hospitalidad que les dio en su casa el matrimonio Pedro García y Concepción Supevine, una noche asesinaron a ambos cónyuges y degollaron a un niño de pocos meses, hijo de ambos, para robarles un puñado de pesetas, teniendo después el cinismo de almorzar en presencia de los cadáveres. Diéronse a la fuga, penetraron en España y se dirigieron a Bilbao, donde, pasado

algún tiempo, fueron capturados, y donde sufrieran el castigo de su horrendo delito. El Fiscal pide para ambos la pena de muerte.

Debajo de las innobles fisonomías de los asesinos Aznar y Cirujeda, que durante las sesiones de la Audiencia se han injuriado y hecho alarde de su repugnante cinismo, ofrecemos también al lector los retratos de los que, en Fermoselle, mataron bárbaramente a Gabriel González (alias) *Doroteo*, mozo de varoniles arrestos, de guapeza fanfarrona, que le malquistara con todos los muchos que le temían. El odio los concitó a todos, y un día de fiesta, armado de palos, piedras, puñales y pistolas, le persiguieron, le acorralaron en la casa donde se refugiara huyendo de aquellas furias, que tapiaron la puerta, dismantelaron el tejado, echaron por las ventanas tizones encendidos y acosándole con pinchos, disparándole tiros, le dieron la muerte más atroz que concebirse puede, llegando su ensañamiento hasta el extremo de cortarle el cuello con una hoz. Para que todo sea extraordinario en este crimen, el alcalde presenció impasible la vandálica escena.

El Fiscal pide la pena de muerte para los autores, catorce años de cadena para los cómplices, y quince para el alcalde. Fermoselle no está en el Riff; pertenece a la provincia de Zamora.

Para terminar esta macabra zarabanda de espectros rojos, añadiremos el nombre de Mamed Casanova, condenado también a muerte en la Coruña, y del que daremos una extensa información fotográfica próximamente, con originales que ningún periódico ha publicado.

El ídolo de ese populacho atacado de regresión a los tiempos del "Bandido generoso" aparecerá tal cual es, con toda la siniestra historia del criminal nato y toda la vulgaridad que excluye la estúpida aureola que se ha querido formar en torno de un miserable.

LOS

F

carne
much
robo
fuga
mad
por

F
civil
tos,
capt
hoy
capt



Cirujeda



Aznar



Carrasco



López



Marcos



Peños



Álvarez



Fermoselle

LOS ÚLTIMOS «JUANILLONES»

PATROCINIO Polo Carrasco (a) *Juanillón*, sobrino carnal de los de igual apodo, célebres criminales que vagaban muchos años por los montes de Toledo, sufría condena por robo en cuadrilla, en la cárcel de la capital, de la cual logró fugarse el 8 de diciembre de 1893 en unión de otro preso llamado Manuel Sánchez, refugiándose en los montes y vagando por los de Toledo y Ciudad Real.

Por esta razón hubo que dedicar una parte de la Guardia civil de ambas Comandancias a la persecución de estos sujetos, y gracias a la actividad desplegada pudo conseguirse la captura del último en 1895, por el primer Jefe de la última, hoy General de Brigada, Excmo. Sr. D. José Oliver y Vidal, captura que hizo decaer el ánimo del *Juanillón*, que era el

temor en la comarca, y presentarse a las autoridades terminando su condena en la prisión.

Cumplida ésta y a vezado por herencia a la vida del foragido, se unió al licenciado de presidio Joaquín Carbonell, a Baldomero Alonso Alonso y Lucio Pérez Aparicio, sin vecindad conocida el primero, de Toledo el segundo y el último de Bargas, constituyendo así una cuadrilla con propósitos del robo en dondequiera que se proporcionara, empezando por sorprender la tarde del 30 de enero de 1900 en el camino de Toledo a Orgaz y término de Nambroca, a un comerciante de aceites que llevaba una respetable cantidad, a quien apuntaron con una escopeta ordenándole se detuviera; pero gracias a su serenidad metió espuelas al caballo que montaba, logrando en pocos momentos ponerse fuera del alcance de esta gente.

A éste acompañaba un vendedor de gallinas montado en un burro, quien no pudo huir como su compañero, y atándole y registrándole, le quitaron 60 pesetas que llevaba, producto de la venta de su mercancía.

Enterado del hecho el Teniente Coronel primer jefe de la Comandancia, hoy Coronel, D. Manuel de Hazañas, así como que estos mismos sujetos eran los que la noche del 20 del repetido enero robaron del mostrador del tabernero de Burguillos, Mariano Pérez Redondo, de 10 a 12 pesetas, lo cual no dijo el perjudicado a nadie hasta el 3 del siguiente mes, y que además habían salido en los caminos a otras personas, dejándose ver por distintos puntos sospechosos en horas extraordinarias, dispuso este Jefe la combinación del servicio que había de practicarse para la captura, empleando para ello toda la fuerza de la capital incluso escribientes, que después de sus horas de oficina salían de noche hasta el amanecer, y tomando la dirección del servicio al primer Teniente Jefe de la línea D. Camilo Lillo Torres, servicio delicado así porque estos sujetos no habían vuelto a su casa desde el último robo, como por la posibilidad de lanzarse al monte si se percataban del movimiento de la fuerza.

Ce
trucc
nillón
en la
el pr
gent
tada,
cibid

A
conti
deter
llos.



Con tal celo, actividad y acierto se llevaron a cabo las instrucciones recibidas, que pudo adquirirse la noticia de que *Juanillón* y Carbonell habían sido vistos la noche del 6 de febrero en la carretera con dirección a la corte, indudablemente con el proyecto de dar algún golpe, y se dispuso la salida del Sargento de caballería Joaquín Mendoza, con una pareja montada, que los persiguió hasta que en Getafe supieron que, apercibidos, habían tomado el tren para Madrid.

Ante esta contrariedad, pues difícil era saber su paradero, continuó la vigilancia que se venía ejerciendo y pudo por ella detenerse en Toledo y Bargas a los dos compañeros de aquellos.

En este estado las cosas, supo el Teniente Coronel Hazañas que el guardia del puesto de Illescas José Fernández Vega había servido en artillería con el *Juanillón*, y estaba por ello enterado de los puntos a que solía éste concurrir cuando estaban de guarnición en la corte, y mandándole llamar por teléfono, le confió con los guardias Rafael Hazañas y Francisco Castellano García, otra pareja y al mando del Sargento Mendoza, la busca y detención de aquí los criminales. Tras muchas indagaciones en Madrid, consiguen por fin en la mañana del 11 encontrarlos a la entrada del Rastro, apoderándose desde luego del Carbonell y deteniendo también al *Juanillón*, pero efecto de su fuerza y agilidad logra escaparse; mas el guardia Fernández Vega, ágil también y de desarrollada musculatura le da alcance a los pocos momentos, lo coge del cuello y cintura, le quita el revólver con que apunta a su contrario, no produciéndose el disparo porque el guardia con gran oportunidad le echó mano en el preciso momento de caer el gatillo, que amartilló el dedo índice del guardia, siguiendo la lucha a brazo partido hasta la llegada del sargento, que dejó encomendada la vigilancia del Carbonell a la otra pareja para correr también tras el *Juanillón*.

Este servicio fue del mayor agrado del Director general de la Guardia civil, que otorgó a los individuos que contribuyeron a llevarlo a cabo las gracias con anotación en sus historiales, y sirvió de interior satisfacción para ellos, no sólo por que reapareció la tranquilidad en la comarca, con aplauso general para la Guardia civil si que también por que añadían una página más a su gloriosa historia.

Filiación de estos sujetos en la fecha de su detención.

Patrocinio Polo Carrasco (a) *Juanillón*, hijo de Isidoro y de Bernarda, natural de Urda (Toledo), de treinta y dos años, casado, jornalero, no lee ni escribe. Estatura, 1,700; pelo y cejas, negros; ojos pardos, cara redonda, nariz y boca regulares, barba cerrada, color sano y sin señas particulares.

Joaquín Carbonell Martín (a) *Ganyón*, hijo de Timoteo y

Josefa, natural de Orgaz (Toledo), sin vecindad conocida, de treinta y nueve años, casado, arriero, no lee ni escribe, estatura regular, pelo y cejas negros, ojos pardos, cara oval, nariz ancha, boca regular, barba poblada, color moreno; señas particulares, cicatriz en la pierna derecha.

Por sentencia de 6 de octubre de 1900 fueron condenados a ocho años de presidio mayor, con destino al penal de Ocaña.

EL BANDIDO MAMED CASANOVA (a) «TORIBIO»



CONDENADO a muerte por la Audiencia de La Coruña el día 18 del pasado por el delito de robo con homicidio.

Es un joven ya tristemente célebre por las fechorías que ha perpetrado en los veintiún años que cuenta de edad. A los quince principió su vida vandálica, dedicándose a profanar sepulturas en el cementerio de Las Grañas del Sor, pueblo de su naturaleza, despojando a los cadáveres de las ropas y cuantos objetos de valor llevaban al ser enterrados, siendo descubierto de tan repugnantes delitos por haber tenido el atrevimiento de presentarse en público, en una fiesta, con el traje de un hombre rico que había sido enterrado hacía poco tiempo; fue condenado a prisión correccional, que sufrió en el de Ortigueira. Una vez cumplida la condena, se dedicó al pillaje, cometiendo toda clase de delitos, habiendo sufrido pena por uno de robo y tres de hurto.

Siguiendo la carrera del crimen en progresión espantosa, concibió la idea de robar al señor cura de su parroquia, para lo que, puesto de acuerdo con otros cinco sujetos, algunos de los que había conocido en el correccional, organizó la cuadrilla

que la noche del 24 de Noviembre del 1900 asaltó la casa de dicho sacerdote, entrando en ella a viva fuerza, rompiendo paredes y puertas interiores, sin que les arredrase la defensa que había intentado el mencionado párroco, haciendo algunos disparos de arma de fuego, y viendo la imposibilidad de repeler la agresión, huyó por una ventana, recorriendo cuatro kilómetros de monte hasta un lugar en donde se refugió. Los criminales, una vez dentro de la casa, robaron cuanto había de valor, y el Mamed asesinó a la sirvienta Manuela Domínguez, para que no descubriera a los malhechores.

Se descubrió el crimen por las manifestaciones que hizo un niño de doce años, sobrino de la desventurada sirvienta, que se hallaba en su compañía, y al notar la alarma se escondió detrás de unas tablas, desde donde presenció los hechos, debiendo la salvación de su vida a no haber sido visto por los forajidos.

Reducidos a prisión todos los autores del hecho, el *Toribio* logró evadirse de la cárcel de Ortigueira rompiendo los grillos y saltando por una ventana: al poco tiempo fue detenido por un paisano y entregado al Juzgado.

De nuevo preparó la fuga, llamando con engaño al calabozo en donde estaba al vigilante de la cárcel, quien al entrar recibió un garrotazo en la cabeza que le dejó sin sentido, saliendo el *Toribio* por los pasillos, en donde encontró a un ordenanza, al que también acometió, dejándole inútil, siéndole luego fácil ganar la puerta y, por consiguiente, consumir la segunda evasión.

Famoso era ya el bandido *Toribio*, pero desde esta evasión y en los tres meses que tardó en ser nuevamente encarcelado, se hizo mucho más por las hazañas que realizó, aunque todas vulgares y de la peor ralea.

En la vida temeraria que llevó mientras anduvo suelto, no respetó propiedades, honra de mujeres, ni nada, hasta el extremo de resistirse la pluma a consignar los asquerosos actos

que realizara.

Como era natural, la Guardia civil redoblaba sus esfuerzos para la persecución del criminal, pero todo se estrellaba ante la táctica empleada por el bandolero, que consistía en no detenerse más que breves momentos en los lugares que frecuentaba. También la gente del país que era teatro de los hechos criminales, favorecía dicha táctica, obrando algunos bajo la impresión del miedo, y otros le auxiliaban por vínculos de parentesco y simpatía.



Guardia RODRÍGUEZ CELEIRO, que
herió a Mamed al capturarlo



MAMED CASANOVA



Guardia FERNÁNDEZ VICUÑA,
herido por Mamed

La Guardia civil tuvo ocasión de verlo algunas veces muy cerca sin poder lograr echarle mano, ni aun herirlo, por cuanto al sentir disparos, si estaba en punto descubierto, se revolcaba por el monte para no ser blanco, hasta que lograba internarse en la espesura y, por lo tanto, desaparecía de la vista de los perseguidores.

Una pareja tuvo noticia que el *Toribio* se hallaba a orillas del río Sor: con las precauciones debidas, allí se dirigió, y al darle vista, y sin tiempo para nada, recibió el guardia Juan Fernández Vicuña un tiro de escopeta, cuyos perdigones y postas acibillaron todo su cuerpo, dejándole inútil para seguir la persecución, y haciéndole el compañero de pareja varios disparos, que no dieron resultado. Por este delito fue condenado, por la jurisdicción de guerra, a veinte años de reclusión.

Por fin se logró la captura del forajido. Un grupo de la

Benemérita, compuesto del cabo Eulogio Gómez Rodríguez y guardias Julio Varela Ares y Manuel Rodríguez Celeiro, que se hallaba apostado convenientemente, recibió aviso de que el *Toribio* se hallaba en casa del señor cura del Freijo, D. Antonio Prieto Poupariña; allí se dirigieron precipitadamente el cabo y guardias, teniendo la fortuna de llegar antes de que el *Toribio* saliese, para lo que se estaba disponiendo. La escena que allí tuvo lugar sería difícil describirla aun por los mismos que intervinieron en ella: todo fue obra de pocos minutos; el grupo de guardias sorprendió en la cocina al Mamed, y allí estaba dicho señor cura y varios paisanos, sin que esto acabardara al bandido; luchó como una fiera, y aun después de herido se defendió hasta que se echaron encima guardias y paisanos, logrando sujetarlo. La cooperación que prestó para este servicio el señor cura del Freijo es de todo el mundo conocida, y S. M. se ha dignado recompensarle nombrándolo su capellán, con habitación en el Palacio Real.

El criminal curó pronto de su herida; fue trasladado a El Ferrol, en donde se le seguía por la autoridad militar la causa por atentado al guardia civil, viniendo luego a La Coruña, en donde se le descubrieron varios intentos de fuga tan bien preparados, que hubo necesidad de trasladarlo al castillo de San Antón para evitar el espectáculo de una nueva evasión, cuyas consecuencias son fáciles de adivinar.

A las sesiones del juicio oral asistió sereno, con una tranquilidad inverosímil aun al escuchar de labios del ilustrado fiscal Sr. Fadón los terribles argumentos que no dejaban lugar a duda en el ánimo del Jurado de la culpabilidad del reo como autor del robo y homicidio de que se le acusaba. El Jurado lo consideró culpable, apreciándole todas las circunstancias agravantes que el fiscal señaló, y, por consiguiente, fue condenado a muerte.

Decíamos en un texto anterior que la historia de este criminal nato excluye «la estúpida aureola que se ha querido formar en torno de un miserable». Lo que acabamos de consignar

confirma la exactitud de las anteriores frases.

Mamed Casanova es un vulgarísimo malhechor que no sabemos por qué ha despertado la malsana curiosidad de una muchedumbre, no toda compuesta de gente inculta, pues sabemos de buena tinta que hasta algunas damas impetraban compasión para el pobre *Toribio*, como familiarmente se le llama en Galicia.

Lejos de idealizar el tipo del bandolero, como tan funestamente se ha hecho en una literatura nociva y condenable, nuestra misión es presentar al criminal tal cual es: un degenerado, un perverso o un loco, nunca un ser digno de admiración.

UN VERDUGO DE NIÑOS

EN París acaba de ser descubierto un ser monstruoso que venía hace tiempo dedicándose a martirizar a los infelices niños que, por circunstancias de la suerte o por negligencia de sus padres o tutores, eran confiados a un tal Guerin.

Una casualidad ha hecho que su última víctima, Luis Favertas, fuese hallado en el cuarto de su verdugo, atado a la falleba del balcón, con la boca tapada por un pañuelo y en un indescriptible estado de salud y de ánimo.

El miserable, que se ha complacido siempre en martirizar a las infelices criaturas confiadas a su custodia —según se desprende de numerosas declaraciones—, tenía la crueldad de privarles del alimento necesario, haciéndoles presenciar succulentas comidas; y su mayor satisfacción era atormentarles con el insomnio. El pobre Luisito ha declarado que en una ocasión en que viajaban en ferrocarril, llevaba el infeliz cuatro días

sin dormir, y su verdugo le tiraba pellizcos en las mejillas hasta hacerle brotar la sangre, cuando el niño se rendía al sueño. En una estación entró en el retrete, donde se quedó tan profundamente dormido, que no fue posible despertarle en más de dos horas sino con los auxilios de un médico, que fue llamado por el martirizador de niños, creyendo que el pobre Luisito era víctima de un accidente.

El tal Guerin es, a quien la justicia tiene ya en buen recando, un miserable sin nombre; uno de tantos ejemplares tan múltiples y variados que, para deshonor de la especie, nos ofrece la humana perversidad.



GUERIN, el martirizador



Una víctima

LOS SUPPLICIOS EN LA ANTIGÜEDAD



LOS suplicios de los tiempos antiguos se dividían en dos categorías; *moral*, la una, y *física*, la otra. En la primera colocaremos la degradación, la picota, la argolla y la palinodia. A la segunda pertenecen la flagelación, la mutilación, el interrogatorio y un número considerable de torturas de una espantosa variedad.

La degradación consistía en despojar de sus funciones, de sus títulos, de sus privilegios y hasta de su fortuna a un hombre reconocido culpable. La condenación a muerte para los dignatarios del reino iba siempre precedida de la degradación. Esta terrible ceremonia se verificaba con gran solemnidad. Cuando un noble estaba convicto de felonía, alzábanse en público dos cadalsos; en uno se colocaban los jueces, rodeados de gente armada; en el otro encontrábase el condenado, armado de todas sus armas e insignias, teniendo su escudo colocado sobre una estaca delante de él. Entonces se le desarmaba, se rompía su escudo, el rey le vertía sobre la cabeza un cubo de agua caliente; y en tanto que los sacerdotes entonaban el oficio de difuntos, se trasladaba a la iglesia sobre una parihuela al traidor despiadado. Después de las plegarias era entregado al verdugo, y a veces se le dejaba sobrevivir a su vergüenza.

La picota era un poste donde se exponía a los criminales en señal de infamia. La multitud los contemplaba llenándoles de sarcasmos y de injurias. La argolla es más bien que una pieza curva, un perfeccionamiento de la picota. Consistía en un círculo o collar de hierro que el verdugo ponía al cuello de los castigados a esta pena infamante. Encima de la picota se ponía un cartel, diciendo la clase de delito cometido. Las cau-

sas que motivaban este castigo eran la bancarrota, las falsificaciones, la bigamia, la estafa, las trampas en el juego, el robo de frutos, el comercio de libros prohibidos, la blasfemia.



El condenado a argolla debía estar encerrado en el círculo de hierro durante una hora.

La «palidonia» era, por regla general, preliminar de otra pena más grave. Consistía en pasear por las calles de la población al culpable metido en una carreta y atado de pies y manos.

Pasemos ahora a los suplicios físicos.

La «flagelación» era uno de los suplicios más crueles e irritantes. Los instrumentos para practicarla varían según los lugares y los tiempos; entre ellos se cuentan las disciplinas de cuero y de cadenas de hierro, y el pesado bastón que rompía los huesos y

desgarraba la carne.

Para la flagelación pública, el paciente, desnudo hasta la cintura, recibía en la plaza pública, por el ejecutor de la justicia, el número de golpes marcados en la condena. A propósito de las «mutilaciones», puede decirse que no hay parte del cuerpo humano que no haya sido objeto de un suplicio particular. Los príncipes cegaban a las personas, los ataques de las cuales temían, no atreviéndose, sin embargo, a desembarazarse de ellas por completo. Así es que, en 814, Luis el Benigno (III) hizo sacar los ojos al amante de su hermana.

Luis XI de Francia hacía cortar la lengua al que blasfemaba ocho veces. También se cortaba las orejas a los domésticos ladrones y se arrancaba los dientes al que se probaba que había

comido carne en cuaresma.

La amputación de la mano era el suplicio reservado al parricidio.

El «interrogatorio» o la «tortura», tenían por objeto arrancar a los acusados la confesión de su crimen y los nombres de sus cómplices.

He aquí los géneros de «tortura» más usuales;

La del agua, que consistía en obligar al paciente a ingerirse grandes cantidades de líquido.

El brodequín. Se encerraba la pierna del paciente entre gruesas tablas, que el verdugo unía violentamente, golpeando sobre unas cuñas y produciendo el quebrantamiento de huesos, con dolores tales, que muy pocos pacientes podían soportar.

La estrapada. Se ataba al pie derecho del acusado un peso de 200 o más libras, se le elevaba lentamente hasta el techo y se le dejaba caer por una sacudida violenta, que le dislocaba los miembros.

El caballete consistía en colocar al paciente a caballo en una pieza terminada en una arista muy aguda, colgándole pesos de los pies.

Los diferentes tormentos aplicábanse con horribles refinamientos de crueldad.

Estos son a grandes líneas los tormentos de la antigüedad. En otro momento nos ocuparemos de los atormentadores.

CRÓNICA DEL CRIMEN

LA humanidad no mejora. Por donde quiera que tendemos la vista aparece el Mal con su cortejo de robos, asesinatos y desafueros. El ejecutor de la justicia no da paz a la mano y apenas ondea la negra bandera que indica el incumplimiento de la terrible sentencia, el cadalso preparase aquí y allá.

En Burgos acaba de ser ahorcado Demetrio Fernández Lugo, reo de tres homicidios con robo. En Sevilla han sido condenados a muerte los infames autores del crimen que se conoce por el del «hombre descuartizado»; en Navarra ocho forajidos han asesinado alevosamente a un vecino de Ciorra y una hermosa joven de Caseda ha sido víctima de lo que hemos dado en llamar «crímenes pasionale». Por un cabrito ha muerto un hombre en Ávila; un alcalde de Ibiza ha sucumbido a impulsos de la pasión política; el cura párroco del pueblo de Riocorbo (Santander), fue asaltado por unos malhechores enmascarados, que desvalijaron la casa; hasta en las pacíficas Canarias se ha perpetrado tremendo crimen, y una porción de menor cuantía salpican las columnas de la Prensa, haciendo lamentablemente extensa la crónica negra de esta última quincena.

Como epílogo de tanta desdicha, pongamos el Consejo de Guerra y la condenación de los procesados por los sucesos de Alcalá la Real, en los que tan principal papel desempeñara la Benemérita, maltratada y Vilipendiada por los elementos anarquistas, que han agitado aquella fecha histórica como bandera de combate. Tal es el triste balance de la «quincena delincuente», revelador de un estado social anárquico y desconsolador que contrista el ánimo e informan más y más la necesidad de una acción represora, enérgica, para la que es indispensable fortalecer todos los resortes de la acción del Estado.



SERVICIOS DE LA BENEMÉRITA. ENTREGA DE PRESOS

EL VERDUGO A TRAVÉS DE LOS SIGLOS



A terrorífica figura del ejecutor de la justicia, en todos los países ofrece un gran interés.

En Alemania, la función de verdugo constituye una profesión, como en Francia y España. Antes que así fuese, la triste misión de dar muerte a un semejante incumbía al más joven de la comunidad. En Francia era el casado más moderno quien se encargaba de esta triste tarea, y en otros puntos el último concejal elegido o el habitante que llevase menos tiempo de residencia. Un príncipe llamado Witolde dio la orden de que los condenados se ejecutasen a sí mismos; en varios puntos de Alemania el verdugo adquiría títulos de nobleza cuando había derribado el número de cabezas que marcaba la legislación.

En Amberes se designaba un carnicero, elegido entre los más antiguos del gremio.

En Inglaterra, hasta hace algunos años, no existía verdugo. El *sherif* (), una vez dictada la sentencia, iba en busca de un ejecutor ofreciéndole oro a manos llenas. Si no lo encontraba, él tenía que ejecutar la sentencia. Una sola vez se dio el caso de tener que retardar la ejecución; pero no fue por falta de verdugo, sino porque los cómplices del condenado se dieron tan buena maña que hicieron prender por deudas al *sherif*.

En España el oficio de verdugo era hereditario, y las familias de los ejecutores no podían unirse más que entre sí. Esta obligación ha dado lugar a tristes incidentes. Un día el verdugo de Burgos, que se vio forzado a suceder a su hermano, fue presa de sucesivos ataques nerviosos que le impidieron llevar a cabo la ejecución, a pesar de los ruegos, las amenazas y hasta los malos tratamientos que se le prodigaron. El verdugo de Salamanca, que era víctima de accidentes cada vez que tenía que ejercer su siniestro ministerio, murió en un acceso de delirio furioso.

En Francia es preciso remontarse al siglo XIII para encontrar al verdugo propiamente dicho.

Los señores feudales, que tenían derecho de vida y hacienda, nombraban de entre sus súbditos un verdugo.

En ciertas comarcas vestía un traje especial con determinados atributos que le diferenciaban del resto de sus conciudadanos.

Aparte de los honorarios que percibía el verdugo, tenía, en otro tiempo, una porción de derechos extraños y siniestros:

* Magistrado inglés cuyas funciones son anuales, obligatorias y gratuitas. Está encargado de vigilar por la paz pública, de presidir las elecciones y de redactar las listas del Jurado.

Por cocer en aceite a un malhechor, 48 francos; por des-
cuartizarle, 86 íd.; por quemar viva a una hechicera, 28 íd.; por
dar tortura, 4 íd.; por aplicación de hierros candentes, 2 íd.;
por poner los brodequines, 4 íd.; por cortar la lengua, las orejas
y la nariz, 10 íd.

La plaza del Pílori estaba rodeada de tenderetes que mo-
nopolizaba el verdugo, alquilándolos para la venta de pesca-
dos.

Se le permitía establecer un impuesto sobre las legumbres,
cereales y otros artículos que se exponían a la venta.

En algunos puntos hasta llegó a cobrar una contribución a
las mujeres de «costumbres ligeras», como se denominaba en-
tonces a las prostitutas.

El verdugo tenía derecho a despojar a los condenados.

A principios del siglo había un verdugo en cada departa-
mento, y los gastos que había de satisfacer el Erario fran-
cés por la ejecución de la jus-
ticia ascendían a la suma de
71.000 francos. Desde el año
70 este capítulo de gastos ha
quedado reducido a lo si-
guiente:

Sueldo del verdugo, único
en toda Francia, 6.000 fran-
cos.

Dos ayudantes de primera
clase, 4.000.

Tres ayudantes más,
3.000.

Deben estar siempre dis-
puestas para funcionar dos



Verdugo antiguo

«guillotinas». Para su entretenimiento, el verdugo recibe una gratificación sobre su sueldo. En caso de tener que salir de París el verdugo y sus ayudantes, viajan por cuenta del Estado y perciben una gratificación de 8 francos diarios.

El nombramiento del verdugo en Francia puede recaer sobre cualquier ciudadano designado por el Ministerio de Justicia. Sin embargo, desde 1688, la familia Sansón ha proporcionado varias generaciones de verdugos. El último Sansón, destituido por haber empeñado la cuchilla de la guillotina, tuvo por sucesor a Hemdrick, el prototipo del verdugo «gentleman», que iba siempre a las ejecuciones de frac y corbata blanca. Después de cada decapitación tomaba un baño y mandaba decir una misa por el ajusticiado.

«Monsieur de París», como llaman los franceses a Delbler, hizo siempre una vida muy retirada, huyendo de los periodistas, entreteniendo sus ocios con la música y los pájaros. No pocos se extrañarán que este sangriento funcionario forme parte de la Sociedad Protectora de Animales.

A Deibler le ha sucedido su hijo Anatalio, repitiéndose la tradición de los Sansón.

El nuevo verdugo es un muchacho alto, bien constituido. En su vida privada es un hombre correcto y distinguido que no se avergüenza de la profesión que ejerce, no ocultando nunca su condición, sin que esto quiera decir que tenga a gloria el ejercerla.

De esta rapidísima



Verdugo moderno

ojeada retrospectiva surge espontáneamente el contraste entre lo que ha sido el verdugo, el hombre terrible, execrado y maldicho, haciendo una vida aparte, lejos del contacto de las gentes, y el actual ejecutor de la justicia, convertido en un funcionario de la nación de quien la gente no huye y al que los periodistas tratan benévolamente, como a Deibler padre e hijo. Antes, el verdugo aparecía ante la imaginación de las gentes como un ser hosco, brutal y sanguinario; vivía en una casa aislada y nadie le conocía.

El siglo XIX, que ha puesto su sello a todas las cosas, ha convertido al hombre terrible en el actual verdugo de París, el joven y simpático Deibler, que va al Bosque de Bolonia en bicicleta.

GOBOST

Ex Jefe de la policía de París

NICOLAS MARTIN: ARMERO Y ESPADERO
DE S. M. EL REY

Unico proveedor de la Real Casa y de los Institutos de Guardia civil y Carabineros.

Casa fundada en 1824, con sucursales en varias provincias.

MADRID - PRECIADOS - 18



¡¡Á MUERTE Ó Á VIDA!!



El
pasio
nable
tiniel
Dios

L
tar a
y cor
presi
super

A
racte
una
con
oblig
altur

D
base
form

U
post
veno



El culto al Diablo es antiquísimo.

El ser humano, ávido de todo cuanto satisfacer pudiera sus pasiones, sus concupiscencias, sus torpes apetitos, sus indeclinables propensiones al mal, recurrió al maléfico genio de las tinieblas, al Mal mismo, al rebelde arcángel maldecido por Dios y eterno enemigo de las divinas excelsitudes.

Los hechiceros de los antiguos tiempos procuraron explotar a las gentes que creían en el misterioso poder del demonio y compusieron extraños y espantosos ceremoniales para impresionar los sentidos de los alucinados por aquellas sacrílegas supercherías.

A estas asambleas secretas y nocturnas, con todos los caracteres de ceremonias religiosas, el neófito era conducido con una porción de precauciones y envuelto en un manto negro con y, los ojos vendados, hacíanle pasar por angostos lugares, obligándolo a inclinarse como si la bóveda fuera de muy poca altura y produciendo un ruido espantoso en torno suyo.

De repente se le quitaba la venda de los ojos y encontrábase rodeado de monstruos espantosos y ante el diablo en forma de un macho cabrío gigantesco.

Una de las pruebas a que se le sometía, era besar la parte posterior del macho cabrío. Y cuando el aterrado recipiendario vencía su repugnancia encontrábase, en vez del nauseabundo

animal un encantador rostro de mujer que le ofrecía sus labios.

Terminada la ceremonia daba comienzo un banquete que terminaba con depravadas escenas de libertinaje más desenfadado.

Pero todos estos actos inmundos no alcanzan todavía el horror de lo que más tarde se practicó con el nombre de *Misa negra*. La monstruosa ceremonia data del siglo XVI y estuvo en todo su apogeo en Francia en la época de Luis XIV, el Rey Sol, cuyos libertinajes y fastuosidades han dejado una huella inmortal en la Historia. Todo aquel mundo de favoritos ambiciosos, de intrigantes y de galanes; todo aquel ambiente de vida muelle, de galantes aventuras y de solapadas conspiraciones, era campo abonado para las sibilas de aquellos tiempos, adivinatoras de pensamientos y destinos, poseedoras de completa farmacopea para asegurar cariños o reivindicar rencores: el narcótico, el veneno y el abortivo tenían su tarifa.

De entre toda esta taifa de seres sin conciencia que iban amasando una fortuna a costa de infamias, descolló por su habilidad y audacia la Voisin, que logró hacerse con la mejor clientela de París, toda la aristocracia y toda la Corte.

Esta singular y execrable criatura tenía numerosos amantes a los que pagaba espléndidamente. Entre ellos contábase el verdugo de París, que era quien la proporcionaba la manteca de los ahorcados para confeccionar con ella las velas que habían de alumbrar en las *Misas negras*.

Las infames supercherías en las que era maestra, proporcionábanla grandes rendimientos, que la permitían un lujo ostentoso. Entre sus oráculos aparecía suntuosamente ataviada. El famoso traje con que asistía a sus infames ceremonias, el *traje emperador*, como se le llamaba, había costado 16.000 libras.

En su casa se practicaban con mucha frecuencia las *Misas negras*, la horrible visión que a través de los siglos produce un

escalofrío de terror. Imposible parece que la imaginación humana pueda creerla; inconcebible que seres humanos lo realicen.

Figuraos una habitación toda colgada de espesos cortinajes negros.

En el fondo, sobre una plataforma, levántase un altar y en él hay una cruz. Sobre una especie de tabernáculo, tres cráneos humanos. Al pie del altar, con los brazos extendidos, rígido, aparece un sacerdote abismado en profunda meditación.

A la izquierda, entre la separación de dos cortinones, un horno entreabierto brilla en la penumbra.

Esta es la tétrica *mise en scene*. Para dar cuenta de la espantosa ceremonia que va a tener lugar, describiremos la celebrada en honor de la Marquesa de Montespan, hermosísima mujer, reproducida en el adjunto dibujo por nuestro director artístico Sr. Meléndez.

Semejante a una antigua sacerdotisa de Afrodita, con el rostro cubierto con un antifaz de terciopelo negro, la marquesa de Montespan, la favorita de Luis XIV, apareció completamente desnuda, con todo el resplandor de su radiante hermosura.

Los áureos cabellos caían hasta media pierna iluminando con sus reflejos aquella admirable estatua de carne.

El cuello, un poco largo, emergía como alabastrina columnita de entre los redondos hombros,



deslumbradores de blancura, y los irreprochables senos er-
guíanse orgullosos y firmes.

El sacerdote —el abate Guibourg— había dejado su actitud
extática y esperaba de pie.

La Voisin conducía a la Marquesa al altar.

Y la orgullosa Montespan, sacrificándolo todo a su ambi-
ción, se tendió en el altar delante del sacerdote, apoyando la
cabeza en un almohadón de terciopelo negro con franja de
plata.

Entre los ornamentos sombríos y los pálidos reflejos de las
velas, su hermosísimo cuerpo resplandecía.

Sobre el pecho de la Marquesa el abate Guibourg colocó un
crucifijo y sobre el vientre un pergamino escrito, encima del
cual puso el cáliz.

Sonó la campanilla y el oficiante dio comienzo a la infame
parodia del Santo Sacrificio. Arrodillada junto al altar, la Voi-
sin hacía el oficio de monaguillo. El cura pasaba y repasaba,
haciendo genuflexiones y besando el cuerpo de la Montespan
cada vez que se inclinaba.

Y llega el momento de la consagración, el momento terri-
ble. Levántase un portier y aparece una mujer con un niño
recién nacido que presenta al oficiante. Al mismo tiempo la
entornada puertecilla del horno ábrese de par en par y la es-
cena ilumínase con resplandores siniestros.

La pluma se resiste a dar todos los detalles de este espanto-
so cuadro. Baste decir que el sacerdote por su propia mano
sacrifica al tierno infante, la sangre del cual corre tiñendo de
púrpura la nivea blancura del cuerpo de la Montespan. Consu-
mado el crimen, la Voisin coge el cadáver y lo arroja en el
horno. La puertecilla se cierra y el aposento vuelve a quedar
en lúgubre penumbra.

La ceremonia toca a su fin. El oficiante coge el pergamino

que ha estado debajo del cáliz y lee:

Yo, marquesa de Montespan, pido a Astharot y Asmodeo que jamás me falte la privanza del Rey. Que mi voluntad sea para él soberana. Que la Reina sea estéril y que sea repudiada para que el Rey me haga su esposa.

—*Ite misa est* —dice Guibourg, después de un breve silencio.

—*Lucifero gratias* —contesta la Voisin.

Este es a grandes rasgos el relato verdadero de una de aquellas horribles ceremonias en las que colaboraban el sacrilegio, la lujuria y el crimen. Los sentimientos más impíos, la perversidad más refinada, la negación de Dios!... todo eso eran las infames *Misas negras*.

La Voisin, el miserable cura, y todos sus cómplices pagaron sus infamias en la hoguera. La marquesa de Montespan se salvó porque era madre de los hijos de Luis XIV; pero perdió todo su influjo sobre el Rey, viviendo desde entonces en apartado retiro.

Actualmente unos cuantos estetas neuróticos han producido un gran escándalo parisiense por ciertas ceremonias eróticas practicadas por discípulos del marqués de Sade. Pero aunque la prensa extranjera las ha bautizado con el nombre de *Misas negras*, no tienen más que un levísimo parecido con las que acabamos de describir. El barón Jacques d'Adelsward y compinches, no son más que unos cuantos degenerados que han incurrido dentro del Código penal por corrupción de menores.

Las verdaderas *Misas negras*, las criminales ceremonias que datan de la Edad Media, llevan consigo una nota consoladora que contradice los pesimismo de Jorge Manrique, pues nadie al leer estas infamias creerá con el poeta que «cualquiera tiempo pasado fue mejor».

Crónica ♦ ♦ ♦ ♦ ♦

♦ ♦ ♦ del Crimen



LADRONES en cuadrilla en Córdoba y Linares; salteadores enmascarados en Noreña (Oviedo); en Cuelgamuros (Zamora), el salvaje asesinato de una maestra de escuela y su sobrina; en Paredes de Nava (Palencia), un licenciado de presidio comete el triple crimen de parricidio, incendio y suicidio; en Agrau (Galicia), un monstruo, al lado del cual los animales más feroces resultan humanos, ha matado a palos a su infeliz mujer, persiguiéndola desnuda por las calles del pueblo, de noche, bajo la copiosa nevada que caía.

He aquí a grandes rasgos lo más saliente que arroja la quincena criminal. La bestia humana se ha manifestado en toda la horrible crueldad de sus instintos fieros.

Como es de rigor, la Guardia civil ha tenido que moverse sin descanso, siendo tan fructuosos sus trabajos, que, gracias a la Benemérita, la cuadrilla de ladrones que apareciera en las inmediaciones de Cabra se ha dispersado, y su jefe, el *Martón*, ha sucumbido a los certeros disparos de una pareja.

Para que en esta crónica del crimen no falte una nota en la gama del delito, el ruidoso proceso de bigamia descubierto en la Coruña y del que es responsable una hermosa y astuta gallega, esposa de un ex guardia civil y viuda de un coronel; y el secuestro, por parte de su tutor, de un menor que posee un millón de pesetas de capital, enriquecen los anales de la delincuencia. Este suceso, ocurrido en Santiago de Galicia, y del que ha sido víctima el joven Boado, demuestra la falta de garantía en la libertad individual, pues de no haber sido por la enérgica actitud de parientes, amigos y compañeros, el rico

estudiante estaría a estas horas recluido donde no pudiera ser estorbo a las concupiscencias que los periódicos han denunciado.

NUEVO SISTEMA DE IDENTIFICACIÓN

de malhechores por las huellas de las yemas de los dedos.

LA experiencia ha demostrado que el sistema de las mediciones antropométricas que puso en boga Bertillon y que han sido adoptadas en casi todo el mundo, no deben inspirar confianza absoluta. Las dimensiones generales del cuerpo y de sus partes se alteran con el tiempo bajo numerosas influencias, y el color de la piel y de los cabellos, la expresión de la fisonomía, los rasgos, las líneas, la escritura y hasta la coloración de los ojos cambian con la edad.

Como si eso no fuese bastante, las mensuraciones de un individuo hechas por distintos empleados de una misma oficina, dan casi infaliblemente en la práctica otros tantos resultados distintos, lo cual arguye en contra de la exactitud del sistema antropométrico de Bertillon, y obliga a conceder márgenes de tolerancia demasiado amplios y a tomar una serie exagerada de datos dificultosos.

Una persona que se ha ocupado mucho de estos estudios, el Dr. Carrasco, se hizo medir por tres empleados competentes del servicio antropométrico, y en las once mediciones que le hicieron hubo diferencias en diez de ellas: todas estas diferencias estaban comprendidas dentro del límite de la tolerancia que recomienda Bertillon; pero es de advertir que una consistía en figurar la cabeza con cinco milímetros y medio menos

de largo que en otras. Claro es, que con tales tolerancias y tales errores no es posible conceder valor jurídico absoluto a un a filiación hecha de ese modo, pues la sola probabilidad de contusión con otro individuo ha de producir dudas en el ánimo de los jueces.



Figura 1.



Figura 2.



Figura 3.



Figura 4.

El sistema de la identificación de personas por medio de la impresión que dejan las yemas de los dedos, se funda en que los dibujos de éstas permanecen inmutables toda la vida, desde tres meses antes del nacimiento, hasta que por la corrupción cadavérica se deshacen los tejidos. No hay accidente, quemadura, cicatriz ni nada que borre la forma de las curvas. Al mismo tiempo cada individuo tiene una peculiar combinación en las líneas, de modo que la coincidencia de los núcleos de éstas ofrece sólo una probabilidad de uno contra sesenta y cuatro mil millones de que no se trate de la misma persona. Esta probabilidad llega a la certidumbre cuando se comparan, en vez de un núcleo, los de los diez dedos de ambas manos.

Cuando se ideó este sistema de identificación, nadie dudó de su eficacia. El problema estaba en hallar la manera de clasificar las impresiones, de modo que pudieran constituir fichas de identificación fáciles de encontrar en pocos segundos. La observación de las impresiones dio la clave del problema.

Todos los dibujos concebibles de la yema de los dedos, se pueden encerrar en cuatro conformaciones fundamentales. Cualquiera puede observar que en las yemas de los dedos existe a un solo lado, ya sea el interno o el externo, o en ambos, un pequeño delta, o si se quiere un pequeño gancho donde se bifurcan las líneas que forman el núcleo del dibujo.

Puede observarse también que en algunos dedos no existen

esos núcleos y que el dibujo está compuesto de simples arcos. Los cuatro grupos a que nos hemos referido se determinan por la existencia o no existencia de esos ganchos. El primer grupo lo forman las impresiones que carecen de delta; se las da el nombre de *arco*, y en las fichas de identificación se las significa con la letra A (figura 1). El segundo grupo contiene un solo gancho, cuyas líneas se dirigen hacia el lado interno o sea hacia la izquierda de la persona que lo estudia; se denomina *presilla interna*, y las fichas se designan con la letra I (figura 2). El tercer grupo lo constituyen las de un solo gancho, pero cuyas líneas se dirigen hacia el lado exterior, o sea hacia la derecha; se le llama *presilla externa*, y en las fichas se le designa con la letra E (figura 3). Por último, forman el cuarto grupo los dedos que tienen dos ganchos y entre cuyas líneas directoras se encierran dibujos muy variados; se les llama *verticilo*, y en las fichas se le designa con la letra V (figura 4).

Admitidas estas cuatro divisiones, que forman el eje de toda clasificación, se ve a cuál de ellas pertenece cada uno de los dedos de las manos, y como éstos son diez, fácil es de comprender el número inmenso de combinaciones posibles.

Se procede del modo siguiente, que puede verse ilustrado en la reproducción de una de las fichas o tarjetas de identificación dactiloscópica que se usan en Buenos Aires.

A la impresión del pulgar derecho se la llama *fundamental* y se la clasifica con una de las cuatro letras A, I, E, V, de que hemos hablado, y a las impresiones de los otros cuatro dedos de la misma mano se las llama *división*, y se clasifican no con letras sino con números equivalentes a ellas y que son 1, 2, 3 y 4, según que el dibujo de la yema del dedo sea de arco, presilla interna, presilla externa o verticilo. A la impresión del pulgar de la mano izquierda se la llama *subclasificación*, y se clasifica también con una de las letras A, I, E, V, y las impresiones de los cuatro dedos constituyen lo que se llama subdivisión y se las clasifica con números como a las de la mano derecha. Por último, al conjunto de las clasificaciones de la



la mano derecha se le llama *serie*, y al de las de la mano izquierda se le conoce con el nombre de *sección*.

Por este sistema de clasificación se puede representar así alfabéticamente como numéricamente, con toda exactitud las impresiones de los núcleos de un sujeto y darles un lugar fijo en el número de las mil veinticuatro series y un millón cuatrocientos ochenta y cinco mil quinientas setenta y seis secciones posibles.

Terminaremos diciendo que el sistema dactiloscópico viene dando resultados excelentes, no sólo en la identificación de criminales sino también para la de cadáveres y aun para el descubrimiento de crímenes, cuando los delincuentes han dejado impresadas en sangre, o en el polvo o sobre algún objeto, la huella de sus dedos.



les,
crón
infel
el H
del
que,
de h
nast
mue
y ta
pud
era

Mac
pro
dur
de p
rrac
año
rios
refl
de
la c
del

hec
acu
for
apa

CRÓNICA DEL CRIMEN



PRÓDIGA en sucesos sangrientos, en causas criminales, la última quincena da materia más que sobrada para esta crónica. Y de entre el siniestro desfile de espectros rojos, el infeliz demente que ha muerto a manos de sus guardianes en el Hospital provincial de esta corte; los asesinos de Villanueva del Arzobispo, denunciados por un hijo de uno de ellos, niño que, al decir del padre, hubiera también perecido a sus manos de haber sospechado su testimonio; el doble asesinato de Monasterio (Badajoz); el homicida de La Roda (Albacete); la muerte misteriosa de Desiderio Adé, en Yigo; de entre tantos y tantos crímenes y delitos, resalta una nota criminalista que pudiera dar un nombre a estos anales de la delincuencia; la era de la esposa martirizada.

La ruidosa causa que acaba de fallarse en la Audiencia de Madrid ha ocupado columnas enteras de la prensa diaria. Al procesado, González Maestre, acusado de haber martirizado durante siete años a su mujer, le han sido impuestos tres años de presidio por los malos tratos, y por haberla tenido encerrada, *detenida ilegalmente*, más de veintiún días, *¡diez y siete años de presidio!*... No hemos de hacer nosotros los comentarios a que se presta la sentencia, ni trataremos de penetrar las reflexiones que sugerirán en la mente de las mujeres malas y de los maridos buenos esos diez y siete años de presidio por la detención ilegal de la esposa más de veintiún días dentro del domicilio conyugal.

No apagados todavía los comentarios a que se prestan los hechos de autos, la actitud de la esposa de González Maestre acusando encarnizadamente al padre de sus hijos, y la extraña forma de aplicar la sentencia que para los profanos en derecho aparece absolutamente falta de ponderación, surge un hecho

de la misma índole, ya que no de idénticas proporciones, sacando a la vindicta pública el nombre de Restituto González del Castillo, de setenta y seis años, barbero, martirizador de su esposa, degenerado y epiléptico, que con inteligente destello de maldad idea deshacerse de su mujer obligándola a firmar una carta en la que se declara adúltera. Y al mismo tiempo que la justicia de Madrid procuraba poner un epílogo a este drama, la de Málaga fallaba la ruidosa causa conocida por el «crimen de La Perla»; el hecho de autos es muy interesante.

Trátase de un marido, Francisco López García, que abandonó a su mujer marchándose a Valencia, y dejando a la esposa e hijos en la miseria.

La infeliz esposa hizo cuatro viajes a Valencia para buscar a su marido y pedirle que la recogiera a ella y a sus hijos.

El marido no lo hizo, y la mujer tuvo que regresar a Málaga.

Era joven y bonita, y harta ya de ver que su esposo no la quería para nada, vaciló algún tiempo y, por último, prestó oídos a las palabras cariñosas y ofrecimientos de bienestar que la hizo un amante.

Con él vivía feliz y tranquila, cuando de improviso se presenta el marido en Málaga, la busca, la arranca de su casa, se la lleva a vivir a una fonda, donde la maltrata cruelmente y no la mata, por último, para no comprometerse; pero la obliga a que se suicide haciéndola antes escribir unas cuantas palabras diciendo que no se culpaba a nadie de su muerte.

No está suficientemente esclarecido si fue el marido quien mató a su esposa, aunque el fiscal en su informe así lo afirma.

El jurado ha pronunciado veredicto de culpabilidad, y el público prorrumpió en mueras, tratando de asaltar el estrado del Tribunal, teniendo necesidad los guardias civiles que disponerse a hacer uso de las armas para evitar la agresión.

Autos y sentencias se prestan a muchas consideraciones

que no podemos hacer en los estrechos límites de esta crónica.

Esos constantes malos tratos que tan frecuentemente se registran entre cónyuges porque los matrimonios mal avenidos son infinitos —esos refinamientos de maldad en los que se exterioriza el odio de las almas envilecidas—, no es, al fin y a

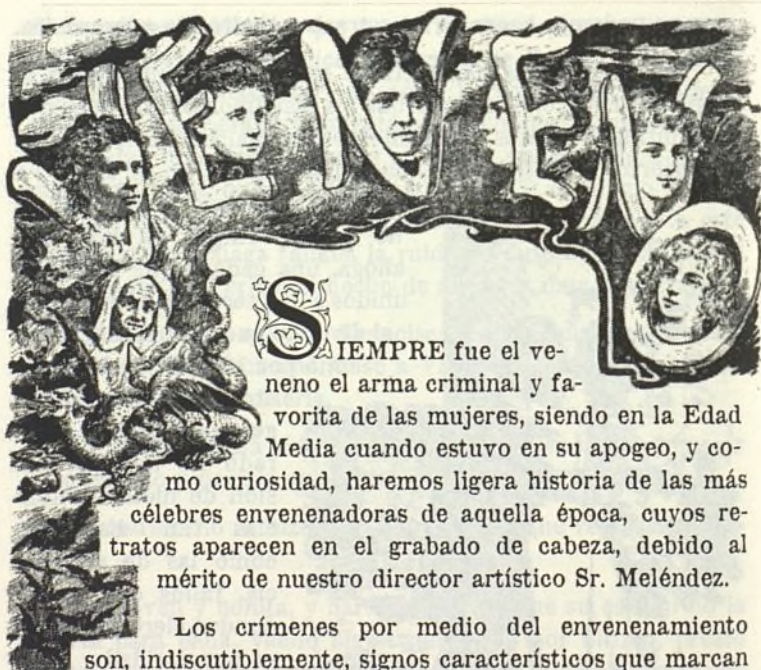
la postre, más que el despecho de no poder romper un lazo que ahoga, una cadena que mantiene unidos a dos seres antitéticos. Con el divorcio quedarían reducidos a

un 5 por 100 los maridos que atormentan, los cónyuges que matan; y el jurado no tendría ocasión de dictar sentencias tan disidentes como las de referencia, fallos que no redundan ciertamente en su popularidad y prestigio.

*

* *





SIEMPRE fue el veneno el arma criminal y favorita de las mujeres, siendo en la Edad Media cuando estuvo en su apogeo, y como curiosidad, haremos ligera historia de las más célebres envenenadoras de aquella época, cuyos retratos aparecen en el grabado de cabeza, debido al mérito de nuestro director artístico Sr. Meléndez.

Los crímenes por medio del envenenamiento son, indiscutiblemente, signos característicos que marcan la corrupción de una sociedad en el máximo grado de degeneración moral, y así sucedía en tiempos de la Edad Media, en que bien pudiera decirse llegó a ser *moda* el emplear tan cobarde traidor sistema en todos los países, y con especialidad en Francia, Italia, Inglaterra y aún más en los Estados Unidos, en donde tomó proporciones verdaderamente alarmantes.

Es de advertir que el veneno, como instrumento criminal, era, y es empleado generalmente, por las clases sociales de buena educación y elevada posición social. La gente pobre, es rara la vez que emplea el veneno para móviles criminales, pues no comprende otros sistemas, para el asesinato, que los medios violentos.

Únicamente estando ya familiarizado con el peligro, como el militar por larga campaña, podría vivir con relativa tranquilidad en aquellos tiempos de los Borgias en Italia, de Luis

XIV y Luis XV en Francia. Era el veneno el medio del que se valían las mujeres criminales, unas por instinto, otras por despecho o accesos de celos, por sugestión y hasta por histerismo o neurastenia, siendo el predilecto entonces, o escogido como favorito, el arsénico, porque en aquella época se hacía imposible descubrir en el cadáver el envenenamiento con esta sustancia, siendo hoy precisamente, el que con más facilidad se comprueba.

Entre las envenenadoras más célebres figuran Blanca Cabello, el rostro de la cara le asoma en la letra N, que fue víctima de su intención criminal. Vamos a referir la escena:

Profesaba esta dama grande odio a su cuñado el cardenal Fernando de Médicis, y tomando por pretexto una visita que éste les hiciera, preparó, para que las comiera, unas tortas de su predilección; el prelado usaba constantemente en uno de sus dedos una sortija regalo del Papa Sixto V, la que ostentaba engarzado un magnífico ópalo que tenía la propiedad de palidecer a la proximidad de cualquier tósigo; con gran discreción hizo el cardenal la prueba por la desconfianza que tenía de su cuñada y se excusó de comer. Entonces su hermano y marido de Blanca, el gran duque Francesco, le invitó con insistencia a que las probase, y persuadido de no poder vencer su resistencia, dirigióse a su mujer diciéndola: «Ya que mi hermano no demuestra contigo su galantería, haré yo los honores a tus tortas».

Instintivamente Blanca pretendió hacer un ademán para que su marido no comiera, pero se contuvo por no descubrirse. Estaba colocada en una situación terrible; si declaraba su frustrado crimen, era perdida, y de lo contrario, asesinaba a su marido. En medio de su desesperación tuvo un rasgo de valor heroico, y con la sonrisa en los labios, dirigiendo al prelado frases de cortesía, se sirvió ella misma un gran trozo de torta aún mayor que el que estaba comiendo su marido. A las pocas horas, y efecto del veneno que contenían las Jertas, habían dejado de existir esta criminal heroína y su marido el gran

duque Francesco de Médicis.

Durante el reinado de Luis XIV y Luis XV en Francia, ocurrieron muchos crímenes por envenenamiento entre la aristocrática sociedad, siendo sus autoras las damas de más alto rango.

La celeberrima marquesa de Brinvilliers, envenenó a su padre y a dos hermanos, e intentó asesinar de igual modo a su hermana y a una cuñada; esta terrible mujer fue condenada a pena de muerte, y antes de ser decapitada hizo importantes revelaciones que, conviniendo con otras denuncias hechas por la policía, dio por resultado la prisión de La Voisin, que ya figuró en las *Misas negras*, y después fue quemada en la hoguera.

Era La Voisin una especie de bruja, envenenadora y cómplice de todas estas aristócratas criminales; tenía suficiente sagacidad para sacar un buen partido de su *oficio*, explotando los deseos criminales de las damas que la solicitaban para deshacerse de sus maridos, de sus amantes y hacer desaparecer también las consecuencias de esas faltas demasiado aparentes, que afectan al honor de una doncella. Esta diabólica mujer, debido a su infame audacia y habilidad en aquellos tiempos de inmoralidad y superstición, logró reunir en París numerosa clientela de la alta aristocracia y la corte, siendo por esta causa de gran importancia los ingresos que su *profesión* la proporcionaba, permitiéndola ostentar un lujo espléndido y vestir soberbios trajes de brochado y pedrería. Tales escándalos produjeron las revelaciones de la marquesa de Brinvilliers antes de ser decapitada y las denuncias de la policía al descubrir crímenes horribles por medio del veneno, que alcanzaban a la nobleza, a la magistratura y hasta a la corte, que fue preciso instruir un proceso, del que y por su gravedad, constituyóse una comisión especial para continuarlo con secreto y rapidez; esta comisión tomó el nombre de *Cámara Ardiente*, y parece ser que se probaban plenamente cargos que merecían la pena de muerte contra más de treinta personas, casi en su totalidad

damas de la corte y alta aristocracia, sospechándose que esto fuera motivo para que Luis XIV disolviese la tal comisión. Entonces precisamente fue cuando este rey pudo enterarse de que su favorita *La Montespan* intentó dar un tósigo a su rival la señorita de La Vallière, y en un paroxismo de celos llegó hasta a quererle envenenar a él mismo, prestándose después a los horribles crímenes de las *Misas negras*, detallado este acto en el núm. 4 ° de esta Revista, cuyo repugnante y sacrilego espectáculo se celebraba en casa de La Voisin con todo el gran aparato que requería y cuyas habitaciones estaban preparadas *ad hoc* sin que faltase el más mínimo detalle, incluso el horno, en el que, y después de degollada, se hacía tostar a una criatura recién nacida... En aquella estancia maldita, en la que, y para más sarcasmo, el mal sacerdote revestido oficiaba el santo sacrificio de la misa, sirviéndole de *ara* el sensual y desnudo cuerpo de hermosa mujer y matando por sus propias y criminales manos a un inocente niño, parecía sonreír el genio del mal dando al cuadro un tinte siniestro, sus pupilas de fuego que irradiaban con un brillo fosfórico, aspirándose un no sé qué de horrible y repugnante que imponía. Y de los funestos horóscopos de la infame Voisin, hacíase eco aquella aristocracia corrupta, encenagada en el crimen y la lujuria y obsesionada por maléfica superstición.

Una Miss, residente en San Francisco de California, estaba enamorada de un yanqui que residía con su esposa al otro extremo del Continente; celosa de la propia mujer, resolvió matarla enviándole una lujosa caja de dulces. La inocente e infeliz esposa y su hermana comieron de ellos y murieron.

Miss Streets, también yanqui, propinó a su marido una copa de vino con mezcla de estriquina y le asesinó para librarse de él, porque, según confesó, la molestaba con sus celos.

Otro infeliz marido también fue víctima del veneno que le dio su mujer para librarse de él y casarse con otro, de quien estaba locamente enamorada, confesión que ella misma hizo

ante los jueces; esta criminal, de quien compadecidos los médicos encargados de observarla para dar dictamen, lo emitieron declarándola loca para librarla del cadalso, se llamaba Mrs. Holmes.

Mrs. Magbrick, también americana, hermosa y simpática mujer de la alta y distinguida sociedad, sufre condena de reclusión perpetua en Inglaterra por haber matado a su marido, de nacionalidad inglesa, suministrándole repetidas y fuertes dosis de arsénico.

No hace muchos años ocurrió en Bélgica otro caso de envenenamiento por móviles bien distintos; trátase de una envenenadora que se iba *entreteniendo* en asesinar a bastantes parientes suyos, cuyas vidas aseguraba con anticipación; llamábase Mad. Joniaux, esposa de un notable abogado, y el lector comprenderá que el objeto de estos crímenes no era otro que el de irse enriqueciendo, cobrando los seguros de sus víctimas.

Mucho más que en ningún otro país en Italia es donde más entendían el veneno y de donde se cuentan esos tósigos enérgicos y misteriosos. El de los Borgias es conocidísimo por la historia; por lo general eran líquidos incoloros e inodoros, bastando solamente una gota para producir la muerte. Se usaba también un veneno tan excesivamente sutil, que bastaba mojar en él un guante para que muriera la persona que se lo ponía. El *vino de los Borgias* era también un terrible veneno, no obstante ser un néctar delicioso, saturado de un delicado y exquisito aroma que extasiaba, pero que en su deleite embriagador, estaba la muerte precedida de una agonía casi imperceptible.

Además de estos venenos de los Borgias, existían en Italia otros no menos célebres en la historia, como el llamado *Agua Toffana* y *Veneno de los Médicis*. De este último nada se sabe acerca de las sustancias que lo componían, y era tan sumamente enérgico, que unas gotas del tal líquido, vertidas en el agua o en el vino, era lo suficiente para producir la muerte, lo

mism
dicio
vertic

Ca
tan f
ser p
cuano
en el
hálito

A
arsén
const
el pr
y Sai

T
mina
llos t
no ba
hoy c
rraci

MUS
Para
una pes
BAN
con tinda
días de
ce para
Toda

mismo que al comer cualquier fruta o manjar en iguales condiciones o lo cortado por un cuchillo en cuya hoja se hubiesen vertido también algunas gotas.

Catalina de Médicis se sirvió tanto de este tósigo, que cuantan fueron numerosas las víctimas que ocasionó, llegando a ser peligroso el admitir de aquella dama cualquier objeto, aun cuando fuera un pañuelo o un guante, pues a veces envuelto en el delicado perfume de una flor ofrecida por ella, iba el hálito de la muerte.

Aseguran que los componentes del *Agua Toffana* eran el arsénico y el sublimado corrosivo, combinados con un vegetal, constituyendo un líquido cristalino, insípido e incoloro y era el preferido por La Voisin, por las marquesas de Brinvilliers y Sainte Croix para cometer sus crímenes.

Todos estos venenos llegaron a emplearlos como arma criminal los magnates, damas de la sociedad corrompida de aquellos tiempos y las sociedades secretas, y, para convencerse, si no bastan los casos que, aunque no tan repetidos como antes, hoy ocurren, repásese la Historia y nos lo probará con su narración incontrovertible.

JULIO PASTOR

MUSEO CRIMINAL

Se publica en Madrid los días 1.º y 15 de cada mes. Consta de ocho páginas de texto (como mínimo) dando también ademas extraordinarias de 12 páginas. Todos los adóscron llevan además, invariablemente, ocho páginas de novela ilustrada y encuadernable.

Preelos: Trimestre, 1,50 pesetas.—Semestre, 2,75.—Año, 5.—Extranjero, un año, 10 pesetas.

Para los clases de Irojo de Guardia Civil, Carabineros, y personal subalterno de la Judicatura, Cuerpo de Prisiones y Policía: un peseta trimestre. A los suscriptores por todo el año de 1904 se les regalará, al final, las tapas para la encuadernación.

BANES DE SUSCRIPCIÓN.—1.º El tiempo mínimo de suscripción es un trimestre. 2.º La suscripción se considerará con línea indistintamente en tanto no se reciba del suscriptor aviso en contrario. 3.º Los avios de baja han de darse con quince días de anticipación á la fecha en que termina la suscripción. Las reclamaciones dentro de los ocho días para la Península y quince para las Ias: después no serán atendidas. Oficinas: Plaza de San Nicolás, 8, 2.ª derecha é izquierda.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Director del **MUSEO CRIMINAL**, apartado en Correos núm. 336, Madrid.

Madrid.—Imp. de N. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 818



CRÓNICA DEL CRIMEN

HAY en la escala zoológica un orden inferior al de la hiena y el chacal: la fiera humana. En esa casilla debe figurar Julián Martín Abad (a) *El Feo*, que salió de Nombela (Toledo) acompañando a Melchor Jiménez, a quien asesinó vilmente, arrojándole al suelo de un garrotazo y procediendo a dejar al descubierto el pecho para darle de puñaladas. A la mañana siguiente se presentó en Nombela, donde estuvo en un baile.

Descubierto el crimen, el asesino ha confesado con repugnante cinismo que el único móvil contra el muerto ha sido el recuerdo de ciertos golpes que recibiera de los mozos de Escalona, en cuyo punto estaba avecindado el interfecto. La Guardia civil ha podido evitar que sea linchado este salvaje, con quien pudiera alternar otra fiera de diez y ocho años que en Siles (Badajoz), dio a su padre un navajazo mortal como réplica a una reprensión que aquél le dirigiera. Se llama esta alhaja Juan Antonio Serrano y ha sido preso por los guardias civiles Casado y Moreno.

Y ya en el reino de la barbarie, trasladémonos a Valencia, donde en lucha a mano armada han reñido un representante de la baja hampa, Luis Cano Chumillas, de veintiocho años, y su amante una moza bravía, carne de lupanar, Encarnación

Jimén
furios
ladas,
luchas
mento

De
otras
Barce
de sus
ha sid

La
los cit
much
golfos
pinche
su cal

As
todos

como

F
tos, d
esta c
joven
en La
feroz
agres

Jiménez, que recibió la acometida del acero, con otro acero furiosamente esgrimido. Encarnación ha caído cosida a puñaladas, el Chumillas, herido gravemente, tal vez no se levantará; lucha de fieras en donde surge en centelleos de odio, el fermento del vicio.

Después de tantos horrores, no hay ánimo para describir otras tragedias, ni para hacer alto en el Colegio de Jesuitas de Barcelona, donde el anarquismo que reverdece ha dejado una de sus tarjetas estruendosas, que afortunadamente esta vez no ha sido mortífera.

La protagonista de esta crónica es la navaja, esgrimida por los citados bárbaros criminales; manejada en Calatayud por un muchachuelo que seguramente no sabrá leer, y por uno de esos golfos del manubrio, que con aire donjuanesco hiere a su compinche en un alarde de matón agasajado por las hembras de su calaña.

Asesinos, fieras humanas, adolescentes, la hez del arroyo... todos desfilan llevando en la mano la ensangrentada navaja

*«esa heroína
del presidio escapada;
esa lengua de acero, comparada
á la calumnia vil, porque asesina»,*

como dijo un malogrado poeta.



REDOMINAN en esta quincena los crímenes violentos, desde el adolescente que en la plaza de los Mostenses de esta corte asesina por la espalda, a impulsos del odio, y el jovenzuelo que, sin mediar cuestión alguna, mata a un hombre en La Línea, hasta el pastor homicida de Prats del Rey y la feroz tragedia de Castellón, en la que el agredido mata a su agresor, machacándole el cráneo con una piedra.

Junto a estos crímenes de la insana pasión, aparecen otros tan repugnantes como el de la Consuelo Navarro, madrastra de la niña María, a quien ha dado muerte feroz, y no pocos en los que el salvajismo es su única determinante, como en la agresión de que ha sido objeto el tren rápido, cerca de Alsasua, resultando gravemente herido de una pedrada el cocinero.

En cuanto a la sanción penal de anteriores delitos, hemos de consignar las cuatro penas de muerte que el ministerio fiscal pide para los procesados de Almonacid y Arancón; y ya que exigencias del ajuste no nos permiten ser hoy todo lo extensos que deseáramos, cerremos esta rápida crónica con la mención de la sentencia recaída en el proceso por el asesinato de un asistente en Valladolid. Esta es la nota dominante de la quincena criminal, siendo objeto de discusiones y censuras el veredicto del Jurado que en esta ocasión ha tenido una mala jornada. Diez y ocho años de presidio para el principal autor de tan horroroso crimen y dos para los cómplices, se considera una pena levisísima, que no redundará ciertamente en prestigio de los jueces.



A quincena criminal que nos ofrece, en siniestro desfile, el trágico *kaleidoscopio* de visiones tan espantables como el triple asesinato de Graja de Iniesta (Cuenca) y el crimen salvaje que eligiera pura víctima al guardia municipal de Bullas (Murcia), tiene fisonomía propia entre la roja balumba de todo linaje de delitos.

El secuestro que intentaran llevar a cabo en término de Guadix los bandidos capitaneados por un Raissuli de aquende el Estrecho, y la refriega sostenida entre la Benemérita y unos ladrones en la carretera de Castellón, nos traen la remembranza de aquellos tiempos del bandolerismo en auge y de los secuestradores andaluces, que los guardias civiles de entonces

extinguieron, como los actuales dispersan y matan a los malhechores que les hacen frente, y ponen a buen recaudo a los fracasados hazañeros de Guadix.

Poco importante como hecho, no deja de serlo como síntoma. Reconcentrada de continuo y distraída de los campos la Guardia civil, se hace más viable el retoñar de las antiguas criminales aventuras de todos aquellos que se lamentan de lo perdido que está el oficio de ladrón, desde que campean por despoblado «los de las correas amarillas».

Y si en este orden de consideraciones resultara de gran relieve la necesidad de robustecer el prestigio y la autoridad de la Guardia civil, por ser la primera fuerza de defensa social, cuando pensamos, indignados, en la brutal agresión de que fue víctima el guardia de puertas del cuartel de Salamanca, todos los rigores parecen leves para poner a salvo la virtualidad de una Institución que ha sentido en el rostro el vendaval de injurias que contra ella han desatado cuatro políticos de oficio. Solamente extremando la nota cuanto consienta la ley, puede quedar garantido lo que los hombres de orden estiman en el mismo grado que lo detestan los violentos.

El otro perfil de la crónica de hoy ofrécelo el tribunal popular a propósito de un último fallo en uno de los crímenes que hemos dado en llamar *pasionales*. La historia es vulgar: una mujer guapa y garrida que se casa por interés con un hombre raquíptico y jiboso. La pérdida del dinero y los disgustos produjeron el desvío de la mujer, los celos y el drama. El jorobado mató a su esposa y el Jurado lo absuelve.

Es la historia de siempre. El Jurado que declarara culpable al que hurta un panecillo porque se muere de hambre, o al que se lleva una tabla de un solar porque se muere de frío, absuelve a Villuendas que mata al infeliz doctor Moreno Pozo, y al homicida Gavilanes, y a los cafres de Fermoselle... Mañana absolverán también a Batuecas (a) *El Chilina*, que da de puñaladas a su ex novia porque no quiere reanudar las relaciones. Para el Jurado español la vida es cosa bien deleznable;

con defender la propiedad tiene bastante. Sin duda se dicen que mientras tiene un hombre un puñal en la mano, no puede meterla en un bolsillo. Y es que la hermosa Institución del Jurado ha caído en tierra sin abono, y sus frutos no pueden ser lozanos, contando, además, con los muchos hortelanos interesados en que se malogren.

Como no estamos en vena ni con espacio para filosofar, vamos a referir un hecho que hace la apología del Jurado en España.

Celebrábase en una Audiencia próxima a Madrid el primer juicio por jurados. El presidente de la Sala pronunció un discurso haciendo resaltar la transcendental misión que iban a desempeñar los doce jueces populares; y la elevada magistratura de que estaban investidos por mandamiento de la ley. El acto resultó solemne.

Hechas las preguntas necesarias por el Tribunal de derecho, el Jurado se retiró a deliberar. Transcurrió más de una hora y los jurados no salían. Sin duda estaban sumidos en indecibles perplejidades, de las que dependía la suerte de un nombre. El *debut*, el discurso del presidente, los artículos periodísticos, todo debía influir en el ánimo de los jurados. Pero tanto se prolongaba su ausencia, que el presidente procuró enterarse, discretamente, del motivo de aquella excesiva tardanza.

Los honrados ciudadanos, los sencillos campesinos, que por primera vez iban a sentenciar a un hombre, estaban entretenidos mirando desde las ventanas cómo bailaba en la calle el oso de un zíngaro.



CÓMO SE NOS ROBA, CÓMO SE NOS MATA

EL AMOR CRIMINAL

NO hablemos de los crímenes vulgares, de los bárbaros protagonistas como Antonio Serrano que, en la calle de León, de esta corte, ha cosido a su mujer a puñaladas. Es la salvaje tragedia de todos los días; la hazaña brutal de un bimano suelto; ó la codicia sin entrañas del procurador de Lugo, que en su despacho mata con alevosía para robar unos cuantos miles de pesetas.

La nota característica de la quincena criminal la da el clero con sus torpes crápulas y sus desórdenes morales.

Primero fue el famoso predicador González Reyes, acusado ante los tribunales por abandono del hijo habido en sacrílegos amores; luego la escandalosa fuga de una hermosa y distinguida señorita sevillana con el cura Andújar, a quien ya nos lo estamos imaginando zalamero y jacarandoso, trastornando el cerebro meridional de una infeliz muchacha, que empezando por adorar a Dios concluyó por amar a uno de sus ministros, aunque indigno. Últimamente, el tremendo drama de la calle de Panaderos, ha puesto un tercer nombre sacerdotal en la picota.

El sacerdote D. Antonio Benito Rubio mantenía desde hacía tiempo relaciones ilícitas con Carmen Díaz. La penuria, el hastío o la tacañería del cura pusieron término a la unión que debiera haber ligado estrechamente el hijo abandonado.

El amante vino a Madrid y hostigado por el recuerdo de



EL CURA MUERTO

días felices buscó a su antigua amante, le propuso pasar la noche en su compañía, y encontró la muerte donde estaba bien lejos de hallarla. Carmen Díaz vengó de un navajazo desamor y abandono, echando a la calle una historia escandalosa, para mortificación de las almas creyentes, trémulas y contristadas por la denuncia contra su predicador favorito y por la «donjuanesca» hazaña del párroco andaluz.



LA HOMICIDA

Dejando a un lado la repugnante tragedia del cura muerto, que ha tenido por escenario un lupanar, la pasión que se estremece bajo una sotana lo mismo que bajo un dormán de húsar, reverdece el tema del matrimonio en el clero, mirando cómo a través del dogma y de los votos, el amor soberano se impone y triunfa, aun a trueque de que se le apellide criminal.

¿Habéis leído la hermosa trilogía de Zola, *Lourdes*, *Roma* y *París*?

El protagonista es el abate Froment, sacerdote modelo. Exaltado por la fe. decepcionado de los suyos, reintegrado, por último, a las leyes de la Naturaleza, deja el sacerdocio y se casa.

Y es porque los hombres no pueden dejar de serlo porque se les ponga una sotana. Sojuzgado el instinto por la voluntad, la Naturaleza subsiste viva, perenne centinela de sus fueros, y en su labor constante y silenciosa aprovecha el instante psicológico para vencer y proclamarse triunfadora sobre todos los convencionalismos sociales.

ANIMALES AJUSTICIADOS



ANTIGUAMENTE, en la Edad Media, sometíase a la acción de la justicia todos los hechos condenables, hasta los de los animales. El procedimiento adoptado para la persecución de los *crímenes* de los animales difería según la naturaleza de los culpables. Si el delincuente podía ser preso como el cerdo o el buey, comparecía ante el tribunal criminal ordinario.

Pero si se trataba de animales como los insectos, sobre los cuales no se podía echar el guante, eran condenados en rebeldía ante el tribunal eclesiástico, en atención a que el que escapa a los hombres no puede escapar a Dios; del siglo XIII al XVI, los fastos de la jurisprudencia proporcionan numerosos ejemplos de estos procedimientos.

Año 1336.— Puerco quemado en Fontenayaux Roses, cerca de París, por haber devorado a un niño.

Septiembre 1399. Diciembre de 1441 y 1473. Año 1497.— Sentencias análogas por estragos producidos o atentados contra niños, las madres de los cuales serían seguramente las culpables de negligencia. Estas condenas solían proclamarse a toque de campana. Aunque el lector sonría por semejantes antiguallas propias de pueblos primitivos, sepa que la historia se repite, y la prueba es que la culta América nos ha traído estos recuerdos medioevales con la ejecución del elefante «Topsy». En Texas, donde, por algún rencor, aplastó a su guardián contra la pared, convirtiéndolo en oblea. Al siguiente año de 1901 hizo lo mismo con el segundo guardián que le pusieron. Y por fin, a fines del último Mayo, bailó un lindo zapateado sobre un empleado del circo donde trabajaba, con tanta fortuna, que también lo redujo a papilla. Es cierto que el «contable» mataba sus ocios quemándole la trompa con el cigarro; pero, en

fin, desde entonces se consideró peligroso a «Topsy», y fue decretada su muerte. Pero esta representaba una gran pérdida metálica, y los empresarios convinieron en constituir con ella un espectáculo, y emocionante, porque el elefante tenía una talla más que regular, pues medía 3,75 metros de alto, siendo bien proporcionado y forzudo, además de muy mal intencionado.

Se escogió un sitio amplio en uno de los alrededores de Nueva York, y ante dos o tres mil espectadores, se preparó el lugar del suplicio, y, por medio de la electricidad, fue muerto amarrándole a cuatro enormes postes, a los que se unieron dos electrodos, que establecieron una corriente de 6.000 voltios. Durante unos dos o tres segundos, el «criminal» se balanceó sobre sus piernas y después cayó dulcemente, como flor segada, según afirma una de las muchas «misses» sensibles que asistieron.

Por si acaso fallaba la electricidad, antes se le habían administrado varias inyecciones de cianuro de potasio.



HAMPA MADRILEÑA

POSIBLE es que andando por las calles de Madrid, tropiecen ustedes con un individuo, el cual, con dolorido acento y lágrimas en los ojos, les cuente que tiene en su casa agonizando una niña y carece de luz para alumbrar la habitación.

El sujeto en cuestión es soltero, y vive admirablemente comiéndose lo que para velas le dan las gentes compasivas.

Hay otros sujetos que van más lejos en los pretextos para mover a lástima. Aseguran que se les ha muerto su mujer, su madre o un niño, y que en una pobre habitación está el cadáver tendido en el suelo y a oscuras por carecer de dinero para colocarle decorosamente. Rompe a llorar cuando su petición formula, y tal acento de verdad sabe dar a sus palabras, que suele conmovir a los que le escuchan. Tampoco es cierto lo que dice, y debéis negaros a seguirle ni a darle dinero.



Este timo ha llegado a perfeccionarlo el cinismo de ciertas gentes que juegan con la muerte sin respeto ninguno. Si consiguen que el timado suba a la casa que ellos dicen, se encontrará con que en el suelo y entre velas hay algo tapado que descubierto parece un cadáver, no siendo otra cosa que un muñeco de cera.

Huye, pues, lector, de tales embusteros. Ya comprenderás que la caridad y la beneficencia nunca dejan que llegue a tales extremos ningún semejante. Todos los niños que imploran la caridad dicen que son huérfanos, todas las mujeres viudas, y todos los hombres afirman que no tienen trabajo, y como consecuencia de tales desdichas, aseguran que no tienen que comer. Esta es una soberbia mentira. Inventan tales patrañas para no trabajar o para no ingresar en los asilos. Desconfía de los mendigos, caro lector, aunque sean cojos o mancos, y ten en cuenta que muchas veces se pintan asquerosas llagas para mover a compasión al transeúnte. Tampoco estará de más que, si movido a caridad, ayudas a pasar a un ciego de una acera a otra, tengas cuidado con él. Podrá suceder que en el corto trayecto te quedaras sin reloj o sin cartera.



LOS CRÍMENES PASIONALES



SÍ como otras veces es el odio, la avaricia o la concupiscencia lo que arma el brazo del hombre contra su semejante, ahora es la pasión la que esgrime el puñal y dispara el revólver.

La lista es larga; el marido que en Churriana ha matado por celos a su mujer, joven y hermosa; el amante que en Valladolid asesina a su novia; el crimen del organillero, ese Otelito del manubrio a quien el Jurado acaba de condenar; la mujer que en los barrios bajos de esta corte arroja vitriolo a su marido, dando a su venganza una expresión desconocida de aquende el Pirineo, y otros cien casos de aquí y de allá, plantean una vez más la cuestión de los crímenes pasionales, acerca de los cuales el Jurado de Madrid acaba de iniciar una saludable reacción con la condena del organillero.

No pretendemos incluir en ellos el parricidio de la hiena de Hellín que ha matado a su hija; ni el sensacional suceso de Bornes, del que han sido protagonistas dos muchachas solteras que han puesto un trágico epílogo a su lesbiano idilio.

Las culpables indulgencias del Jurado son una de las causas de los llamados crímenes pasionales. Y lo curioso del caso es que la falta de amor produce más crímenes pasionales que el exceso de cariño. Generalmente la vanidad mundana es lo único que representa un papel en el drama. Ni el marido ni el amante que matan, suelen estar enamorados de su víctima. Matan por amor propio, por evitar el ridículo, a veces por cálculo.

La justicia no debe conceder el derecho a matar en ningún caso; la vida es sagrada. Antiguamente era inadmisibles la atenuación de los celos en la comisión de los delitos. Tácito nos

refie
Dant
Rim
lado

E
cuatr
defen
y an
y rab
chulo
la m
que n
dispu
ción

L
delit
bos,
para
desa
debe
era q



refiere el castigo del tribuno Sagitta, que mató por celos; Dante lleva a los infiernos al marido que mata a Francesca de Rimini; el rey de Navarra condena a Baleins por haber apuñalado a un oficial amante de su esposa.

El Jurado español se ha dejado hasta ahora enternecer por cuatro períodos de retórica sentimental pronunciados por un defensor que ha puesto amores, ternuras, afectos del corazón y anhelos del alma donde sólo había malas artes de chulapería y rabiosos despechos. Toda esa falange de vagos, de señoritos chulos que pululan por Madrid haciendo del flamenquismo y la matonería un *modus vivendi*; toda esta serie de cobardes que no lucen sus arrestos más que con los débiles, son materia dispuesta para los llamados *crímenes pasionales*, denominación que debe ser sustituida por la de *delitos comunes*.

La pasión no excusa, no debe excusar la comisión de un delito. Ampliando la escala, habría que disculpar muchos robos, muchos atentados de la animalidad. Aunque parezca una paradoja, el día que los humanos se amen verdaderamente, desaparecerán los crímenes por amor. Entretanto, el Jurado debe castigarlos como tales crímenes, persistiendo en la buena era que la sentencia del organillero ha inaugurado.



LA SOTANA SINIESTRA



AS hojas volanderas de los periódicos son anales del delito, crónicas de la delincuencia exacerbada e iracunda. Tiene razón Lombroso cuando afirma que las temperaturas estivales fomentan la morbosidad del mal.

Este aumenta en las mismas proporciones de la columna termométrica.

El amor a tiros; Muerto de un garrotazo; Marido parricida; Crimen horrible; Doble suicidio; Cuarenta puñaladas... Y así hasta el infinito sucedense los títulos de la sección negra de la prensa.

Hombres que matan echando al aire con presteza las navajas en vez de las razones; amantes que en vez de caricias sacan a plaza rencores y despechos; adolescentes, como los de Linares, que antes de saber el alfabeto aprenden a esgrimir la faca... Y flotando por encima de todos estos horrores la figura siniestramente espantosa del cura de Pastriz, que dispara a mansalva el revólver asesino con la misma mano con que horas antes elevar a la hostia santa.

El azar de la vida tiene, como el del juego, sus *razzias*. Ahora le toca al clero, que de poco tiempo a esta parte está dando un ejemplo deplorable.



El cura D. LORENZO ORTIZ,
autor del crimen

No pensamos sacar del hecho ninguna quejumbrosa moraleja. Recientes y lamentables sucesos nos dicen que en los curas —como en los demás humanos—, los siete pecados capitales tienen holgado acomodo.

Lo que sí ha de ser objeto de protesta por nuestra parte, es que dados los antecedentes de mentalidad atribuidos al cura asesino, sus superiores jerárquicos no debieran haberle mantenido al frente de un sagrado ministerio que el párroco de Pastriz ha deshonrado.

Pero así andan las cosas en España. Conocimos a un gobernador manco de las dos manos; ahora se nos ofrece un cura loco-asesino. No perdemos la esperanza de ver torear a un tullido, y cantar en el Real a un sordomudo.



POLICÍA FUL

HAY individuos que, fingiéndose agentes de la autoridad, se dedican a dar timos.

Dos de éstos son los más corrientes.

Del primero suelen ser víctimas los extranjeros que vienen a Madrid.

Uno de esos falsos agentes detiene al extranjero, mostrándole previamente un distintivo de su autoridad, y a pretexto de que está reclamado por las autoridades de su país, le dice va a conducirle al Gobierno civil.

Quéjase el detenido, protestando de su honradez, y entonces finge ablandarse el falso agente, y previa entrega de una cantidad, accede a que el extranjero quede en libertad.



El otro timo es más complicado, y suele darse en las rondas o paseos poco concurridos por la noche.

Al individuo escogido como víctima se le acerca un joven, y con cualquier pretexto entabla con él conversación.

De repente aparecen otros dos individuos que fingiéndose agentes de la autoridad, increpan al individuo por hablar e ir en compañía del que se le acercó momentos antes.

Los falsos policías descubren entonces al incauto que el mocito que le acompaña es un hombre afeminado, y sostienen que al ir acompañado era para ejecutar actos inmorales.

Protesta la víctima de los timadores, pero estos afirmanse más y más en sus anteriores manifestaciones, y tratan de conducir a los dos hombres al Gobierno civil.

Cuando llevan andado un buen trecho se le ocurre al afeminado la idea de gratificar a los agentes para quedar en libertad.

El timado apoya la proposición con objeto de evitar la vergüenza de verse tildado con un nombre repugnante.

Al principio rechazan la oferta los del ful, pero por fin acceden, y el incauto que les da el dinero queda persuadido de haberse evitado un gran disgusto, sin sospechar que ha sido víctima de un timo.



la vuelta del cúmulo de vulgares crímenes que se han desarrollado en la última quincena, lo que más ha impresionado a las gentes ha sido el resurgir de los atentados políticos que han hecho una víctima en el ministro de la Gobernación de Rusia, e intentado producir otra en el presidente de la República del Uruguay.

La dinamita vuelve a ser de palpitante actualidad, la fabricación de los aparatos destructores en los que la dinamita es el agente principal, resulta sencillísima, gracias al «Indicador anarquista», especie de manual del crimen repleto de fórmulas.

En el atentado contra Napoleón III, perpetrado por Orsini, es la primera vez que aparece el empleo científico de la bomba explosiva, aparato esférico provisto en toda su periferia de pistones con fulminato de mercurio que, al chocar contra un cuerpo duro, prodúcese inmediatamente la explosión.

Las bombas que arrojaron en el Liceo de Barcelona eran de este sistema, pero modificadas y perfeccionadas.

De entre los múltiples sistemas empleados por los anarquistas, el preferido es el de mezclas de sustancias explosivas, procedimiento que les permite ponerse a salvo antes de que se produzca la explosión.

No hace mucho publicábamos la relación de los últimos atentados políticos; demos ahora la estadística de los muchos crímenes cometidos por los dinamiteros rusos.

En diciembre de 1879, el nihilista Hartmann intentó volar el tren imperial que conducía a Moscou al zar Alejandro II.

Una explosión en el palacio de Invierno, produjo la muerte

de gran número de soldados el 17 de febrero de 1880.

El 13 de marzo de 1881 fueron arrojadas dos bombas explosivas al carruaje del zar, que resultó mortalmente herido.

En el momento de entrar Alejandro III en su palacio, lanzaron una bomba al trineo que le conducía.

El 28 de diciembre 1883 fue asesinado el jefe de la Policía.

A mediados de marzo de 1887 fue recogida una bomba de dinamita en el momento que la familia imperial se dirigía a la estación de Varsovia.

El 20 de octubre de 1888 intentó volar el tren en que la familia imperial regresaba del Cáucaso.

Y, por último, el 15 de abril de 1902 verificóse el atentado contra Siplagnine, ministro de la Gobernación, que murió a las dos horas.

La serie roja continuará en tanto, no sólo los gobiernos sino los elementos directores, no encaucen con su cordura y sus sanas doctrinas las pasiones de las multitudes.





LA DESPEDIDA DEL CONDENADO

ASOCIACIONES SECRETAS

"La Camorra" en Italia.— "Los Apaches"



COMO los *matones* en España, existían y aún quizá laboren en Italia los *camorristas*, que afiliados de un modo regular, constituían una secreta asociación que, aun cuando carecía de estatutos escritos, eran verdaderamente, por tradición, terribles sus reglamentos.

El que ingresaba en esta sociedad organizada exclusivamente para el crimen, le correspondía el grado de *Aprendiz de la mala vida*, en el e tenía que permanecer la friolera de seis o siete años ejerciendo el noviciado, y si al terminar ese plazo demostrara destreza y habilidad para el crimen, astucia y valor en las riñas, se le ascendía a *Picciotto disgarro*, entrando desde aquel momento a formar parte de lleno de la sociedad, no fin que precediera el hacerle pasar por terribles pruebas, rodeado todo de gran misterio.

Extendido de antemano un documento que era una especie de contrato jurado en toda forma, se le hacía al neófito, con un cuchillo de acerada punta, una incisión en una vena y con la sangre que brotaba, estampaba por sí mismo al pie del documento, su firma o cruz en prueba de conformidad.

Los juramentados en esta sociedad, como en otras similares *La mala vita* y *La mafia* en los Estados Unidos, eran gente tan ignorante como supersticiosa, razón por la que todos los actos o ceremonias de ritual que en sus secretas



reuniones tenían, eran acompañadas de ciertas prácticas ridículas inspiradas en la misma superstición. Era reglamentario entre ellos y preciso de toda precisión, hacerse en sus carnes, por medio de incisiones con instrumentos muy cortantes, tatuajes con signos religiosos, cabalísticos de carácter secreto o simbólico, recitando al mismo tiempo una especie de conjuro al diablo, invocándole quizá para que asistiera y con su presencia *diera fe* cual notario, en aquel horripilante cuadro saturado de satánica y ridícula superstición.

El objeto de esta sociedad *La Camorra* era la intimidación y la explotación de la cobardía o pusilanimidad humana. En todas partes se les veía dedicándose cada uno a lo que de



antemano se le había ordenado; cobraban sus *impuestos* por el terror a los comerciantes, a los cocheros y a toda persona tímida, o que quería evitar el escándalo. La intimidación la ejercían por medio de la amenaza, de la difamación, de la persecución en sus diversas formas y a veces por una puñalada.

Todo cuanto el *camorrista* ganaba con sus malas artes, pertenecía y lo entregaba a la sociedad, no percibiendo más que una pequeña parte, pero en cambio, mientras era fiel a sus juramentos, tenía asegurado el sustento por el sueldo que diariamente cobraba y una pensión además para su familia, caso de meterle preso, ir a presidio o morir en riña.

Las cajas de esta sociedad contaban con pingües ingresos que proporcionaba el asesinato, el *chantage*, el robo y la cobranza del tanto por ciento a los cocheros, vendedores ambulantes, al comercio, etc.; tributos que imponían como ya se ha dicho, por el terror, y que cobraban con más puntualidad que el gobierno sus contribuciones porque el desgraciado que en

mala hora oponía alguna resistencia para satisfacerlo, era vilmente asesinado, y este crimen servía de ejemplo para que todos contribuyeran con la cantidad que en el *reparto* se les señalaba, ante el temor de correr la misma suerte.

También y aunque en más pequeño número, existían mujeres afiliadas a esta sociedad, las que desempeñaban el importantísimo papel de espías y avisaban al enterarse de cualquier asunto de índole reservada o desliz en alguna familia de buena posición, a la que incontinenti explotaban por la amenaza de la difamación y el escándalo.

Los jefes de estas sociedades siempre fueron, según se cuenta, personajes influyentes, por lo que tenían decidido apoyo político y social.

Es tal la afición de la gente baja en Italia a toda clase de asociaciones secretas en las que se conciertan y desarrollan los más terribles planes criminales en sus distintas y horripilantes formas, que al emigrar de su país acosados por constante persecución, llevan el germen a donde quiera que fijan su residencia; así se explica que en las repúblicas de la América del Sur, en donde residen tantos italianos, hubo de vez en cuando fuertes chispazos producidos por estas asociaciones secretas, distinguiéndose por su infame característica del crimen.

Otra asociación que tiene caracteres similares a *La Camorra*, parece ser trató de invadir nuestra península, habiendo hecho ya su aparición en Barcelona, cuya Policía, advertida a tiempo, ha detenido, merced a sus trabajos, a varios individuos



pertenecientes a esa secreta sociedad llamada de *Apaches*, poniéndolo en conocimiento de los cónsules respectivos, por ser todos ellos, hasta ahora, de nacionalidad francesa e italiana.

Estos sectarios viven del más refinado vicio, son muy duchos en eso del timo y tan repugnantes son, que casi todos viven a expensas de esas desgraciadas mujeres de vida alegre, buscando también en las encrucijadas y sitios sospechosos de las grandes poblaciones, el robo, el asesinato y toda clase de crímenes, consumados todos por la más cobarde traición.

Los *Apaches*, también en su mayoría, tienen tatuajes en el pecho, en la espalda y en los brazos, con dibujos e inscripciones extravagantes y enigmáticas.

Mas también entre nosotros y aunque no juramentados, suele aparecer algún tipo de estos degenerados de muy baja estofa, que, por lo general, casi siempre suelen tener quiebras en el oficio, pudiéndoseles, las más de las veces, aplicar aquello de que suelen ir por lana y volver trasquilados.

*

* * *



ASOCIACIONES SECRETAS

La Mano Negra



A tristemente célebre asociación de la *Mano Negra* produjo su primer chispazo a fines del año 1882 y merced a la importancia que el Gobierno dio a esta terrible secta, pudo hacerse de un importante documento, especie de programa por el que se vino en conocimiento de sus planes y criminales propósitos.

Las campañas de Jerez, de Arcos y de Villamartín y los poblados y cortijos de todas estas zonas hasta Alcalá del Valle, rebasando el límite de la provincia de Cádiz para internarse en la de Málaga y las limítrofes, eran objeto de la rapiña, del asesinato, del secuestro y de la devastación por parte de los juramentados; no había cortijo en el que y embebidos entre las cuadrillas de jornaleros se contaban la mayoría de ellos, cuando no todos, y no obstante la activa persecución de que eran objeto, cada día que se sucedía, era preciso registrar en las crónicas del crimen alguno de gran resonancia, como todos los cometidos por aquellos desequilibrados sectarios. De las devastaciones que se cuentan, la más importante y que aterrizó por la rapidez con que se llevó a efecto, y alarmó aún más a los Poderes públicos, fue la realizada en una gran extensión de viñedo en el que y en una sola noche, mataron una a una todas las yemas de las cepas, impidiendo con esto el brote; calculóse el daño causado tan sólo en aquella noche, en 200.000 pesetas.

En el invierno de 1883, el Alcalde de Jerez (Cádiz), puso en conocimiento del Juzgado el asalto de que fue objeto el cortijo del Sr. Cinzo por un a porción de *asociados* armados hasta los dientes, los que después de cometer toda clase de

atropellos y censurables abusos, maniataron a cuantos allí había, apoderándose de todo lo que en la finca encontraron.

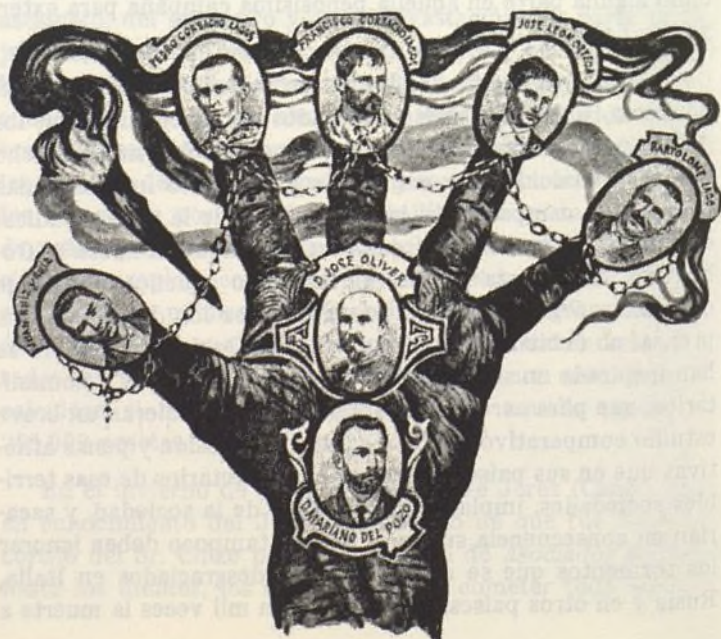
Hubo necesidad, en vista del incremento que iba tomando tan terrible asociación, de pensar en poner campaña, con más elementos que hasta entonces se le facilitarán, a la Guardia civil y se nombró Jefe especial para este servicio al entonces de dicho Instituto, hoy General de Brigada, D. José Oliver y Vidal, el que tenía que obrar, como era consiguiente, en combinación con los de Cádiz y de las demás provincias limítrofes.

Si fue penoso y eficaz el servicio que la Benemérita prestó en aquel entonces, demuéstrole el resultado que dio en tan breve tiempo y si la natural reserva no nos lo impidiera y por otra parte el deseo de no ser extensos, relataríamos casos que entonces ocurrieron, para patentizar que ese Cuerpo, en aquellos servicios, se hizo una vez más benemérito. Quizá el que estas líneas escribe con mal pergeñado estilo, tomó en un principio alguna parte en aquella penosísima campaña para exterminar *La Mano Negra*.

En febrero del año 1883, existían ya reclusos en la cárcel de Jerez, unos 400 sujetos acusados de complicidad en los delitos cometidos por *La Mano Negra*... los que no ha mucho fueron favorecidos por un amplio y completo indulto, quizá debido a la campaña que hizo una parte de la prensa radical extranjera, la que en sus injustificados ataques a nuestros Gobiernos, llegó hasta representarles como aquellos familiares del *Santo Oficio* que tan terroríficos nos los describen. Esa prensa, no debiera ignorar que nuestros Gobiernos siempre se han inspirado en sentimientos altamente benévolos y humanitarios, que para cerciorarse, sería suficiente hicieran un breve estudio comparativo de los medios de represión y penas aflictivas que en sus países existen para los sectarios de esas terribles sociedades, implacables enemigos de la sociedad, y sacarían en consecuencia su error, porque tampoco deben ignorar los tormentos que se aplican a estos desgraciados en Italia, Rusia y en otros países, que preferirían mil veces la muerte a

no sufrir tanto y a que en vida se les enterrase. ¿Cómo hubieran procedido con un Artal y en qué condiciones le tendrían recluido?... no hay, pues, que vociferar tanto con lo *sistemático* de Montjuich y Alcalá del Valle, para adquirir a costa de graves perjuicios es o que llaman popularidad arrollándolo todo sin cuidarse de lo que pueda caer, al golpe de piqueta demoledora, abriendo brecha para dar paso a esa anarquía que ya no se presiente, que se toca, que va creciendo de un modo alarmante, impulsada por parte de esa prensa sin entrañas ni patriotismo.

El servicio nocturno era el que con más preferencia y cuidado se practicaba y de tal suerte, que quedó como célebre entre los de la Benemérita la frase que cuentan de un subalterno dirigida a otro, al salir una noche de servicio, diciéndole: *Esta noche me conformaría con caerme con el caballo cuatro veces nada más.*



Los juramentados tenían que obedecer, sin discutir, los acuerdos y cumplir CIEGAMENTE los mandatos del JURADO POPULAR. Así y entre los muchos crímenes que aquellos fanáticos ignorantes cometían, descuella el de Bartolomé Lago Campos (a) el Blanco de Benaocaz, al que cazaron en una infame emboscada, disparándole dos tiros de bala a traición y por la espalda, siendo quizá el que le cortara la existencia, el disparado por su primo hermano Manuel Lago, al que quería entrañablemente, tanto que al caer moribundo llamó a su primo diciéndole: — «Ampárame, primo mío»; expiró la pobre víctima ignorando que su asesino fue su primo Manuel Lago al que tanto cariño profesaba, y ejecutor de la sentencia dictada por aquel jurado siniestro.

En marzo de 1883 se logró la captura de los que constituían el dicho jurado, cuyos retratos figuran en el grabado artístico de la primera página, los que fueron procesados, condenados a pena de muerte y ejecutados en Jerez en diciembre del mismo año.

La prensa de aquella época, de hace veintidós años, toda casi unánime daba por seguro en sus largas e interesantes informaciones, que *La Mano Negra* había declarado la guerra a la Sociedad entera, laborando para su pronto exterminio y... ¡qué contraste!, hoy se intercede por aquellos *inocentes* que robaban, violaban, asesinaban y destruían todo lo existente, causando la alarma en toda la región andaluza y en la España entera.

Mas no contaba tan terrible asociación solamente con secuaces de aquellas feraces campiñas de Jerez y de las sinuosidades de aquellas sierras; contaba también en su seno con mujeres en su mayoría sirvientes en casas grandes de la opulenta y bella ciudad andaluza, las que afiliadas, no debían oponer ningún reparo al mandato que se las hiciera de envenenar a sus amos o facilitar todo cuanto se les indicara para la consumación del crimen.

Esta noticia vióse confirmada en aquel tiempo por la

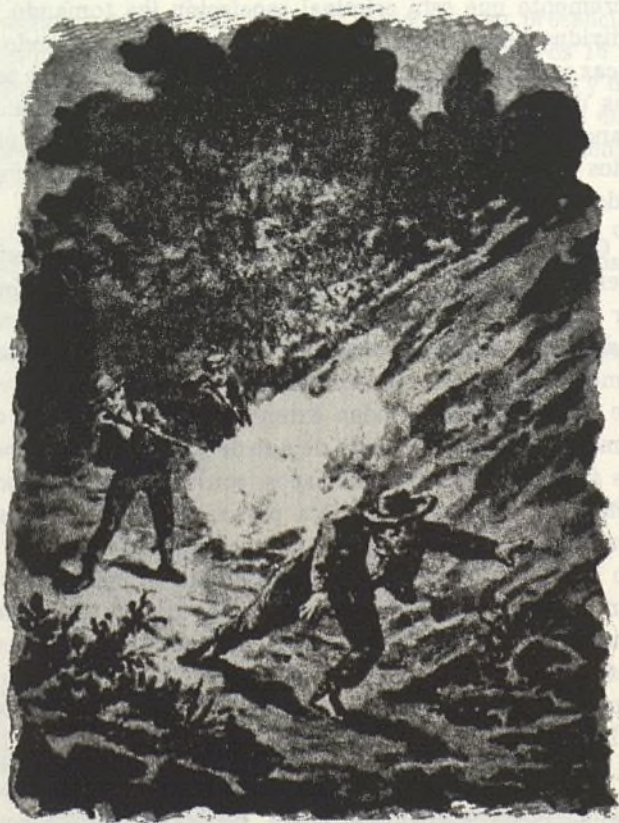
prensa, al dar la de la prisión de la anarquista Isabel Luna, que residía en Benaocaz y una de las más entusiastas propagandistas; tenía en aquel entonces veintitrés años; hermosos ojos de vivísima e inteligente expresión animaban aquel rostro simpático por su belleza; gozaba de facilidad en la palabra y su talento natural hubiera hecho de ella otra Luisa Michel o Magda Soltikoff.

Entre la Guardia civil y el Juez especial que se nombró para la formación de la célebre causa, se ocuparon sellos, estatutos y relaciones en listas de los que constituían la tal sociedad. Esta asociación, según su reglamento, tenía por objeto *castigar los crímenes de la burguesía y sus dependientes, recurriendo a todos los medios, bien por el fuego, el hierro, el veneno, o de cualquier otro modo. Los castigos todos deberían hacerse a traición y con ventaja para no comprometer a los asociados; pero si no hubiere más remedio que exponerse a perder la vida, se hará.* Los individuos expulsados eran objeto de una rigurosa y constante vigilancia, para darles muerte en el acto, caso que hubieran descubierto algo de la asociación. Para matar a un traidor no hay que reparar en que sea amigo, hermano o padre. Este último y terrible párrafo de su reglamento lo cumplían, como todos, al pie de la letra.

Como curiosidad, damos a continuación una copia del credo de *La Mano Negra*.

Creo en el socialismo revolucionario, todopoderoso, hijo de la justicia y de la anarquía, que es y ha sido perseguido por todos los políticos burgueses y nació en el seno de la verdad, padeció bajo el poder de todos los gobiernos, por los que ha sido maltratado y escarnecido y deportado; descendió a los lóbregos calabozos y de ellos ha venido a emancipar al proletariado y está sentado en el corazón de los asociados. Desde allí juzgará a todos sus enemigos. Creo en los grandes principios de la anarquía, la federación y el colectivismo; creo en la revolución social, que ha de redimir a la Humanidad de todos los que hoy la degradan y envilecen. AMÉN.

Esta maldita planta apareció, como hemos dicho, el año 1882, y aun cuando se hizo desaparecer al siguiente, fue cortándola a cercén, y tengan en cuenta tanto este Gobierno como cuantos le sucedan, que las raíces se conservan vivas, alimentándose con el jugo de tierra bien abonada para su germinación y deben estar vigilantísimos para impedir su brote, que quizá hoy desplegaría mayor lujo de exuberancia.



ASESINATO DEL «BLANCO DE BENAOCÁZ»

LOS «APACHES» EN BARCELONA



ELEGRAMAS de Barcelona comunicaron la llegada a aquella capital de un Jefe de Policía que el Gobierno francés había mandado para exterminar a los *apaches*, en vista del incremento que esta criminal asociación iba tomando, cuyos individuos emigraban de la vecina república huyendo de la eficaz y activa persecución de la Policía. Los mismos telegramas decían que el agente francés era el célebre policía Le Blanc, que por los excelentes servicios policíacos por él prestados y por sus excepcionales condiciones había sido comisionado por su Gobierno.

Otros telegramas posteriores de la misma procedencia desmienten la noticia, a la vez que anuncian el descubrimiento por nuestra Policía de una partida de ladrones, capturando a tres de los que la componen. Lo cierto es que en Barcelona va aumentando de un modo alarmante la gente de mal vivir y que los *apaches* pretenden extender allí su esfera de acción criminal, por lo que y antes de que de fuera vengan a enseñarnos a prestar servicios policíacos, conviene que la Policía española en Barcelona, siquiera por amor propio profesional, demuestre que sabe trabajar, dentro, naturalmente, del estrecho límite en que puede funcionar, dada su pésima organización y carencia de recursos morales y materiales a que está condenada por no afrontar con resolución su reforma, que tanto urge en este país, en el que, desgraciadamente, cada día se nota más el desequilibrio moral; reforma que ya apuntamos en líneas generales en esta Revista.

Ya en nuestro número anterior dábamos la voz de alerta y reseñábamos, aunque a la ligera, esa repugnante asociación secreta de los *apaches*, que sería la deshonra del país civilizado en el que lograra aclimatarse y desarrollara toda su acción

criminal.

APACHES

Fotografías directas de los dos «apaches» presos en Bilbao, en cuyos cuerpos aparecen curiosos tatuajes, hechos seguramente por persona peritísima.

Anticipándonos por presentimiento a las fechorías que estos sectarios tenían que hacer, al conocerse su presencia en Barcelona, pueden nuestros lectores ver los números 16 y 17 de Museo Criminal, en los que tratábamos ya de ellos y dábamos la voz de alarma, excitando a la policía para que en sus trabajos desplegase toda sagacidad con el fin de descubrirá tales criminales y ahuyentarlos de nuestro pueblo.

Los tatuajes son algunos de asunto pornográfico, y otros retratos de sus queridas. En el de la derecha a continuación de las dos caras de mujer se lee: «Juana, amor mío».





AL entrar en a MUSEO CRIMINAL, llega a nosotros la noticia de que en los Estados Unidos ha aparecido la célebre y criminal asociación de la *Mano Negra*. ¿Será providencial este fenómeno, casi incomprensible por haber elegido dicha asociación como teatro de sus crímenes al país más adelantado de América, que alardea estar en plena civilización y que dispone de miles de agentes de policía, considerándose la de Nueva York como la más hábil del mundo? Ya el *sentimentalismo humanitario* de los yankis truécase en severidad cruel, ante la serie de crímenes que allí se registran y cunde el terror entre la gente honrada y la desesperación de los *policeman* al contemplar la impunidad.



Creyeron las leyendas aquí forjadas cuando la Mano Negra invadió la región andaluza y nos tildaron de salvajes, veremos ahora el procedimiento que ellos emplean; por lo pronto ya dicen que un magistrado de aquel país ha ordenado a la policía que a esos bandidos los *presenten vivos o muertos*. Esta orden nunca se dio en España.

POR todas partes se extiende la asoladora plaga de malhechores que, con nombres distintos, lleva consigo la perturbación, el espanto, el duelo. En Francia el mal es ya endémico; ahora se va extendiendo a otras latitudes.

Un telegrama procedente de París, fechado el 23 de septiembre, transmite la noticia, recibida de Nueva York, de que una verdadera banda de *apaches* ha ido a perturbar la vida de aquella importante ciudad de los Estados Unidos. Desde 1° de agosto hasta el 12 de septiembre, fueron cometidos en aquella capital 24 asesinatos, 317 robos y 95 agresiones.

Esta aterradora estadística es para alarmar a los yankis; pero téngase en cuenta que la asociación de la *Mano Negra* hizo también allí su aparición, como ya anunciamos oportunamente, y esos crímenes quizá sean cometidos por mitad entre ambas asociaciones, cual de las dos más terrible.

Ahora tiene ocasión la policía yanki de demostrar ante las demás naciones si con justicia goza la fama de ser la más hábil del mundo, pero tememos entre el *tío Paco con la rebaja* y se quede muy por bajo quizá del pedestal en donde la colocaron, porque hasta ahora no sabemos se las haya entendido con asociaciones tan bien organizadas como ésas y que en el tiempo que lleva allí la *Mano Negra* haciendo sentir su acción criminal, causando el terror en la gente honrada y haciendo a los Magistrados tomar precauciones y dictar órdenes que tan severas nunca en España se dieron; aquí en el transcurso de ese tiempo ya supo la Guardia civil dar buena cuenta de ella y al poco tiempo después, su total exterminio. No sabemos hasta ahora que la policía yanki haya conseguido algo en el camino para la destrucción de la tal asociación secreta.

CRÓNICA DEL CRÍMEN



A navaja y el revólver monopolizan la actualidad criminal. En un dos por tres un trágico fogonazo, un relampagueo siniestro, cortan la vida de un hombre, que viene ya a valer menos que un panecillo.

Por un perro mata un amigo a otro amigo en a calle de Alcalá. La exhortación al pago de lo consumido provoca las iras de los consumidores que, navaja en mano, se lanzan contra el tabernero de los Cuatro Caminos, que tiene que salvarse arrojándose por una ventana. Entonces, las iras de los agresores tórnanse contra el pacífico medidor de la taberna, que hace del mostrador trinchera, defendiéndose a tiros contra los asaltantes.

La chulapería, la guapeza, el matonismo de toda esta hampa que remata los argumentos con un tiro o una puñalada, ha llegado al límite de lo intolerable. El pacífico ciudadano no sabe si al volver una esquina tendrá la desgracia de pisarle un pie a uno de esos matones que tienen siempre la injuria suelta y la navaja pronta, primero faltará el pan que el arma vengadora a esos rufianes, para quienes la perspectiva del presidio no tiene nada de espantable.

El matonismo es morboso.

Así como el gran Dumas proclamó con su famoso *Tué lá*, el derecho a la vida de la infiel, la educación nacional en las clases inferiores impulsa al desafuero y la agresión por la cosa más mínima. «¡Mátalo!» —grita la mujer al marido; el padre al hijo; la novia al novio...—.

¿Qué se ha hecho, qué se hace para evitarlo? Nada. Las armas prohibidas no tienen de tales más que el nombre; el

jurado absuelve todos los días a homicidas; las tabernas han sido exceptuadas del descanso dominical. No se puede comprar ni pan ni cerillas, pero es lícito emborracharse.

Y así vamos viviendo en atraso brutal. Los progresos modernos nos han dado una pátina de civilización, pero las costumbres no han variado; la cultura permanece en vergonzoso estacionamiento, y en cuanto se rasca al español del siglo XX, aparece el abencerraje.



TRAGEDIAS DEL CONTRABANDO

DE poco tiempo a esta parte desfilan por el Juzgado de guardia notorios apellidos de señoritos de la buena sociedad madrileña, presuntos reos de falsificación y estafa. Los hay linajudos, los hay ilustres. Últimamente, el hijo de un prestigioso Coronel del Ejército —cuyo nombre callamos—, se ha llenado de ignominia apareciendo complicado en un bochornoso delito. Es la falange de la hampa elegante madrileña; son

los señoritos ociosos, dispendiosos, juerguistas, lepra social que mancilla cuanto toca.

Los ejemplares son numerosísimos. En la Carrera por la tarde; por la noche en el teatro y en Fornos, de madrugada en el gabinete reservado o en la tasca, el señorito, vago de profesión, no se sabe de qué vive ni de dónde procede el dinero que derrocha con amigos y mujerzuelas, hasta que un día encontramos su nombre en los periódicos, mezclado con el *chantage*, la falsificación o la estafa. De esa madera están hechos los Gavilanes, en riesgo perpetuo de caer en los precipicios del Código penal; los que no saben qué día sustituirán el sombrero de copa por el capuchón de la Cárcel Modelo.

No hace mucho, las *hazañas* de un señorito de esta especie llevaron al sepulcro a un General distinguido, diputado, senador y rico propietario. Y como éste hay muchos que, por natural condición o por debilidad de sus padres ruedan por la pendiente del delito, bajando desde la casa de préstamos al usurero; desde la mancebía al garito, tejiendo una historia de oprobio para su honrado apellido, un padrón de vergüenza para su familia atribulada.

Los secuaces de Ravachol no descansan. Bilbao se ha librado de una doble catástrofe. La previsión de las autoridades evitó la de Begoña, la Providencia, la explosión de la bomba colocada en el pórtico de San Nicolás.

El anarquismo no cesa en su campaña destructora. Abortadas sus criminales tentativas de Barcelona y Madrid, han querido probar fortuna en la populosa capital de Vizcaya. Afortunadamente, el atentado de Bilbao ha corrido la misma suerte que los anteriores, y al consignarlo con anatema, no hay más remedio que señalar la recrudescencia de la «propaganda por el hecho» después de la desatentada campaña que evidentemente ha envalentonado a los cobardes asesinos que matan a distancia y desde la sombra. La anarquía fiera es un corolario de la mansa anarquía que reina en donde todo debiera ser equilibrio, cordura y buen sentido.

«Rascando al español del siglo XX aparece el abencerraje», afirmábamos en nuestra anterior *Crónica del Crimen*. Los hechos vienen a darnos la razón. El correo de Zaragoza ha sido brutalmente apedreado, por ambos lados de la vía, cerca de Alhama de Aragón. No es la primera vez que se produce brutalidad semejante, que el telégrafo propagará más allá de las fronteras, mostrándonos como un pueblo refractario a la civilización, dignos de todos los sarcasmos de la Europa culta, merecedores de la afrentosa frase de Dumas.

Las autoridades deben apurar todos s medios para descubrir a los autores de esa barbarie y hacer en ellos un escarmiento ejemplar, para que nuestros vecinos no puedan decir, con razón, que los comienzos del África continúan siendo los Pirineos.



ALGARADAS POPULARES AL SALIR DEL CONGRESO LOS
DIPUTADOS REPUBLICANOS LOS DÍAS 23 Y 24

MUSEO DE HORRORES



COMLOT ANARQUISTA DESCUBIERTO EN MADRID

EL laborantismo anarquista de Barcelona ha extendido sus ramificaciones a Madrid, que tal vez se haya librado de un día luctuoso con la detención del dinamitero Gil, preso en casa del director de *El Rebelde*, Antonio Apolo, conocido por sus ideas libertarias. La policía encontró en los bolsillos del detenido nueve cartuchos de dinamita y otros tantos pistones para hacerla explotar. Los trabajos del juzgado han demostrado que el detenido estaba en combinación con sus secuaces de Barcelona, dispuesto a realizar algún atentado en la corte. Este nuevo suceso demuestra la preponderancia que va tomando el anarquismo en España, gracias a la lenidad con que se mira desarrollarse su propaganda, y a la defensa alentadora que cierta prensa ha hecho de elementos libertarios.

Suponemos que, en vista de los criminales propósitos de los anarquistas, el Gobierno desplegara la saludable energía que las circunstancias reclaman, y que para la Guardia civil — principal elemento de represión —, se recabarán los prestigios y fuerza moral necesarios para su campaña en defensa de la paz y los intereses sociales.



El anarquista GIL, detenido en Madrid, y su encubridor Apolo, director de *El Rebelde*

LOS CONFIDENTES



A reciente detención en Madrid del anarquista dinamitero que tanto alarmara en los primeros momentos, produjo una incidencia que merece ser tratada detenidamente.

El Sr. Azopardo, juez que instruyó las primeras diligencias después de la detención de Ceferino Gil y Antonio Apolo, preguntó al Sr. Caro —inspector de policía que practicó el servicio—, quién era el confidente e que había denunciado la llegada a Madrid del peligroso anarquista.

Negóse el inspector a revelar el nombre del confidente, y, según los periódicos, poco faltó para que el juez instructor procediera contra el inspector por denegación de auxilio a la justicia.

El incidente ha pasado por la prensa, con votos en pro y en contra de la conducta del inspector, pero sin discutirse con la detención que el asunto merece para haber dejado perfectamente fijada una cuestión, que es de esencia.

Nuestra opinión se pronuncia a favor del inspector de policía. El Sr. Caro ha hecho perfectamente reservándose el nombre del confidente, y hubiera sido una lamentable ligereza proceder contra él por denegación de auxilio a la justicia.

El secreto en las confidencias debe ser riguroso, como lo recomienda sabiamente el reglamento de la Guardia civil. Y es natural que así sea, porque si se considera el confidente como elemento esencial para la práctica eficaz del servicio, la justicia no podrá contar con tan poderoso auxiliar desde el momento que no se sienta aquél garantido por la más absoluta reserva. Se nos dirá que es al juez y al secreto del sumario a quien se confiaba aquel nombre. ¡Ni al juez ni a nadie! Si la pregunta constituía una mera curiosidad, holgaba en absoluto.

Si tenía ulteriores intenciones, el señor Caro no podía entregar al confidente, a la acción de la justicia. Esta es la buena doctrina para conservar tan poderosos auxiliares. En los anales de la Guardia civil hace un gran papel el confidente. Al admitirse su concurso para el descubrimiento del delito, se le debe garantizar contra toda contingencia, y si se presentara algún caso de excepcional importancia, en el que razones de un orden elevado aconsejaran descubrir al confidente, la autoridad que haya recibido la confidencia no debe hacerlo sin consultar con sus superiores jerárquicos, para que resuelvan si se debe o no quebrantar el secreto profesional.

CÓMO ROBAN LAS BUHARDILLAS EN MADRID



A hampa madrileña, siempre a la busca y captura de lo ajeno, inventa mil ardides para realizar con éxito sus expoliaciones. No pasa día sin que aparezca desvalijada alguna buhardilla, y las artes de que se valen los ladrones son variadas e ingeniosas. El siguiente caso, que se repite con frecuencia, da idea de las mismas.

Reúnense dos cacos con apariencia de traperos. Cruzan una y otra vez por la calle voceando ¡*traapero!* con su acento *sui generis*, y observan el instante propicio para dar el golpe. Aprovechando el momento que la portera de la casa barre el portal y no puede ver lo que sucede en la fachada, colócanse frente a la puerta y dirigen su mirada a los balcones, simulando que están en conversación con algún vecino que los ha llamado.

Al cabo de unos momentos dice uno de ellos, de modo que lo oiga la portera:

—¿Subo?

Y como si hubiera recibido contestación afirmativa, echa escalera arriba. Pasados diez minutos, el tiempo suficiente para cerciorarse de si hay posibilidad de dar el golpe, baja el trapero con el saco vacío y dirigiéndose a su compañero, que lo ha esperado en la puerta, le dice:

—Chico, no nos hemos arreglado, vámonos con la música a otra parte.

Y despidiéndose de la portera hacen como que se van. Pero al llegar al medio de la calle, levantan la cabeza hacia los balcones, y como si de nuevo lee hubiesen llamado vuelven a subir la escalera, bajando al poco rato con el saco bien repleto. La portera, que ha creído en la realidad de toda aquella fingida maniobra, pensando de buena fe que los traperos están en tratos con algún inquilino, no opone el menor reparo y hasta les dice sonriente:



—Qué , ¿por fin se han arreglado ustedes?

—¡Phs! , no hemos hecho más que cambiar el dinero. El negocio de los trastos viejos está perdido. Será necesario meterse a otra cosa ¡Vaya un oficio perro!...



Y se largan calle arriba o calle abajo, con el botín del robo, que irá a parar al Rastro, mientras el desvalijado inquilino duerme el sueño de los justos y la confiada portera, que tal vez comadezca «in mentibus» a aquellos *desgraciados*, continúa canturreando la música que los organillos callejeros han popularizado.

SERÍA cándido optimismo pretender que en el balance del Bien y del Mal resultara un saldo a favor de la Virtud. La humanidad perdió hace tiempo el camino de la Arcadia. La pasión y la concupiscencia, el odio y la barbarie, van señalando todas las diurnas etapas del o con huellas siniestras de su paso por el mundo. El crimen enseñoreado de las conciencias, teje la trama sombría de los delitos en todos sus matices: asesinatos, violaciones, robos, hechos salvajes, represalias cruentas, dramas sin sangre; agresiones de una ferocidad atávica, como la de Fermoselle; homicidios por una simple disputa, por 10 céntimos; criminales precoces que esgrimen la navaja con tanta facilidad como el peón.

He aquí una característica de la fisonomía criminal del año 1904. En poco tiempo se han registrado tres casos de crímenes cometidos por adolescentes que reemplazan el hogar, la escuela, por las deplorables enseñanzas del arroyo; niños que viven en medio de la calle recogiendo todos los detritus morales, exponiéndose a los riesgos de los carruajes y de los tranvías; forjando sus almas candorosas en todas las truhanerías de la hampa social, preparándose para el hospedaje en una cárcel celular; trocando el escaño de la escuela por el banquillo de los acusados, que durante el año que finaliza ha sentido el roce de la levita y de la blusa.

De la patente descomposición social que la lucha por la existencia y la exacerbación de los apetitos hace cada día más cruenta, no se ha librado ni el clero, que experimenta también las flaquezas de la carne.

El reverdecir del endémico bandolerismo y las continuadas agresiones de que está siendo objeto la Guardia civil, constituyen un peculiar punto de vista que debe atraer la atención



de los Poderes públicos, celosos guardadores del mantenimiento del orden y de la tranquilidad social, cruelmente turbada por los infames sectarios de la llamada doctrina anarquista.

Conjugados estos tres aspectos del delito, pretendemos muy legítimamente que se procure su desaparición, robusteciendo el prestigio de la Benemérita, como único elemento de defensa social, como valladar de la ola anárquica que ha invadido nuestra nación desdichada.

Entre la turbamulta de crímenes vulgares, contra los que no pedimos la acción de los Gobiernos, porque a éstos no les es dado transformar la humana condición, destácanse visiblemente las señales de una grande y trastornadora indisciplina social, a la que es necesario poner coto, a fin de que entremos de veras en el concierto de la civilización, de la que sólo nos adaptamos las excrescencias morbosas, como lo demuestran los atentados por medio del vitriolo, que hasta ahora no había traspasado la frontera.

No corresponde únicamente a los Poderes públicos ejercitar la saludable acción a que aludimos; es también función de los ciudadanos el impedir que prospere el mal, capacitándose para sus deberes cívicos.

El rápido balance que hacemos en estas líneas arroja un resultado desconsolador, un lamentable signo menos que deseamos verlo convertido en contrario durante el año que va a nacer.

LA IMPUNIDAD AMBIENTE

LOCURA moral, «fuerza irresistible», «imbecilidad», «degeneración». El léxico de los abogados defensores tiene fórmulas para todos los casos, y sus tristes victorias del foro alientan el matonismo, que vive al calor de la impunidad.

A las vergonzosas absoluciones de los Villuendas han seguido otras muchas; ahora mismo el jurado acaba de echar a la calle a un parricida, y su defensor ha sido obsequiado con un banquete.

Las novísimas teorías que en otros países se traducen en humanidad, en equidad, en justicia, están constituyendo entre nosotros una patente para el crimen.

Vivimos en plena impunidad ambiente. La vida del ciudadano es una cosa baladí, que la elocuencia de un abogado encuentra siempre medio de justificar. No pasa día sin el consabido asesinato del matón de oficio, del vicioso tabernario, del novio despedido. Y de seguir así las cosas, los hombres honrados y las mujeres desvalidas correrán más riesgos al salir a la calle que si se internaran entre las cabilas del Riff.




El Tribunal Supremo ha confirmado la sentencia dictada contra Iglesias por la Audiencia territorial de Madrid en la causa que se le siguió por ataques a la Guardia civil, en un suelto de El Socialista. El jefe del socialismo español tendrá que sufrir la pena de un mes, veintiún días de arresto mayor y 125 pesetas de multa. Bueno es que se vaya escarmentando a los detractores del benemérito Instituto. ¡Que continúe la energía!

LA maldad humana en sus múltiples manifestaciones no deja de ofrecernos ejemplos a cada cual más espantables.

Ayer era la airada venganza de los salvajes carboneros que aniquilaron una familia entera; los infames asesinos incendiarios están y abajo la acción de la ley, gracias a la Guardia civil.

Hoy, la repugnante codicia de una madre, ha cometido en la gallega aldea de Couvuco un parricidio infame, afortunadamente frustrado por la intervención de los vecinos.

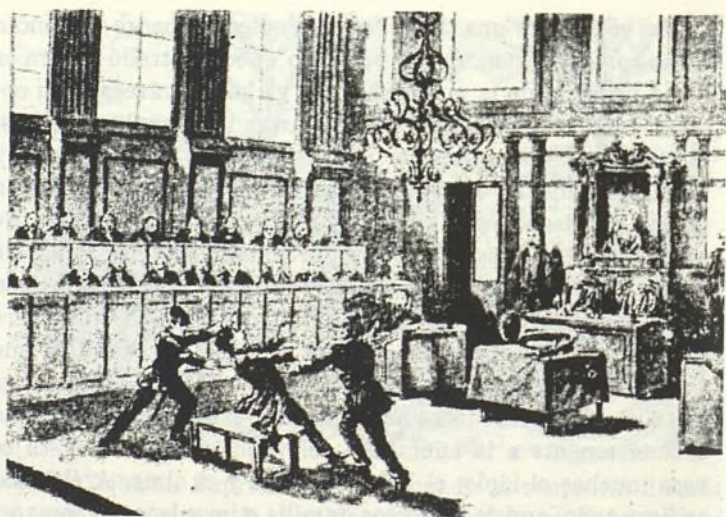


La víctima es una linda Joven a quien la madre pretendía casar con un pariente rico, proyecto que se estrelló contra la firme negativa de la muchacha, que ya había entregado su corazón a un bizarro artillero de la Armada. Ni exhortaciones, ni castigos, pudieron vencer la resistencia de la enamorada, y entonces la madre, ciega de rabia y de despecho por la fortuna que se le escapaba de entre las manos, concibió la idea de envenenar a su hija, echando en la comida una disolución de fósforos. La oportuna intervención hizo fracasar el espantoso parricidio, sin más móvil que la sórdida codicia, de una madre desnaturalizada, secreción de esta sociedad materialista que antepone el miserable interés a los más caros sentimientos, metalizando de modo repugnante una existencia consagrada exclusivamente a la adoración del vellocino de oro. Este es para muchos el ídolo, el Dios, la patria y el alma. A él lo sacrifican todo: amistad, afectos, familia e impulsos del corazón.

Con la víctima de la madre feroz, hace digno *pendant* la hermosa muchacha que acaba de suicidarse en la calle de Valverde, de esta corte, "por no verse deshonrada", según expresara en la carta que dejó escrita para el Juez.

No pretendemos meter la pluma en el fondo de este drama íntimo, cuyo secreto se ha llevado a la tumba la suicida, y si traemos a esta crónica negra la triste suerte de la desventurada muerta, es porque con la víctima de una madre infame, la de la calle de Valverde da una nota de idealidad en medio de las tristezas positivistas de nuestros tiempos.

Al mantener la una su amor, al poner la otra la muerte de por medio para salvar su honra, las dos han afirmado el culto a un ideal levantado y generoso, lo único que hace dignos a los humanos.



MARAVILLAS DE LA CIENCIA: EL GRAMÓFONO DELATOR

UN mediano observador diría que la nota de la quincena criminal la han dado el matonismo repugnante, endémico entre el proletariado que tiene por escuela la taberna y la mancebía, y el impulso pasional que pone la navaja al servicio del odio y del despecho.

Sí, del despecho y del odio, todo lo contrario del amor santo que inflama los corazones moviéndoles a generoso altruismo, no a infames agresiones.

La lenidad de nuestros Jurados dejándose seducir por unos cuantos defensores parleros, ha contribuido a la propaganda de los delitos llamados "pasionales", cuando no deben tener otra clasificación que la de crímenes vulgares.

Ha bastado que un homicida haya dicho compungido ante un Jurado blando de corazón: "La maté porque la quería mu-

cho", para que se le abran las puertas de la cárcel.

Nosotros hemos protestado siempre contra esas sentencias absolutorias. Amor no es venganza, no es acometividad, no es deseo de muerte; el amor es sacrificio, abnegación, anhelos del bien para el ser amado. Todo lo que nos acerca a Cristo; todo lo que nos aparta de Satán.

Por eso no tienen excusa las agresiones que estos últimos días se han registrado en Madrid; novios que acometen a mujeres indefensas porque no quieren acceder a sus pretensiones; criminales vulgares con la agravante de cobardía.

De la misma índole puede diputarse la tragedia de Alcuéscar, la fechoría de la famosa Concha (a) "La Somera", que ha dado muerte a un honrado padre de familia, dejando traslucir venganzas de hembra desdenada.

Enemigos de la insana novelaría, rechazamos todo lo que tienda a enaltecer a ese basilisco con faldas, a esa homicida sin entrañas, que merece todo el rigor de la ley.

También debe ejercitar sus severidades contra esos miserables que no esgriman más argumentos que los de las armas, por alardes de matonismo y de guapeza. El infeliz cerillero de la calle de Carretas y la desventurada señora valenciana que ha encontrado la muerte donde creyera hallar el legítimo beneficio de la

¡Ladrones!



¿Quien anda ahí?



¡Cielos será un ladrón!



¡Vienen a asesinarme!



¡Pero si es el morrongol!



¡Loado sea Dios!

venta de su propiedad, están pidiendo saludables represalias. No se concibe nada más inaudito que este asesinato, cometido por el arrendatario a quien no le place que el ama venda la propiedad que él usufructúa; que esas muertes que cualquier pacífico ciudadano puede encontrar si en su camino se interpone un matón.

No parece sino que el homicidio es morboso, que existe en el ambiente social un algo que incita al crimen como al olor de la sangre excita a la bestia carnícera.

Los gobiernos, las autoridades, los tribunales de Justicia daban atacar con brío el foco del mal; y el foco está en la tasca, en los antros de los suburbios, en los montones de vagos que pululan por Madrid.

Del santuario de Cifuentes (Guadalajara) ha desaparecido un ermitaño, que apareció en los primeros momentos como el protagonista de una novela por entregas. Hijo natural, heredero de cuantiosa fortuna usurpada por parientes interesados en su desaparición, el santo hombre vivía temeroso de una asechanza.

El pastor que compartía con el ermitaño el asilo del santuario explicó su desaparición de un modo novelesco: había aparecido un caballero que tuvo con él una conversación reservada, después de la cual se marcharon juntos.

Pero la gente sospecha que este pastor bien pudiera tener interés en que desapareciera quien la privaba de disfrutar íntegras las limosnas de los fieles, y ha dado en buscar el cadáver del ermitaño en los alrededores de la ermita y en una cercana y profunda sima. El pueblo de Cifuentes estaba en lo cierto. En el momento de cerrar esta crónica se publica la aparición del cadáver del pobre ermitaño, asesinado y arrojado en la sima por el pastor Olmo, convicto y confeso.

SANGRIENTA JORNADA DE LOS CUATRO CAMINOS



Los manifestantes dispersándose ante la llegada de una sección montada de Guardia civil

EL domingo por la tarde se apoderó de los obreros madrileños una locura insana, que se precipitó sobre la fuerza pública tan inopinada y brutalmente como se derrumbara la cubierta del tercer depósito sobre las infelices víctimas, de cuyas muertes quería protestar la solidaridad de la clase obrera.

Atacado siempre el principio de autoridad en este desdichado país, jamás lo ha sido tan injustamente como ahora; y ya que la verdad se oculta sistemáticamente, convirtiendo los sucesos en granjería, queremos levantar nuestra voz, por modesta que sea, en defensa de los que la merecen, sin preocuparnos si nuestras frases suenan bien o mal en el pueblo, al que no tenemos para qué adular sistemáticamente.

Un hombre como el coronel Elías, en quien están ponderadas las condiciones indispensables para desempeñar el cargo

que ejerce, dirigía a la multitud exhortaciones a la cordura.

De pronto cayó sobre él y su reducido número de guardias una lluvia de piedras. Fue la señal de la batalla entablada en colosales desproporciones para la fuerza de Seguridad, que, estrechada por las turbas, hubiéralo pasado muy mal sin el oportuno auxilio de las fuerzas de Guardia civil, que se han conducido admirablemente.

¿Quién podía imaginarse la agresión de aquellas furias desatadas?

Desde los primeros momentos de la catástrofe, el Rey, el Gobierno, las autoridades, el pueblo entero, hizo suya la desgracia, y empezó a caer en las taquillas de las redacciones, en los sombreros de los postulantes una verdadera lluvia de oro. La marquesa de Squilache se encarga de los huérfanos; los casinos ponen a contribución sus cajas; los empleados y el ejército, ese ejército vilipendiado por los obreros en los *mitins*, está dispuesto a mermar sus pagas para remediar las orfandades. Jamás catástrofe alguna ha producido tan clamorosa resonancia, ni tan grande movimiento de piedad, y, sin embargo, los obreros corresponden a este altruismo haciendo armas contra la fuerza pública, que aun en su derecho de legítima defensa es motejada de cruel y sanguinaria.

Existe en otros casos la atenuante de la pasión política; en el caso presente no hay disculpa para la actitud de esas turbas que convirtieron una manifestación de duelo en algarada revolucionaria.

Ciertamente que la mayor culpa hay que cargarla a los que agitan el agua para pescar en río revuelto, y a los que se ponen incondicionalmente al lado del pueblo y en contra de las autoridades, ofreciendo como víctima al obrero que cae blandiendo un arma; como verdugo al pobre guardia, soldado que cumple un penosísimo deber por menos jornal que el de su agresor, y que esclavo de su consigna cae en el sitio de com-

bate por una cuestión en que no se ventilan intereses que personalmente le afectan, sin que los rotativos abran suscripciones para los pobres huérfanos, para las desvalidas mujeres de esos hombres honrados, muchos de los cuales llevan el pecho lleno de cruces y el cuerpo de cicatrices.

La jornada del domingo, dígame lo que se quiera, ha sido vergonzosa para el elemento obrero, que, desnaturalizando sus actos, se ha enajenado las simpatías inherentes a la desgracia.

La fuerza pública, el coronel Elías, las autoridades han estado a la altura de su misión, reprimiendo un movimiento anárquico, imprudentemente alentado por las parciales informaciones de la prensa. Continúe fomentando los desvaríos de las masas; a su tiempo y a su hora recibirá el merecido pago.

Quien siembra vientos, cosecha tempestades.





Ayuntamiento de Madrid

CRÓNICA DEL CRIMEN

RECORDARÁ el lector que, no hace mucho, dábamos cuenta de una hazaña del matonismo madrileño; la guapeza insolente interponiéndose al paso de una mujer, cortó la vida de un hombre en la calle de Carretas. Aquello parecía el colmo de la matonería que en frío provoca y mata; pero lo que acaba de ocurrir en la plaza de la Cebada, supera en horror al suceso de la calle de Carretas.

Un matarife que va en el tranvía lanza denuestos contra los madrileños, en el lenguaje airado y soez de esa gentuza; un caballero que está junto a él le replica en lenguaje mesurado; el matarife vuelve a la carga, y el caballero, un digno empleado de Correos, pone con su silencio un punto final a la controversia, y momentos después desciende del tranvía. La bestia bípeda, anhelosa de «bronca», sigue detrás del caballero, le aborda y la convida a tomar una copa. Su futura víctima se arma de prudencia, accede a la pretensión del matarife, procurando por todos los medios evitar la cuestión, y marcha dócilmente hacia donde el otro le indicara. No tuvo que andar muchos pasos; el miserable que le acompaña saca una formidable faca, y le asesta una tremenda puñalada en la ingle. La víctima cae moribunda; el asesino se da a la fuga.

Este es el relato escueto del repugnante crimen que no decimos propio del Riff para no insultar a los riffeños.

No puede darse nada más injustificadamente brutal, más infame, que ese asesinato alevoso, en el que la muerte es sólo la impulsión de un instinto homicida, que daría un poderoso argumento a Lombroso en apoyo de su «criminal nato».

Es espantoso pensar que en plena capital hay fieras sueltas, con figura de hombres, que, al amparo de la civilización, en

una de sus más significativas expresiones —el tranvía eléctrico—, mientras esgrimen la frase injuriosa, acarician las cachas de la navaja o la culata del revólver, buscando fieros, con los ojos y con la intención, el blanco de su encono.

Consecuencias de la perversa educación social de esa gente que pide derechos antes de descifrar el alfabeto, e igualitarias reivindicaciones cuando no tiene idea de lo que debe ser un hombre civilizado. Blasfemos, insolentes, groseros, achulapados, la hampa madrileña constituye un verdadero peligro para las personas decentes y una vergüenza para la capital. Ostentando las armas con el mismo descaro que el cigarrillo en los labios, la vida de cualquier ciudadano depende de un mal humor de esos bestias o de una copa de más.

Las autoridades, el Jurado y la prensa tienen la culpa de este estado de cosas.

Nada se hace para suprimir la venta escandalosa de armas, que cualquiera puede adquirir y usar; y cuando se verifica un cacheo, los periódicos claman contra la Policía porque molesta a «honrados ciudadanos».

¡Basta de comedias! Las armas blancas deben prohibirse en absoluto, y las de fuego sin licencia, que deba costar una crecida cantidad, gravando con una considerable contribución a la industria que fomenta el crimen.

Si las autoridades no se deciden a dar la batida a la gente maleante; si el Jurado no se muestra inexorable contra los brutos asesinos; si la prensa no arremete contra esa horda esparcida, sin temor a que disminuyan los perros chicos de la venta, suprimamos las jeremiadas, y resignémonos a vivir entre salvajes.

La navaja, el puñal, el revólver del matón son más nocivos y deben perseguirse más que la palanqueta y la ganzúa del "cambrioleur".

LOS SORTÍLOGOS Y LO MARAVILLOSO A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS

EL proceso de hechicería de Miarly, que tanto escándalo ha producido, ha llamado en Francia la atención del público sobre ciertos profesionales de lo maravilloso.

Una mujer, Mme. Martin, es acusada de haberse apropiado, valiéndose del espiritismo, la fortuna de una rica viuda, madame Chappins, y algunos pretenden que le ha costado la vida. Sería prueba de ignorancia confundir los eternos explotadores de la credulidad humana con los que adivinando fuerzas que nosotros ignoramos aún, emprenden problemas confusos, en presencia de los cuales el cerebro se perturba y los nervios se exacerban.

Entre los sortílogos y mágicos de la antigüedad y de la Edad Media hubo sabios indiscutibles que han sido los precursores de este espiritismo científico, del cual se encuentran indicios en las religiones de la india, y que no tienen nada que ver con los medios embaucadores o sus cambios de prestidigitación.

Lo sobrenatural y lo maravilloso han tenido siempre poderoso atractivo para el hombre.

Amontonar impunemente desgracias sobre el enemigo que se teme, poseer secretos que los otros ignoran, encontrar el medio de enriquecerse y, sobre todo, conocer el porvenir, tales son los móviles que en todos los tiempos han impulsado a los envidiosos, egoístas y ambiciosos.

En Egipto, y sobre las paredes de las tumbas, resguardadas por las pirámides, se encuentran los trazos más antiguos de estas misteriosas prácticas.



El primero de los sortilagos parece haber sido Thoth, cuyos escritos encerraban el «secreto de dirigir el universo entero».

La antigüedad romana está llena también de relatos semejantes: los adivinos y los agoreros evocan las potencias infernales o las sombras de los muertos.

Si nos acercamos a los tiempos modernos, vemos que la Edad Media es por excelencia la época de los sortilagos.

Todas las formas de lo maravilloso están en boga. Se vio, por decirlo así, el humo de los alambiques donde los alquimistas buscan la piedra filosofal y el elixir de larga vida.

Los hechizos consistían en modelar una muñeca de cera a semejanza del enemigo que se desearía perjudicar.

Para herir a este enemigo, bastaba taladrar con una punta acerada, siguiendo ritos especiales y en el sitio que se quería hacer vulnerable, esta muñeca revestida del mismo traje que la víctima.

También data de la Edad Media la creencia popular del «sábado», la gran reunión nocturna, en la cual las hechiceras o brujas, a caballo sobre la escoba, tenían sus asambleas bajo la presidencia de los demonios y del diablo en persona, quien para este caso tomaba la forma de un macho cabrío espantosamente cornudo.

Hoy día existen los sortílogos también. No hay lugar que no abrigue alguno.

No contentos a veces con echar suertes o combatirlos, con cuidar de los ganados y con profetizar el porvenir, hacen una verdadera competencia a los médicos del país, y piden también honorarios respetables.

Es cierto que a veces operan curas extraordinarias.

¿Quién es el que entre nosotros no tiene que citar algún hecho extraordinario, del cual ha sido testigo, o que se lo han contado? Quemaduras, fiebres curadas instantáneamente, reumatismos inveterados desaparecidos como por encanto sólo con ceremonias o sencillamente con palabras misteriosas. El sexo de estos sortílogos difiere según las comarcas. Unas veces son guardadores de rebaños; otras vagabundos, algunas veces son viejas aldeanas que se crean una especialidad en curar tal o cual enfermedad.

Pero los sortílogos modernos tienen quizá en las grandes ciudades una clientela aún más numerosa.

Los anuncios de los periódicos están llenos de señas de sonámbulos y de *médiums*. Las especialidades de estos sortílogos de ciudad son tan curiosas como variadas. La mayoría



de ellos leen sencillamente en la mano o echan las cartas.

Pero no son solos éstos los medios de revelar el porvenir.

Hay otros menos conocidos. Tales son los fósforos sobrenadando de cierta manera en el agua; las agujas echadas en el fondo de un plato; el plomo hirviendo precipitado en una cubeta y coagulado, o también, como en todos los talleres de costura, los alfileres arrojados a puñados en una mesa y formando dibujos, a los cuales se da un sentido.

Se han escrito volúmenes sobre los sortílogos: Maury, Figuier, Michelet mismo, han sido atraídos por esta cuestión de lo maravilloso.

Pero mucho antes que ellos, un gran filósofo de buen sentido, se había ocupado de ello, buscando poner en guardia contra ello: mismos a los Visionarios inconscientes.

Malebranch: es quien en su obra de *Buscando la verdad*, enseña cómo puede nacer en los campos la leyenda de los lobos hechiceros.

En la velada se habla de esos hombres que, llegada la noche, se transforman en bestias y corren los campos buscando mujeres y niños extraviados.

Un pastor que escucha, y cuya imaginación está turbada por los vapores del vino que ha bebido, se duerme pensando en todo lo que acaba de oír contar.

Por una autosugestión (la palabra no estaba inventada aún), se despertó de su sueño, y persuadido de que es lobo, se lanza a la calle como un loco, mordiendo a los transeúntes. Y la población, desde entonces, está convencida de la existencia de los lobos hechiceros.

Sortílogos célebres.

Según Thoth, egipcio, el más antiguo sortílogo fue, seguramente, Circe, la semi diosa, cuyos encantos atraían a los viajeros y que abusaba de su belleza y de sus sortilegios para cambiarlos en animales.

Se sabe la historia de los compañeros de Ulyses, transformados en cerdos, y el amor de la bella maga hacia el héroe, que obtuvo que sus compañeros volvieran a su forma primitiva.

Tasso se ha inspirado en esta leyenda en su *Jerusalem liberada*, largo relato, en el curso del cual los encantadores y los sortílogos se entregan a un combate perpetuo.

Sería preciso también citar Gilles de Retz, mariscal de Francia, que se distinguió bajo el reinado de Carlos VII en la toma de Orleans, pero que vuelto a sus tierras, se hizo él también un sortílogo terrible.

Cagliostro, en Francia, y Faust, en Alemania, fueron sortílogos en su género.

Mesner, el inventor del magnetismo, fue considerado como tal cuando abrió a la ciencia un camino nuevo, explotado después, siguiendo rigurosas censuras.



Más cerca de nuestros tiempos, Mlle. Senormant, la famosa adivinadora, anunció a Robespierre, a Marat y a Saint-Just que perecerían en un cadalso. Con sus predicciones ella dirigía la existencia entera de Josefina de Beauharnais.

El célebre zuavo Jacob, perseguido sin cesar por ejercicio ilegal de la medicina, puede ser colocado también en la categoría de los sortílogos; curaba a sus compañeros en el campo de Châlons, y hasta fue llamado en consulta por el mariscal Conrobert.

Los fakirs de la India.

Se ven y se producen en el curso de los siglos por el intermedio de los medios, de los sortílogos, de los hechiceros (como se les quiera llamar), manifestaciones extraordinarias y fenómenos de presencia inquieta. Hay una categoría de sortílogos de la cual nos es preciso hablar, y que parecen saber mucho más que todos nuestros buscadores en estas cuestiones extrañas.

Estos son los hechiceros de la India.

Jacolliot ha visto al célebre hechicero Clubh-Chondor dormir, por el solo poder de su mirada, serpientes de las más peligrosas del Indostán. Los efluvios magnéticos que se desprendían del cuerpo del indiano eran tales, que varios asistentes (aun sin haber sido mirados por él) caían en catalepsia. Las serpientes magnetizadas yacían a lo largo sobre el enlosado, como ramas de bosque muerto.

Cuál no sería nuestra extrañeza al ver que podíamos tomarlas por una extremidad como hubiéramos hecho con un palo. Después de haber despertado esos terribles reptiles, el magnetizador se acercó a uno de los espectadores y le hizo algunos pases magnéticos sobre las piernas; instantáneamente le fue imposible al sujeto dejar su asiento y andar. El indiano le liberta tan fácilmente como le había paralizado.

Impotencia del cerebro humano.

Evidentemente, estos relatos no convencerán a los escépticos, que quisieran ver para estar persuadidos, y que después de haberlo visto, sospecharían aun de la artimaña o de la intriga.

¡Cuántos, sin embargo, de entre esos incrédulos han sido presa de un miedo insuperable al reconocer una «línea fatal» en su mano, o bien al oír estremecer una mesa giratoria!

Es más prudente no negar por llevar la contraria.

¿Quién sabe si en medio siglo esas fuerzas, apenas conocidas, habrán tal vez sido sujetas por algún Edison?

¿Qué hubieran dicho nuestros antepasados del siglo de Luis XIV si se les hubiera afirmado que se iría en doce horas de Madrid a Barcelona y que el vapor, la electricidad, los sueros y todas las invenciones modernas trastornarían al mundo?

LLUVIA DE SANGRE



EN Taberny (Francia), vivía Mme. Jenn con su padre en una casita. Como siempre, Jenn le acostó en el piso bajo de la casa; el que estaba encima constituía la vivienda del padre.

La noche transcurrió tranquila; sólo a la hora de amanecer, Jenn se despertó por efecto de un ruido extraño. Prestó atención y nada la confirmaba el origen del ruido; ya se disponía a seguir su interrumpido sueño, cuando sintió caer en su mejilla una gota de un líquido caliente; al llevarse la mano a la cara, otra nueva gota la cayó en la mano.

No había vuelto de su sorpresa, cuando ya las gotas se tornaron en lluvia prolongada del mismo líquido caliente, de extraño olor.

Cuando precipitadamente encendió una luz, vio, llena de terror, que sus ropas, las de su cama y todo su cuerpo estaban bañados en sangre.

Sangre a chorros destilaba el techo, y sobre su cama continuaba cayendo. Aterrada, estuvo buen rato inmóvil, presagiando algo horroroso que a su imaginación se agolpaba.

Al cabo cobró valor; llamó, gritó, pidió auxilio, y cuando algunas personas subieron al piso principal, presenciaron un horrible espectáculo: el mismo que Mme. Jenn se temía.

M. Jenn se había abierto la garganta con un cuchillo de grandes dimensiones, que aún conservaba en sus manos. Verdaderamente se había degollado, la sangre aún caliente, salía a borbotones por la profunda y extensa herida; ya era un cadáver.

La hija no puede darse cuenta más que de su terror y abatimiento.

Una circunstancia tan sólo explica en parte este suicidio: era *neurasténico*; esta enfermedad, tenuta en poco por la mayoría de las gentes, es azote de la humanidad en los pueblos civilizados: dolencia que parece capricho, hace estragos en los organismos; especialmente en lo que afecta al cerebro, tanto que va siendo hora de que las eminencias médicas y los Gobiernos incluso, se resuelvan a acabar con esta moderna plaga.



EL MONO LADRÓN, EN PLENA FAENA

EL DESTRIPIADOR DE BERLÍN

EN uno de los barrios más aristocráticos de Berlín, ha aparecido una de esas hienas que son el espanto y el horror de la humanidad, un degradado ser que recuerda los repugnantes crímenes de Jak el destripador de Londres.

Hacia las cinco de la tarde de uno de estos últimos días, una niña de cinco años percibió a un hombre como de veinte, que se arrastraba ocultándose tras una puerta.

Al propio tiempo unos gritos muy apagados, provenientes de un niño de corta edad, llegaron a sus oídos, lo que excitó más su curiosidad.

Acercándose lo que pudo, se dio cuenta, llena de terror, de lo que aquellos gemidos representaban y de lo que aquel hombre hacía. Embebido se hallaba sobre el cuerpo agonizante de una niña como de cuatro años de edad; con un cuchillo la había abierto el vientre y el pecho, y él se saciaba ensimismado, como saboreando algo agradable.

Todas las vísceras las sacó de la caja del cuerpecito de la infeliz niña, y la fiera humana se gozaba de su repugnante crimen.

¡Cuándo dejarán de nacer esas fieras, que nos recuerdan que el hombre es de condición moral muy superior a las bestias!

Ha caído en manos de la justicia de un país en donde se ejerce; pero lo doloroso es que las ejemplaridades nada dicen y nada escarmentan, porque de tiempo en tiempo la naturaleza lanza esos abortos de su seno.



QUINCENA CRIMINAL

PUDO al principio creerse que la locura, pero los hechos han demostrado después que la barbarie, la soberbia o la ira, y de todos modos lo inconcebible e indisculpable, han sido las causas que han venido a aumentar la larga serie de los crímenes que avergüenzan a la humanidad.

Herminio Cerro, joven dependiente de un establecimiento de ultramarinos, molesto por la reprensión recibida de su principal D. Santiago de la Torre, al saber que no era todo lo fiel que le imponía su deber en el manejo de los intereses que se le confiaban, no halló manera alguna más a mano de volver por su honra que aprovechando la quietud de la noche, asesinarle traidoramente y con repugnante ensañamiento, así como a su compañero de dependencia, el infortunado muchacho de quince años Antonio Martínez.

La prensa diaria ha dado minuciosa cuenta de este espantoso crimen, que ha tenido el don de conmover profundamente el sentimiento popular, y por lo tanto, omitimos detalles, que resultarían inoportunos; pero no lo será nuestro comentario, que consiste en lamentar el olvido completo de este dolor cuando llegue la hora del castigo. Entonces, como siempre, se impondrán las sensiblerías.



EPISODIO MASÓNICO



NI se ha averiguado todavía, ni nos proponemos averiguar tampoco, el origen, fundamento, desarrollo y fines de asociación tan criticada, tan temida y por otros ensalzada, como lo es la masonería.

Suenan alrededor de este nombre conceptos, opiniones, juicios, elogios y censuras en tan revuelta confusión, que no es posible acuerdo alguno para venir a formar idea acabada de lo que en suma es y cuanto de cierto significa. Quién la presenta como centro de todas las falacias, nido de todas ambiciones, y quién la celebra como la encarnación de la verdad y emblema santo de la abnegación y de la fraternidad humanas.

Naciera al construirse el templo de Salomón, como suponen algunos historiadores, o bien tuviera más moderno origen al destruirse los templarios como corporación militar en el siglo XIX de nuestra era, como afirman otros, lo que no puede negarse es que ha dejado impresa huella imborrable al través

de los tiempos, en la marcha seguida por los hombres durante su peregrinación por este valle de lágrimas.

En el asunto de que tratamos, como en todos, la imaginación, dominando a la inteligencia, se desborda por los campos de la fantasía, y ensanchando la esfera de la realidad, eleva a la categoría de hecho positivo a lo que sólo es fábula, sueños de poetas, maquinaciones de los detractores o alabanza ciega de los adictos incondicionales.

Pretenda la masonería el exterminio de los tiranos, límitese al socorro de los perseguidos; sea éste un fin, sea un medio, lo indudable es que registra en sus páginas hechos de verdadera fraternidad, cuyo conocimiento deja el ánimo realmente suspenso.

De uno de ellos vamos a ocuparnos hoy. Nada de particular tendría que esas doctrinas hubieran alcanzado cierto grado de generalización entre pueblos civilizados, y que se aplicaran dentro de los mismos, lo raro es que la virtud de aquéllas se haya manifestado también entre salvajes.

Durante la guerra sostenida por los ingleses contra los norteamericanos, guerra que tuvo término en 1816, el capitán Mac Rainsty, de uno de los regimientos de los Estados Unidos, fue herido dos veces y hecho prisionero de los iroqueses en la batalla llamada *de los Cedros*. Tales y tantas habían sido las proezas del capitán, de tal modo su nombre se hizo temer del enemigo, que luego de tenerlo en su poder, decidieron matarlo sin más *formalidades judiciales*, y, además, *comérselo asado*. Sobre que así daban satisfacción a sus deseos canibalescos, impedían para siempre con tan radical medida y con completa seguridad que volviera a combatir contra ellos.

Para llevar a cabo la *acordada*, ataron la víctima a un árbol, le rodearon de leña y la hicieron arder. En aquel preciso momento tuvo una inspiración sublime, casi instintiva, pues no se dio cuenta de cómo pudo ocurrírsele entonces, ni luego, cuando transcurrido tiempo lo relataba, tampoco se lo pudo

explicar satisfactoriamente. Fue que, perdida por completo toda esperanza, entregada su alma a la misericordia de la bondad infinita, se le ocurrió, sin pensar que por nadie pudiera ser recogida, hacer la seña y pronunciar la palabra misteriosa de ¡socorro! convenida entre los francmasones.

El jefe de los indios lo era, y al observar lo acabado de hacer por el prisionero, lejos de quemarle y devorarle, suspendió seguidamente el suplicio, acudió a él, abrazándole fraternalmente, le curó, le colmó de atenciones y agasajes, y, por último, como si esto fuera poco y quisiera evitarle tropiezos con los demás, con fuerte escolta que mandaba por sí mismo, le puso en salvo, conduciéndole hasta las mismas avanzadas de los americanos.

Aliados los indios con los ingleses en la guerra que éstos sostenían contra los revolucionarios de la América, habían iniciado a algunos jefes en los secretos de la masonería; uno de ellos era el que capturó al capitán Mac Kainsty, y esto constituyó su fortuna.

Después de recobrada la libertad y la vida por medios tan inesperados como eficaces, continuó brindándole la suerte sus favores, porque pocos años más tarde llegó a general de la República americana.



PARRICIDIO LEGAL MONSTRUOSO



A Inquisición española, como la de todas aquellas naciones en que se hallaba establecida en los pasados siglos, ha llegado hasta nosotros con un concepto tal de crueldad y de intransigencia, que parece como que su nombre resume y abraza todo lo más odioso e inconcebible de la perfidia y de la maldad humanas.

Entre los hechos ciertos o inexactos que se le atribuyen, pocos excitarán seguramente la indignación como el ocurrido en Valladolid en el año 1551, en el que un caballero delató a aquel temido Tribunal que sus dos hijas profesaban las doctrinas luteranas; fanático creyente de las católicas, entendió que cumplía con los deberes de las suyas y tranquilizaba los escrúpulos de su exquisita o timorata conciencia lanzando a una cruel sentencia a aquellas infortunadas criaturas, más infortunadas tal vez por tener tal padre, que por haber incurrido en el error.

Presas por el Santo Oficio y encerradas en los más obscuros calabozos, entablóse una lucha para hacerlas abjurar; cuantas armas emplearon y a cuantos recursos acudieron los frailes, ayudados del desnaturalizado padre, no dieron el menor resultado para el propósito de los mismos. La firmeza de convicciones de las doncellas, contrastando con la debilidad de sus cuerpos, opuso siempre una tenaz resistencia, haciendo inútiles consejos, advertencias y tormentos. Ante este resultado, el mismo padre instigó a los jueces para que las infligieran terrible y ejemplar castigo.

Este desnaturalizado ser, ufano con la pena de muerte obtenida mediante sus insistentes gestiones, arrastrado por algo que pudiera calificarse de frenética demencia, tomó —según dice un historiador— el camino de cierto bosque que le pertenecía, para desgajar en él las ramas de los árboles mayores y dividir el tronco de los menos robustos, con el fin de que sirvieran de leña en las hogueras que iban a devorar los cuerpos de sus hijas. Volvió a Valladolid con los despojos que había sacado de su bosque y los presentó a los jueces del famoso Tribunal, los cuales celebraron reiteradamente su grandeza de alma, su fe católica y la nobleza y elevación de sus propósitos. Señalósele como tipo y ejemplo digno de imitación y no hubo elogio y alabanza que no le prodigarán.

Excitado por ellos o siguiendo inconsciente los impulsos de sus sentimientos, no paró aquí: propúsose asombrar al mundo con su fe, y consiguiólo ciertamente, pues no contento con la delación, no satisfecho con haber alcanzado la pena de muerte, que debió arrancarle el alma, y no bastándole con facilitar la leña que había de quemar su propia sangre, solicitó de los inquisidores permiso para hacerlo por sí mismo, ahorrando a los verdugos su trabajo.

Recibida benévolamente la petición, publicóse ésta con la mayor solemnidad, para que fuera por todos los vientos esparcida la noticia y no quedara en la ignorancia, aun en los parajes más recónditos.

Y como se pidió se ejecutó, ante el asombro del público, sobrecogido por esta inconcebible crueldad o locura. Sin que vacilara un momento, sin que en su cara se mostrara el menor dolor, sin exhalar un lamento, sin verter siquiera una lágrima, aquel desnaturalizado padre, *«hombre en las formas, caballero en los dichos, tigre en los sentimientos, ostra en el raciocinio y verdugo en las obras»*, como dice el texto que seguimos, prendió fuego a la hoguera, la atizó cuando lo estimaba necesario y vio impasible cómo las llamas iban llagando, carbonizando, martirizando y consumiendo aquellos hermosos cuerpos, que al cabo, presas de horrible sufrimiento, moral y físico, convirtiéronse en una informe masa calcinada.

La historia no conserva el nombre de este fanático, ni tampoco importa, pues lo que únicamente se requiere es el conocimiento del hecho, para abominar el fanatismo.



CON QUE UNO BAILASE, LOS DEMÁS SE DEDICABAN AL
MISMO EJERCICIO



CÓMO SE NOS ROBA, CÓMO SE NOS MATA

POLICÍA MUERTO

RECIENTEMENTE ha fallecido el famoso *detective* norteamericano Alian Pinkerton. Dotado de excepcionales condiciones, odiando encarnizadamente a los delincuentes, poseía recursos inesperados y abundantísimos para descubrirlos; con intuición pasmosa adivinaba sus pensamientos, con actividad incansable salía al paso y con entereza extraordinaria desconcertaba sus siniestros planes. En el vasto Estado norteamericano llegó a adquirir tal relieve su personalidad y tal importancia su oficina, que la seguridad pública no se comprendía sin su intervención, ni había centro policíaco europeo con quien no mantuviera constantes relaciones.

Imposible enumerar sus hechos, tan múltiples como asombrosos; algunos tocaban a los límites de lo novelesco.

Citaremos tan sólo el descubrimiento del autor de un robo de 20 millones de libras esterlinas cometido al Banco de Inglaterra, ya que tenemos en litigio otro robo al Banco de España, aunque la suma robada, con relación a aquélla, sea insignificante.

Meses enteros consagró Pinkerton a la persecución del asunto, harto enrevesado siempre, y todo el mundo desconfiaba de llegar a conseguir el descubrimiento de delito tan escandaloso.

En la poética isla de Cuba, perdida para siempre para los españoles, celebrábase una noche, hace algunos años, espléndida fiesta en casa de un millonario americano. Lo más selecto de aquella sociedad distinguida y riquísima habíase dado cita en los suntuosos salones; nada había comparable en elegancia, en alegría y en buen tono a cuanto allí se congregaba: derro-

ches de esplendidez en todos: mujeres hermosas, hombres representantes de la banca, de la ilustración, de la milicia, las autoridades superiores; todo lo que más valía, allí estaba congregado.

De pronto, aquellas expansiones se detienen; cierto número de individuos entran en los salones inopinadamente y uno de ellos dirigiéndose al dueño de la casa, le dice:

—Justin Bidiwell, queda usted preso en virtud de esta orden.

Era el autor del robo al Banco, y Pinkerton había empleado un trabajo de benedictino hasta obtener la prueba acabada de su culpabilidad. Si hubiéramos de referir los ingeniosos recursos de que se valió diferentes veces, constituiríamos un libro inapreciable.



TRÁGICA ESCENA EN UN CORTIJO

NUEVE INFANTICIDIOS



AY hechos a los que nos resistimos a darles crédito. La realidad, la fría realidad se impone, y entonces, con harto dolor, nos rendimos ante la evidencia de algunos verdaderamente espantosos. El que hoy ponemos en conocimiento de nuestros lectores es de lo más horroroso, por ser las víctimas nueve niños inocentes, y por ser la asesina una jovencita de catorce años de edad. Ida Schnell vivía en Munich y ejercía el cargo de niñera, con tan perversos instintos, que cuantos niños eran confiados a su cuidado, otros tantos morían súbitamente.

En realidad, ha necesitado estar ciego todo el mundo para no sospechar, pues, salvo su noveno crimen, los ocho restantes, cometidos en sólo tres o cuatro meses, no han sido suficientes para llamar la atención.

Decimos esto, y no decimos del todo bien; pues si ciertamente la Policía nada hizo, la vecindad debía saber o sospechar algo, sobre todo los niños; porque cuando el padre de la última víctima, que es el obrero Bidler, regresaba de la casa de Ida Schnell de hacer el ajuste de su salario para quedarse al cuidado de su hija, los niños de la vecindad que se percataron de ello, se acercaron a él y le decían suplicantes: «Si

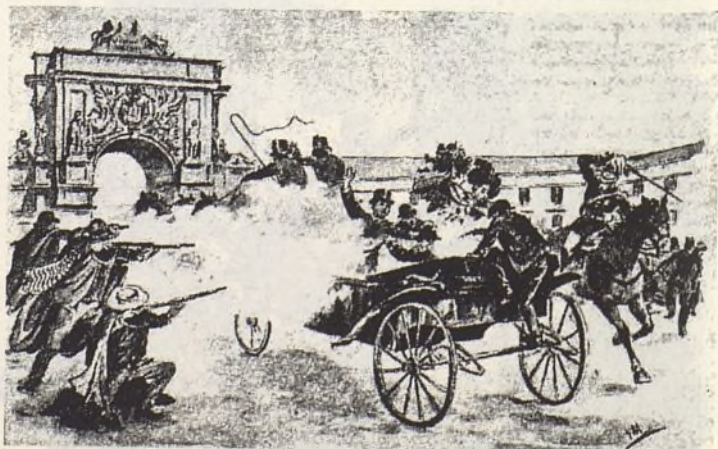


toma usted para su hija esa niñera, la matará en seguida».

Bidler no hizo caso; pero, terriblemente para él, la infantil profecía cumpliéndose al poco tiempo, y sólo entonces es cuando, recordándola, dio parte a las autoridades. Arrestada que fue Ida, se mantiene en una actitud de arrogancia y de descaro que espanta. Dice que sentía un placer inefable viendo morir a los niños.

Todos sus crímenes los cometió clavando largas agujas en el cráneo de las pobres criaturas. La pequeña herida, no dejando huella, hacía siempre quedar impune el delito. Nada hay comparable en perversidad con el instinto de Ida Schnell, aunque nosotros no lo atribuimos todo al instinto, sino a la ejemplaridad que siempre vio, al medio ambiente en que se educó, entre su padrastro y su madre, borracho aquel, en continua lucha con su madre, que se golpeaban despiadados día y noche.

La tolerancia con estas faltas sólo produce perniciosos ejemplos, cuyas consecuencias patentizan los dolorosos hechos que narramos.



DOBLE REGICIDIO



SERVICIO DE EMBOSCADA

LOCURA DE UN PADRE

LOS fenómenos de locura son cada vez mayores en número, y es frecuente que los enfurecidos hagan víctimas a los seres que más quieren. ¿Habrá en esto una ley aún desconocida o, por mejor decir, no bien definida y explicada? ¿Guardará esta relación con la conseja popular que atribuye al perro rabioso la propiedad de morder a su amo en primer término? Es una desgracia, y de las inevitables.

La que hoy lamentamos ha ocurrido en la provincia de Zamora.

Luis Cayetano, en un acceso de furiosa locura, dio muerte sucesivamente a sus cuatro hijos, de tres, cuatro, trece y diez y siete años de edad.

Los convecinos que acudieron, no pudieron reducir al loco, temerosos de su colérica actitud. El hecho ha consternado al vecindario, que es pacífico y de costumbres sanas.

FANATISMO

PODRÁ no existir unanimidad completa respecto al lugar en que, dentro de los errores y de las perturbaciones humanas, hayamos de colocar al llamado *fanatismo*, maniéstese como se manifieste e inclínese al lugar que quiera.

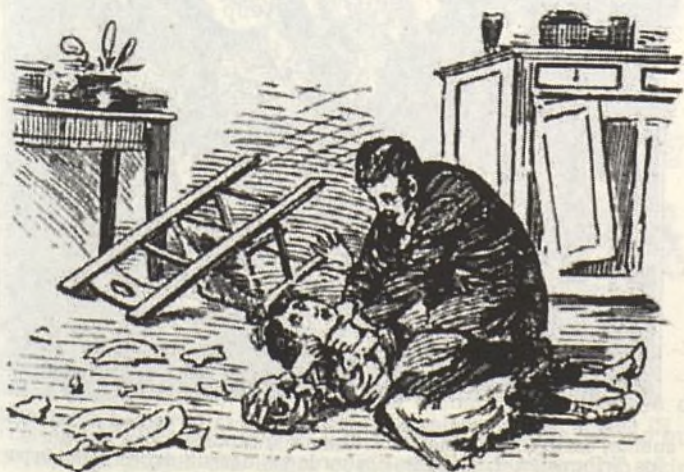
La irreflexiva exaltación del espíritu que todo fanatismo supone, y a sea religioso, ya sea político, será, según unos, simple enfermedad, será, según otros, expresión delictiva, pero lo indudable para todos es que acarrea repetidos y transcendentes daños a la humanidad y que es deber de ésta combatirlos, en defensa propia y en beneficio de tantos desgraciados, víctimas propiciatorias de ese grave mal.

La débil constitución femenina es la que proporciona mayor contingente de ellas y un suceso extraordinario acaba de demostrarlo en Rusia: Un monje llamado Esdot logró adquirir gran influencia en Werchturji, gracias a su ardorosa elocuencia. Las mujeres de la comarca, sensitivas del púlpito, se convirtieron bien pronto en devotas de aquel predicador, y por suscripción entre ellas, se le construyó una ermita en el centro de un bosque. El marco encajaba perfectamente en aquel cuadro de ascetismo y de unción religiosa y allí se dirigían las pobres mujeres llenas de fe para oírle y confesarse ante él.

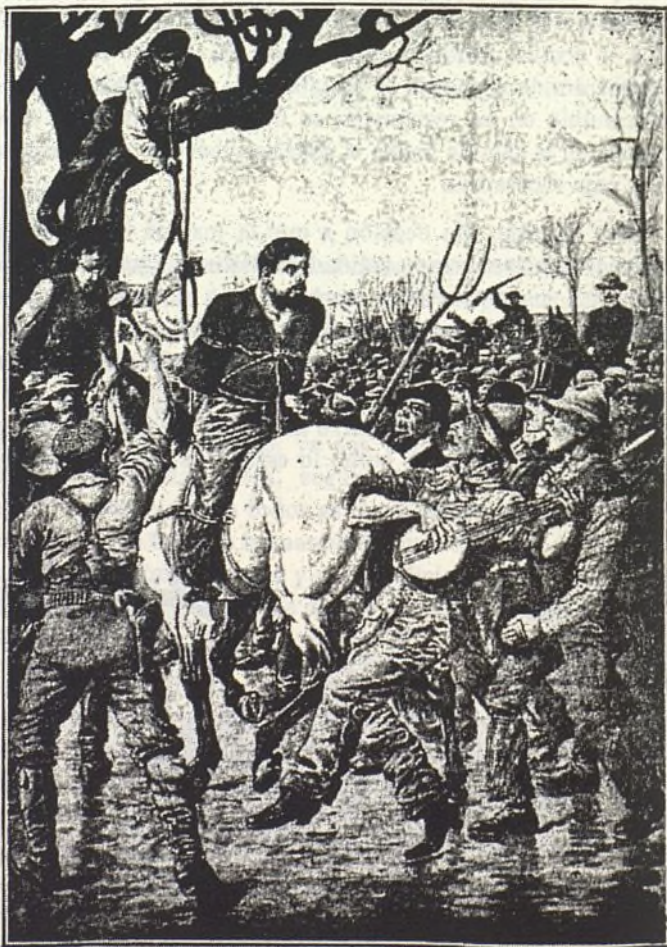
El monje las hacía pasar a una sala de baños, para que salieran limpias de cuerpo como salían de alma y después las introducía en una mortaja, a fin de que se habituasen, decía, a la idea de la muerte.

El tiempo transcurrió mansamente en medio de estos ejercicios espirituales; algunas desapariciones misteriosas habían ya inquietado a la población, pero nada se sospechaba de nadie, basta que hace unos días la mujer de un militar, que había ido a la ermita, desapareció también. Su marido se encaminó al lugar donde el monje se hallaba para interrogarle, y no encontrándole en su residencia, se dedicó a registrarla, descubriendo en la sala de baños el cadáver de esa mujer, encerrado en la caja mortuoria.

Este hallazgo dio ocasión a que la justicia interviniera, a que encontrase enorme cantidad de víctimas igualmente encerradas en sus respectivas mortajas, una por cada una, y al descubrimiento de lo que allí ocurría, obra de un loco, obra de un fanático, que todo viene a ser lo mismo. No lo eran menos aquellas desgraciadas y asombra ver la facilidad con que en estos tiempos pueden realizarse tan estupendos crímenes, que, de no hallarse probados como lo están, los juzgaríamos inverosímiles.



UN LYNCHAMIENTO EN LOS ESTADOS UNIDOS



El pueblo yanqui, sediento de justicia por la ferocidad de un delincuente, castiga con saña los crímenes anteponiéndose a la acción de los Tribunales. Las masas desbordadas dan un espectáculo repugnante, del que da perfecta idea nuestro grabado.

UNA VICTORIA PAGADA CARA

EN las ferias de Mons, el director de una troupe atlética hizo escala en su ambulante vida. Como es frecuente, invitó al público a tomar parte en sus ejercicios de fuerza.

El reto no fue acogido por ningún hombre, pero el asombro del hércules fue cuando de entre el grupo de espectadores se destacó *una espectadora*, Luisa Legris, hermosa joven de veinticinco años, que sencillamente aceptaba la lucha, cuerpo a cuerpo, con el coloso.

La curiosidad en el público acompañó a la sorpresa del atleta y dio muestras de gran contento por la novedad del espectáculo que a su vista iba a presentarse.

La multitud la hizo corro y de entre ella sólo un hombre se opuso resueltamente a la lucha, mas su voz fue apagada y reducido a la fuerza por los concurrentes.

La lucha empezó: agarrados los luchadores en abrazo de oso, bien pronto, por el giro que tomó el combate, se vio que la valerosa mujer era digna competidora del hercúleo titiritero.

Un movimiento más violento que los anteriores o mejor



dirigido dio en tierra con el coloso. La joven había triunfado, el pueblo la aclamó, orgulloso de su paisana, y todo fueron para ella plácemes.

Media hora después oyóse un grito estridente, el público se agolpó, la Policía acudió y su estupor e indignación fueron inmensos cuando vieron en tierra a la heroína con un cuchillo clavado en la espalda.

Dióse en buscar al hombre que protestó de la lucha, un tal Raveneau, que es novio de la muchacha y autor de tan bárbaro como injustificado hecho.

Detenido, se le oyó decir al aproximarse a su víctima:

—*Reflexiona antes de acusarme.*

¿Es realmente inocente? ¿Le teme su novia? ¿Le quiere tanto, que aún procura salvarle?

Lo cierto es que ella jura y perjura que no es su agresor, y sin expresar quién lo sea, se halla en gravísimo peligro de perder la existencia.

UN NUEVO GÉNERO DE SUICIDIO

SERÍA curioso averiguar y presentar a nuestros lectores la multitud de formas como los suicidios se han realizado. No ya su descripción, sólo catalogarlas daría ocasión a un grande volumen, pero cuando le creyéramos completo, un nuevo sistema nos haría ver nuestra equivocación.

Hoy el invento corresponde a una Menegilda del ilustre ramo de cocineras, que ha elegido el suicidio más original que

puede darse. Su cocina estaba servida por gas del alumbrado, procedimiento de combustión cada vez más en boga. La idea fue diabólica: tomó el tubo de caucho por donde se conduce el gas, y metiéndose en la boca el pivote hueco en que termina, se lo sujetó con bramantes sólidamente amarrados a la cabeza. Ya no quedaba sino abrir la llave, y no vaciló: el gas invadió sus pulmones y la asfixia fue rápida. Unos minutos fueron suficientes para quitar la vida a la desesperada cocinera, inventora de este procedimiento de suicidio que no está aún patentado.



ESPANTOSA SITUACIÓN

ES la realidad de la vida más variada en situaciones trágicas que las que puede concebir la más fecunda imaginación del más fogoso de los dramaturgos.

Lo que vamos a relatar, y el héroe que hemos de dar a conocer, no pasarán a la posteridad, porque el suceso se ha desarrollado en el cumplimiento de un deber, sin ocasión de los esplendores de la popularidad y porque el héroe es un pobre hijo del trabajo.

Mr. Wood es guardaagujas en las proximidades de una estación de Londres; tenía una preciosa hija de cuatro años de edad; por las agujas a su cargo pasan al día multitud de trenes con pasmosa celeridad, y en el momento de nuestro relato llegaba un exprés a 80 kilómetros por hora. Wood, fiel a su obligación, fue a coger la palanca de cambio, que había de hacer tomar al convoy una u otra línea.

El tren llegaba bufando, sólo algunos metros le separaban del punto del cambio de dirección; ya el guardaagujas tenía empuñada la palanca, cuando aterrado percibe que su única hija, la niña de cuatro años que decimos, se hallaba sonriente jugando en la misma vía que debía tomar el tren que se echaba encima.

En un momento Wood se dio clara cuenta de lo terrible de la situación. Si movía la palanca, lanzaba el tren sobre su hija y la mataba seguramente; si no cambiaba la dirección, el tren, tomando distinto camino, iría a chocar con otro de diferente línea, la catástrofe sería terrible; cientos de seres pagarían con sus vidas la salvación de la pequeñuela que sobre la vía se entretenía en sus inocentes juegos.

Dos sentimientos encontrados se desarrollaron a un tiempo en el cerebro del pobre Wood: el sentimiento del deber, que si lo desoía, causaría la muerte de centenares de viajeros, y el sentimiento paternal, que si no lo escuchaba, le convertía en



el propio verdugo de su hija.

¿Hay nada más espantoso? ¿Hay novelista que haya soñado con algo más trágico? Nosotros no recordamos nada que se le parezca, y sin embargo, viene la realidad, la fría realidad, a demostrarnos que en el mundo de los hechos hay más interés que en la fantasía de los escritores. La resolución que hubiera de adoptar Wood tampoco podía dar aguardo; sólo de segundos disponía, y cuando la locomotora entraba en el mismo cambio, oyó al deber, y aferrando con hercúlea fuerza al extremo de la palanca, mandó el tren por la vía normal; sus ojos espantados le vieron un momento precipitarse sobre el cuerpecito de su hija, que reía, y después no vio ya nada, cayó desplomado presa de un vértigo.

¡Qué ajenos los que se alejaban en el tren de que un humilde había hecho el sacrificio de la vida de su querida hija en beneficio de ellos!

Soy aun niño, pero si amagase á nuestra casa al-

gún peligro.

con este

fusillo entre

nuestras manos

no creo á nin-

gún hombre

MAS

HOMBRE

que YO



Nuestra carabina "TIGRE"

de DOCE TIROS, no tiene rival por sus cualidades. Es la más pequeña, más ligera, más segura y más barata de todas las que se han presentado en los mercados para SOMATENES, guardas, defensa de la casa, sea en el campo o la ciudad.

Sus DOCE TIROS certeros, que pueden dispararse en OCHO SEGUNDOS y en otros ocho se vuelve a cargar, infunden un valor rayano en temeridad. Con ella, hasta un niño resulta un coloso invencible.

DE VENTA EN PRINCIPALES ARMERÍAS DE ESPAÑA

Fabricantes: GÁRATE, ANITUA Y C.^{as}—Eibar (Guipúzcoa).—Casa fundada en 1849

LOS SEMI-LOCOS



El caso del infortunado guardia Pardinás ha puesto sobre el tapete cuestión tan ardua y compleja como es la de saber hasta qué punto el delincuente obra con verdadera conciencia de sus actos. Es evidentemente causa de irresponsabilidad, en todos los Códigos, la enajenación mental comprobada, cuando se reconoce que es absoluta y completa; pero los modernos juristas, los médicos y hasta los hombres de buena voluntad que se ocupan en estas cosas, quieren encontrar, con igual fin, más amplio concepto de esa locura y han creado un tipo cuya existencia se discute, el tipo del *semi-loco*.

Esta expresión, que pasa como vocablo corriente en el lenguaje de la filosofía médica, no es de un rigorismo científico absoluto; la teoría, a la cual corresponde, no admite la división de la locura en dos órdenes distintos: la completa y la *medio locura*; pero procede de la idea siguiente: *No hay dos individuos idénticos*.

Según ella, locos o no, todos los hombres difieren por el funcionamiento de su organismo cerebral, como difieren físicamente. Es, pues, necesario admitir tantas naturalezas mentales y de conciencia como individuos. Desde el hombre superior, genial, hasta el más torpe y brutal sujeto, existen innumerables variaciones de responsabilidades. El hombre de genio puede ser un epiléptico y no tener más que una responsabilidad atenuada; al bruto, totalmente bruto, puede no alcanzárle tampoco por entero. Ocupan en la escala de los seres pensadores los dos grados más distantes, no son más que *medio-hombres*.

El mismo superhombre, de Nietzsche, es un ser mal equilibrado, que se inclina poco a poco a la demencia, puesto que

termina en una casa de salud. Más aún, el hombre perfectamente sano, que no va tras las conquistas heroicas, que no está herido por la neurastenia, el hombre normal, por la misma razón de su normalidad, no puede calcular su potencia energética, no es dueño absoluto de su cerebro. Su voluntad sufre variaciones incesantes, como la sufre su memoria.

Los partidarios de la existencia del *medio-loco* no admiten jamás la responsabilidad entera; el criminal es siempre una fracción de locura, un cuarto, un octavo o una milésima de ella, la cuantía de esa porción no hace al caso, porque ¿qué es para ellos, en efecto, el crimen? Una perturbación de la conciencia.

En el criminal nato, en el bruto, la voluntad ha sido perturbada, ya por herencia o ya por educación, desde su origen. En los demás hombres esa perturbación la estima momentánea, accidental y pasajera. Pero el crimen es *siempre* una perturbación de la voluntad y eso es *siempre* síntoma morboso.

Así, pues, discurren, no hay *jamás* responsabilidad verdaderamente entera, porque del mismo modo que la fiebre prueba la enfermedad, el crimen prueba la locura.

Esta tesis, en el más abstracto y elevado concepto científico, no deja de tener su fundamento, siquiera las leyes positivas no lo hayan admitido; aun así, es verosímil que ni en mucho tiempo lo admitan.

El Dr. Legrain dice: Esta concepción de una responsabilidad atenuada no es más que una manera cómoda de encubrir nuestra ignorancia. Cuando se duda o no quiere aventurarse una opinión firme, se sale divinamente del paso encontrando un término medio, que parece arreglarlo todo. Esta especie de seccionamiento del alma en dos partes, conduciría a lo que otro médico ilustre preconizaba:

«Cuando un individuo haya expiado en prisión la parte de penalidad que corresponda a su media responsabilidad, se le llevará, para tratar su otra mitad, a una casa de salud».

El solo enunciado de esta teoría demuestra lo absurdo de ella y que, cuantos la sostienen, mas que hombres prácticos, conocedores de la vida y perfectos defensores de la sociedad, son idealistas, soñadores, que, en la lucha por la existencia, no han tropezado, por su suerte, con un crimen ni han tenido que luchar con las asperezas del mando.

SEIS NIÑOS AHORCADOS



fuerza de registrar crímenes, siempre creemos el más horrendo el último de que damos cuenta, y siempre otro más reciente viene a superar en maldad a los anteriores. Las causas más fútiles ocasionan catástrofes inexplicables. Cuando está de por medio el robo, el hambre, la venganza en la persona que ha inferido un mal grave, la honra difamada, el buen nombre comprometido, etc., etc., pasen, pues aunque el crimen le vituperemos, halla en cierto modo explicación; será perverso, cruel, odioso, pero hay un pretexto.

¿Pero qué explicación podemos darnos del siguiente, horrible entre los más horribles crímenes?

En un pueblecito de Dinamarca, vivía como criada de una casa de labor una mujer, madre de tres niños,

El dueño de la granja tenía otros tres, y bajo el mismo techo todos hacían vida común, reinando paz en aquel, hasta entonces, tranquilo hogar.

Ignóranse las causas, pero es lo cierto que la criada fue despedida de la casa, fijándosela, sin embargo, un plazo para que la abandonara, plazo no corto, que fue causa de los males que después se lamentaron.



No se avenía la mujer a abandonar aquella que consideraba como propia morada, y cuando el plazo iba a expirar y viendo que fatalmente tenía que marcharse, puso en práctica el horrible crimen que en las largas horas entregada a meditaciones, concibió como venganza.

Decidió morir.

Mas antes de hacerlo resolvió matar a los tres hijos del labrador y a los tres suyos.

Provista de siete fuertes cuerdas se encerró en un cuarto con las seis criaturitas, aprovechando la ausencia del granjero.

Cogió al primero de los niños que se la vino a la mano, y pasándole el nudo corredizo por el cuello, le suspendió de una viga, ahorcándole. Las lágrimas, los lamentos, las súplicas de la víctima y de los otros cinco niños no conmovieron a aquella tigre; al contrario, con sangre fría que espanta, cogió otro niño y con otra cuerda le ahorcó igualmente, y así sucesivamente fue ahorcando a las restantes criaturas, viendo balancearse los cuerpecitos de sus seis víctimas y gozándose de su hazaña, que consideraba la más justa venganza.

La séptima cuerda entró en funciones, y pasándosela por el cuello, después de atada a otra viga, se ahorcó también.

Cuando el labrador y los vecinos llegaron para violentar la puerta, quedaron espantados ante aquel indescriptible cuadro; el terror les inmovilizó en su sitio, no daban crédito a lo que veían.

Nosotros una vez más repetimos: ¿hasta dónde ha de llegar la perversidad humana? ¿Cabe un crimen más horrendo? Ya no nos atrevemos a contestar negativamente, porque acaso en el número próximo registremos una crueldad mayor.

UNA NIÑA COCIDA EN VIDA



N espantoso suceso llena en estos momentos de terror a los habitantes de L'Aunay.

Un monomaniaco hasta entonces y furioso loco después, concibió la idea de vengarse de los esposos Lavazay; el móvil no se ha determinado bien; pero se supone sea el desvío de la esposa hacia el loco, que sentía por ella un afecto más que natural.

Con la tenacidad peculiar en los locos, atisbó la ausencia de los esposos, y penetrando en la casa, hayó sola en su cuna a una niña de tres meses.

El loco cogió la niña, y como viera próxima una tuba de lejía, llena de agua cociendo, sin vacilar zambulló al angelito y cuando le pareció, volvió a sacar la niña y a ponerla de nuevo, en su cuna.

Como la cosa más natural, salió de su casa y a cuantos

hallaba al paso les iba contando su fechoría. Llegó a oídos de la madre y desolada acudió a su casa presurosa, comprobando su desgracia.

La niña aun vivía, pero en tan lastimoso estado, que la caja del cráneo la tenía medio abierta, efecto de la cocción que sufrió en la caldera. A los pocos momentos murió la inocente víctima.

Y ahora decimos nosotros:

¿Hasta cuándo están obligadas las personas que poseen su juicio sano a sufrir las impertinencias y malas inclinaciones de los degenerados? Una compasión mal entendida sostiene en plena sociedad, haciendo vida común con las gentes, a multitud de degenerados, chiflados, maniáticos, locos pacíficos o como quiera decirseles, que todos estos nombres reciben.



La compasión está realmente mal empleada, porque esos seres deben estar encerrados o en establecimientos de curación. Todos conocemos algunos, todos los toleramos, y luego son los lamentos cuando ocurren casos tan desgraciados como el que hemos referido.

PENA CAPITAL HISTÓRICA



BIEN a menudo las ejecuciones capitales, con su terrible ejemplaridad, producen, sin embargo, efectos contrarios a los que de ellas se esperaban. La vista de un suplicio en determinadas condiciones obliga a ceder el recuerdo del crimen ante el sentimiento de la piedad que el condenado inspira.

Podíamos citar recientemente, en comprobación de este hecho, lo ocurrido en Don Benito (Badajoz), con los famosos asesinos de la infeliz joven y su madre, crímenes que tan frescos están todavía en nuestra memoria. La torpeza del verdugo prolongó el tormento en términos tales, que borrando de la conciencia popular la idea del asesinato, se lo perdonó a los culpables al verlos sufrir.

La historia criminal presenta un caso extraordinario como ninguno otro, ocurrido en Francia en 1851. Un tunante, Montcharmont, había asesinado a dos gendarmes y un guarda jurado. Conducido al patíbulo, resistióse con energía y no quiso dejarse matar. Conociendo el verdugo su impotencia,

llamó a un segundo en su ayuda, también en vano. Sólo después de *medio día de trabajo y de espantosos esfuerzos* pudo llegarse a la ejecución, y así el horror que el pueblo tuvo por el condenado se transformó en la más tierna piedad.

Este hecho dio origen a una prisión de seis meses contra Carlos Hugo, hijo del famoso escritor Víctor Hugo, por publicar un artículo contra la pena de muerte y contra lo sucedido, y la sentencia se dictó a pesar de la hermosísima defensa que su padre hizo en una oración como todas las suyas, fogosa e inspirada, que por reflejar, además, exactamente el caso, reproducimos.

Decía el poeta: «Un hombre, un condenado, una miserable criatura es llevada una mañana a una de nuestras plazas públicas; allí encuentra el cadalso. Se revuelve, se resiste, rechaza la muerte, es joven todavía, tiene veintinueve años apenas. ¡Oh Dios! Bien sé qué va a decirseme: «Es un asesino»; pero escuchadme; los verdugos se apoderan de él, que tiene los pies y las manos atadas, y así como está, su sentimiento de la vida los rechaza. Una lucha horrible se empeña. El condenado apoya sus pies agarrotados en la escalera patibularia y se hace fuerte como puede; la lucha se prolonga; el horror invade al pueblo que la presencia; los ejecutores, con el sudor y la vergüenza en el rostro, pálidos, anhelantes, terrorificados, desesperados, encorvados bajo el peso de esa reprobación pública, hacen esfuerzos salvajes: preciso es que la ley impere.

El hombre aprovecha un momento de ventaja que le permite aproximarse a la barandilla, y allí, con voces, con lágrimas, con aullidos de dolor, pide gracia, clemencia, el santo perdón. Sus vestidos están desgarrados, sus espaldas desnudas arrojan sangre, y resiste siempre, siempre.

Después de tres cuartos de hora de este esfuerzo monstruoso, de este espectáculo sin nombre, de esta agonía, agonía para todo el mundo —entendédlo bien—; después de este siglo de angustia, se lleva al miserable otra vez a la prisión. El pueblo respira; el pueblo, que tiene prejuicios de vieja humanidad

y que es clemente porque se siente soberano, ese pueblo cree ya al hombre salvado. Pero no. La guillotina ha sido vencida, mas sigue en pie, sigue en pie en medio de una población consternada. Por la tarde tórnase nuevo refuerzo de verdugos; se ata fuertemente al hombre, hasta conseguir que no sea mas que una masa inerte, y cuando la noche se acerca, condúcesele otra vez a la plaza pública, llorando, tiritando, ensangrentado, demandando la vida, llamando a Dios, llamando a su padre y a su madre, llamando a sus amigos, a las personas caritativas, porque ante la muerte este hombre se ha convertido en niño. Así, sin posible resistencia física ya, se le arroja en la báscula y cae su cabeza.

Un clamor general se escapa entonces de todas las conciencias; jamás la muerte legal había aparecido más cínica y abominable; cada uno se sintió solidario de esta cosa lúgubre que acababa de cumplirse; cada uno sintió dentro de sí como si viera en plena Francia, en pleno sol, la civilización insultada por la barbarie.

Y en este momento, un grito sale del pecho, del corazón, de las entrañas, del alma de un joven; un grito de piedad, un grito de angustia, un grito de horror, un grito de humanidad. ¿Y castigaréis este grito, señores jurados? En presencia de los espantosos hechos que acabo de reseñar, no es posible.

Hay que convenir en que la pena de muerte, practicada de ese modo, corrompe el sentido moral de los espectadores, altera el sentimiento de la dignidad humana, y dejando de ser moral, pierde uno de los más sagrados elementos de su legitimidad.

ACRÓBATA MUERTA

EL círculo de la muerte costó la vida en Madrid a la intrépida miss Mina; aún lo recordamos; parece que se siente el funesto hecho del circo.

Aquella excentricidad ha sido sucedida por otras y otras, y no es en España donde tienen el mejor asiento tan arriesgados ejercicios.

Nos acredita de buen gusto y de mejores y más nobles sentimientos que los de los países donde se aclimatan con sobrada facilidad.

Véase un ejercicio tan raro, tan fantástico y tan expuesto como no soñara fantasía de imaginación calenturienta.

Figurarse una plataforma circular, sostenida por cuatro varales, igual que un palio, y cada uno de estos cuatro palos sostenido por un ciclista, que corre la pista de un circo; ya tenéis, amados lectores, idea de un círculo a la altura de los últimos palcos de un teatro; círculo móvil cuando se ponen en marcha los cuatro ciclistas, que le sostienen con sus largos palos.



Pues en ese círculo elevadísimo e inseguro es donde en el hipódromo de Belfast (Holanda), hacía sus ejercicios la ciclista mademoiselle Mongenrott.

Lo que tenía que suceder, sucedió: hace pocos días la artista de tan diabólico ejercicio dio en el suelo con sus huesos, y de tan grande altura, que muerta quedó en el acto.

¡Oh portento de la civilización!

QUINCENA CRIMINAL

SÍ es cierta la tesis de que la elevación de la temperatura predispone los ánimos al crimen, nunca como ahora se ha visto confirmada: a un aumento excesivo y violento de la escala termométrica, ha correspondido una serie ininterrumpida de asesinatos, robos, atropellos y demás formas de delincuencia.

Dominando sobre todas, aparece la muerte de la infortunada Vicenta Verdier, hecho triste que excita la pública curiosidad, obliga a la Policía a penoso trabajo de investigaciones y da margen a las críticas fáciles y baratas a que se entrega la prensa diaria en su consuetudinaria tarea de desacreditar nuestra administración de justicia, a la que se encarga de hacerla imposible, por otra parte, siempre que no obra de acuerdo con las indicaciones de los rotativos ó cuando no les permite inferencias indebidas.

El descubrimiento de los crímenes es cosa complicada siempre; más difícil en capitales populosas, y lo es aun más, cuando la víctima, por su género de vida y por sus condiciones de moralidad, vive alejada de cierto círculo y dentro de un

aislamiento que veda toda información exacta.

¡Cuándo aprenderemos a respetar a nuestros Tribunales a dejarles hacer, a tener confianza en ellos y a dominar nuestra impaciencia! No todos los crímenes se descubren ni tampoco todos los descubiertos lo son inmediatamente.

CRIMINAL MUERTO



DIFERENCIAS de cierto orden hicieron que Antonio Rivas Fontanes, vecino de San Jorge (Pontevedra), disparara dos tiros de revólver contra su padre y tres tiros más sobre un convecino, al que causó otras tantas heridas de gravedad.

Noticioso el cabo comandante del puesto de la Guardia civil, D. Domingo Álvarez Fernández, acudió al lugar del suceso, con el guardia segundo D. Ramón Gouzález Nogueira, para detener al criminal, que seguía amenazando a cuantos se ha-

llaban próximos. Requerido para detenerle, aparentó no presentar la menor dificultad y salió de la casa; pero en el momento de poner el pie en la calle, adelantó la mano derecha que llevaba a la espalda y disparó varios tiros contra la pareja, atravesando uno la pierna derecha del cabo y dando otro al guardia en el costado izquierdo.

La casualidad de tocar la bala una costilla hizo que la muerte no fuera instantánea, pues comprendida la herida en la zona del corazón, el resultado fatal no tenía remedio; resultó lesionado, además, por otro proyectil que le rozó la cabeza.

Tan rápido como el ataque y a pesar de lo violento y certero de él, fue la represión; el guardia Nogueira, no obstante sus heridas, no se amilana; lánzase contra el criminal, el cual, sin dejar el arma de la mano, se defiende con rabia; una lucha cuerpo a cuerpo se entabla entre los dos; a los esfuerzos del guardia responde el agresor con los suyos, duros y enérgicos; la inferioridad de aquél, por sus heridas, la salva con un valor poderoso; pero como el adversario era casi hercúleo, las dificultades de vencimiento se hacían cada vez mayores; por último, la intervención del honrado vecino de la localidad Ramón García Pazo, facilita que el cabo diera término al combate disparando su fusil sobre el agresor y causándole la muerte.

Este servicio ha sido celebrado en toda la comarca, en la que se elogia la conducta de la pareja; S. M. el Rey, que con tanto interés sigue todo lo relativo a la Guardia civil, la ha felicitado por telégrafo, ha pedido diarias noticias del estado de los heridos y los ha recomendado para la debida recompensa. ¡Bien la merecen!



MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 816

NO FIARSE DE LAS MUJERES DE PESO



UANDO os recomienden (nos referimos a aquellos de nuestros lectores que, por su fortuna, no hayan oído de cerca la epístola de San Pablo) que elijáis por esposa una mujer sesuda, de las llamadas de peso, no os fiéis, que hasta estas tienen quiebras.

En la patria de los despropósitos, en los Estados Unidos, vive una jamona, mistress Mary Tumble, y la tal *yanka* pesa *solamente* 180 kilos.

Esta sílfide se dedicaba a patinar en un gran salón de este *sport*, acompañada de su octavo marido. Y, léasenos bien, no es que tuviera ocho, sino que el actual hace ese número, por fallecimiento sucesivo de siete infelices que le precedieron en el nada envidiable papel de cónyuge de los susodichos 180 kilos.

Un esposo de una señora así nada tiene de particular que no esté bien equilibrado, y esto es lo que sucedió, que perdió el equilibrio, cayó al suelo, y como fuera seguido de cerca por casi una tonelada de esposa, ésta, tropezando con él, cayó al suelo; decimos mal, porque al suelo no fue, y mejor fuera que así hubiera sucedido, porque donde dio con su humanidad, si es que puede ser humano tener de peso 180 kilos, aunque sea yanqui, fue encima de su marido, a quien aplastó en su caída, fracturándole la nariz.

El pobre hombre está inconsolable por la pérdida total de sus narices; pero aún tiene que dar gracias a Dios, que salió vivo del lance.

No lo cuenta así su antecesor, séptimo marido, a quien mató inconscientemente la pesada *yanka*. El lance fue curioso: con su peso rompió un muelle de la cama, y plegándose ésta

de manera fatal, causó la muerte al séptimo de tanda.

Ya, lector, que estás avisado, reflexiona sobre los inconvenientes de elegir esposa que pase de un peso prudencial.

UN AÑO DESPUÉS

SUCESO de tanta importancia como la vista del proceso instruido por la explosión de la bomba de la calle Mayor no podíamos dejar de anotarlo, siquiera demos de lado pormenores que han sido ya publicados por la prensa diaria.

Las tres figuras principales de este espantoso drama van unidas. Ferrer, por la intervención previa que se le atribuyó; Nakens, por la que posteriormente tuvo, y Soledad Villafraña, por el sello especial que sus manifestaciones nos producen, particularmente, descubriéndonos sentimientos o pasiones de aquel monstruo cuyo paso por la vida debió ser algún error de la naturaleza, forman un grupo histórico que el mármol, el pincel y la pluma perpetuarán en el correr de los siglos, para la más extraña, variada y contradictoria contemplación de las generaciones.

Los demás, personajes secundarios, secuaces algunos declarados inconscientes, ahí quedan también como ejemplo vivo de lo que es la pasión ciega y de los extravíos a que conduce la idea política.

No ha respondido la pública expectación a la magnitud del drama, el mayor tal vez de los que los Tribunales españoles han juzgado en el pasado siglo; pero todavía ha sabido mantener fija la atención de todos y seguir con interés el curso de la vista.

En ella ha podido observarse lo de siempre: falta de entereza para testimoniar y para facilitar el juicio. Una nota valiente, decidida, resuelta, hubo tan sólo: la declaración del teniente coronel, jefe de la comandancia de la Guardia civil de Barcelona, D. Leoncio Ponte Llerondi, el cual sin eufemismos, sin rodeos ni ambages, expresó de modo leal y



FERRER, SOLEDAD VILLA-
FRANCA, NAKENS

franco la opinión, que ha resultado equivocada, de que Morral había obrado de acuerdo y de concierto con el procesado Ferrer.

En medio de las dudas, de los temores, de los sobresaltos corrientes, este rasgo viril, equivocado y todo, merece toda clase de alabanza; así y no con egoístas temores es como se ayuda a resolver a los Tribunales y como se ilustra la opinión.

Las sesiones se han deslizado con sencillez e imparcialidad plausibles; por eso es más inexplicable y por eso es más reprehensible la actitud en que parecían colocadas las sociedades obreras de la Coruña, dispuestas a la huelga si los procesados resultaban condenados.

¿Qué concepto tendrán de la justicia, de la libertad de acción de los Tribunales, del principio de autoridad y de las funciones del Estado?

La enérgica resolución del Gobierno conminando con la disolución de las sociedades si aquella amenaza se realizaba, aun mereciendo nuestra alabanza, todavía nos parece poco; la coacción existía ya desde el momento en que la especie se lanzó y la coacción continuaba desde que la idea no se desechaba; toda contemplación con quienes tal abuso hacían del



MARTÍNEZ



IBARRA



MATA



MAYORAL

número y tal desconocimiento demostraban de las leyes y del respeto debido a la justicia, es esencialmente nociva.

Las sociedades obreras vienen probando hace algún tiempo que lejos de pretender vivir la vida del derecho que continuamente invocan, aspiran a sobreponerse a todo cuanto derecho significa, y si puede ser simpática, por justa, su situación a veces, otras sólo consiguen la odiosidad, porque incurren en lo mismo que censuran, esto es, en una absorbente y repugnante tiranía.

La justicia de los hombres ha cumplido su misión respecto de aquel espantoso crimen; podrá o no satisfacer a todos la forma en que lo ha hecho; pero todos habrán de someterse a aquel fallo que dijo el poeta, el fallo de «El tribunal de Dios y el de la Historia».

Cese ya la pasión; dejad que el tiempo, aclarando las cosas y dulcificando los hechos, diga sobre estos tristísimos que comentamos su última, su definitiva y suprema palabra. En tanto, tengamos para las víctimas una oración y una mirada compasiva para sus familias.



LA CRIPTOGRAFÍA DE LOS MENDIGOS



ECIENTEMENTE se descubrió que los sastres ingleses tenían ciertos signos especiales, mediante los cuales sabían qué clase de pagador era el nuevo cliente: con sólo examinar algunas puntadas, hechas de manera especial, aparecía la declaración deseada.

Otro tanto ha sucedido con los empleados de los hoteles. Según el modo de pegair la etiqueta en los baúles, avisan los camareros a sus compañeros de los demás hoteles si el huésped da o no propina, si es molesto, considerado o exigente.

Ahora acaba de revelarse otro modo de entenderse e informarse los pordioseros de profesión. Esta inteligencia se realiza mediante algunos signos convencionales que la hacen comprensible para los de todos países, y que no pueden producir ninguna sospecha en los no iniciados.

Tal código secreto profesional se emplea especialmente en las ciudades, donde el riesgo de la detención por la mendicidad y la vagancia es mayor que en la población rural, y contiene las listas completas de las personas caritativas, a las cuales puede acudir.

Las indicaciones criptográficas (*escritura convenida*) se colocan, generalmente, sobre las puertas de las casas, al lado opuesto del llamador y a una altura media de 1,50 metros del suelo; se hacen con tiza, pequeñas y poco visibles, para que sólo puedan serlo por el ojo experto del mendigo habitual.

Así, cuando un honrado y bondadoso vecino se extraña del gran número de pobres que llaman a su puerta, contrastando con otras a las que nunca acuden, no sabe que es porque al lado de aquélla hay

○ *un circulito*, que anuncia su condición caritativa,

° *o dos círculos unidos o entrelazados*, indican que la casa es muy buena. En cambio, ante

† † † *tres crucecitas*, el mendigo no se arriesga a pedir, porque sabe que allí habita un agente de la autoridad que puede detenerle;

† *una cruz sola*, pequeña, advierte que no se da limosna;

□ *un cuadradito*, señala que el dueño es duro de pelar;

†† *dos cruces unidas o acaballadas*, peligro probable.

△ *un triángulito*, la presencia de una señora de edad y caritativa.

□□ *dos cuadraditos unidos o entrelazados*, dicen que la limosna sólo se consigue a fuerza de constancia.

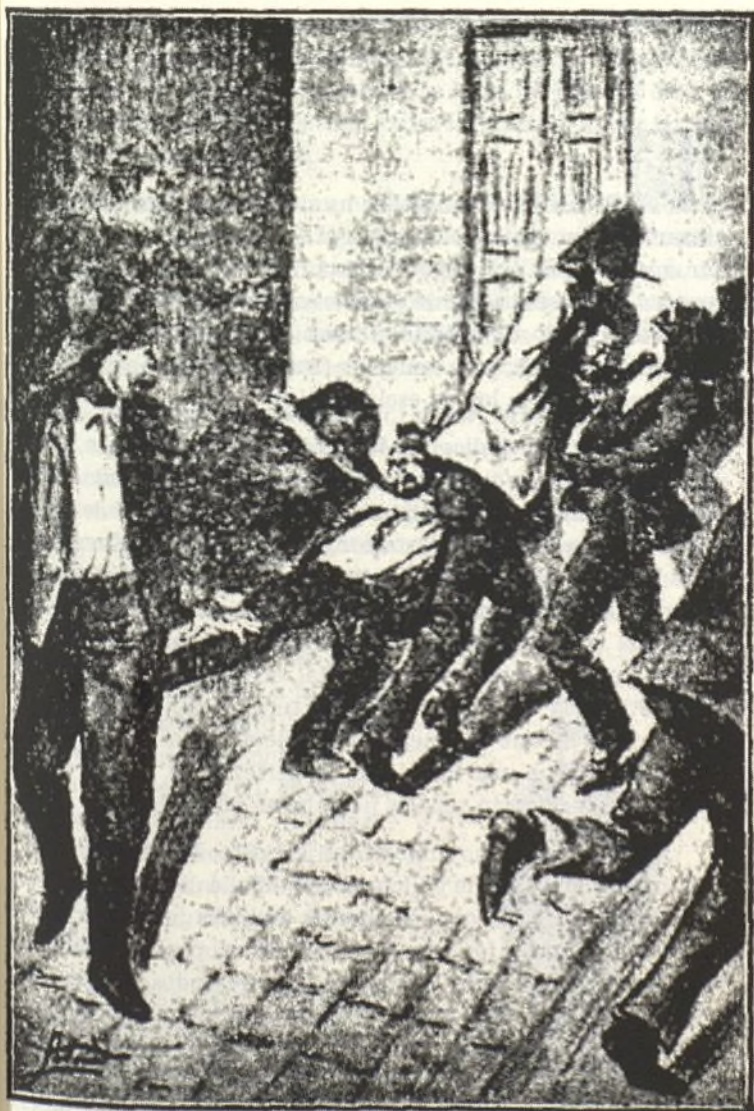
En las poblaciones rurales de alguna importancia,

□ *un cuadrado*, sobre el cual hay una pequeña pala diagonal, anuncia que el pobre tiene que emplear algún tiempo y revestirse de paciencia antes de conseguir la limosna.

Observación curiosa:

En las ciudades no se encuentra nunca la pala, lo cual indica que el mendigo profesional de aquéllas está menos dispuesto al trabajo y que quiere obtener la limosna sin emplear tiempo ni fatiga.





RIÑA DE APACHES

CRIMEN EN CARABANCHEL



FECUNDA en crímenes ha sido la quincena acabada de terminar. Entre ellos se destaca el cometido en la Guindalera: un marido brutal, después de martirizar largos años a su pobre esposa, la asesina cobarde y alevosamente; el otro, alcanzando el mismo grado de odiosidad también, excitó aún más la expectación pública; y en ambos la fortuna ha acompañado a los encargados por la ley de esclarecerlos.

La prensa periódica los ha relatado extensamente, por lo que hemos de ser parcos en los detalles. Contrayéndonos tan sólo al segundo, diremos que en la madrugada del 6 del actual apareció muerto, en la estación denominada de Buenavista, que la Compañía de tranvías tiene en Carabanchel, el anciano guarda Juan García, encargado de vigilar la caja en que se custodia la recaudación del día precedente; seccionada la yugular, con dos heridas en el occipital, otra en la base del cráneo y la última en el esternón, con fractura de una costilla, claramente se veía que la muerte fue violenta, y en lo posible defendida, porque una navaja de la pertenencia de la víctima, aparecía abierta, sin señales de haberse utilizado.

Pusiéronse en movimiento el Juzgado, la Guardia civil y distintos elementos de policía; como detalle digno de anotarse, registraremos el de que los agentes ciclistas jugaron muy importante papel en los primeros momentos, prueba inequívoca de que la Policía debe modernizarse, sirviéndose, como venimos pidiéndolo, de cuantos elementos proporcione la industria: el bien público lo merece y lo exige. Hubo temores de que este crimen permaneciera en el misterio; la opinión, más dispuesta a creer en el fracaso que a alimentar la idea de 105 éxitos, supuso que nada se esclarecería; para nosotros, en cambio, era tan seguro el descubrimiento, que hasta afirmábamos

que tendría lugar seguidamente. Para abrigar tal confianza decíamos un nombre que constituye una garantía; el del teniente Don José Blasco del Toiro, jefe de la línea de Guardia civil de Carabanchel, nombre que sonó ya interviniendo, al dar las primeras noticias del suceso.

Todos han rivalizado en habilidad, inteligencia y buen deseo; todos han merecido la gratitud de las personas honradas; pero para nosotros érannos tan conocidos los recursos, los triunfos y los entusiasmos del teniente Blasco, acreditados en cien servicios anteriores, que en él fijábamos nuestras miradas y en él fundábamos nuestras seguras esperanzas.

No nos hemos equivocado. El autor, Máximo Vidal, cuyo retrato publicamos, ha sido detenido y ha confesado. Según sus mismas explicaciones, por todos sabidas, el robo para poderse casar fue el incentivo; la traición y el engaño, los medios de que se valió, ya que hagamos caso omiso, para calificarle más duramente, de la superioridad con que siempre se encuentra un joven de veintidós años sobre un anciano de setenta.

Fueron auxiliares del Juzgado y contribuyeron a tan feliz resultado, secundando las órdenes suyas y del teniente, el sargento D. José Pelegrí, el cabo D. Emilio Llopis Hilario, y los guardias D. Bonifacio Gutiérrez Zorrilla, D. Vicente Florín San Juan, D. Román Gayoso Álvarez y D. Felipe Serrano Pérez.

Todos han sido felicitados por las autoridades y el vecindario y todos han merecido una recompensa que quisiéramos ver otorgada.





en Son
holgar
tas ha
y Cast

Un
extrem
guir la
cipales
cesión
llegar

Lo
zóse p
puebl

Por
tencia

El
blema
Portug
protes

Y e
rración
socio
a títul
el clás
contra

Se
de la p

PRISIONES DEL CRIMEN



CONDENADOS a muerte en Don Benito, en Ceclavín, en Soria, la siniestra figura del verdugo apréstase a salir de su holganza para ejercer las trágicas funciones que tantas protestas han levantado a propósito de la torpe ejecución de Paredes y Castejón.

Una ráfaga de muerte ha cruzado estos días por los pueblos extremeños y por la provincia castellana, amenazando extinguir la vida de los condenados. Comisiones de personas principales, instancias llenas de firmas, telegramas urgentes, intercesión de los prelados, se han unido en clamoroso coro para llegar hasta las gradas del trono pidiendo el perdón de los reos.

Lo que no se ha conseguido para los de Don Benito, alcanzó para los de Ceclavín y el patíbulo no se ha alzado en el pueblo extremeño.

Pocas veces ha coincidido el cumplimiento de tantas sentencias de pena capital.

El momento es preciso para plantear una vez más el problema de la abolición absoluta de una pena que no existe en Portugal, que no existe en Rusia, y de la que implícitamente protesta la opinión cuando pide el indulto de un reo.

Y es que «la muerte del hombre por el hombre es una aberración moral», como decía un notable pensador. Es que la sociedad no tiene derecho sobre la vida del ciudadano más que a título de un supremo interés social. Únicamente invocando el clásico aforismo: *salus populi suprema lex*, puede atentarse contra lo que constituye una exclusiva prerrogativa divina.

Será menester, por lo tanto, examinar si el mantenimiento de la pena de muerte en nuestro Código, sirve de salvaguardia

a los grandes principios sociales.

Siendo evidente que no hay derecho a disponer de la vida del prójimo, únicamente podría tolerarse la trasgresión si la pena de muerte proporcionase un bien colectivo: la ejemplaridad. Pero ya hemos demostrado, en otra ocasión que ésta no existe, que el terror que debiera producir la terrible pena no hace decrecer la estadística criminal, por la sencilla razón que ningún malhechor admite la hipótesis de que su delito sea descubierta, y porque las pasiones y los instintos criminales se sobreponen a todo. Así se ha dado el caso de haberse cometido un asesinato inmediatamente después de presenciar una ejecución.

Conocido es nuestro criterio acerca de la última pena, criterio compartido por la gran masa de nuestros suscriptores en un cuestionario que a su consideración sometimos en el número de 1º de febrero de 1904.

La pena de muerte, que cada vez se aplica menos, debe abolirse en absoluto, y acaso ya lo estuviera de haber continuado en el poder un ilustre hombre público.

La frecuencia con que se registran errores Judiciales, es un argumento capaz por sí solo de suprimir la pena de muerte. Los ejemplos que la realidad pone ante la conciencia de los jueces, ha de someterlos a espantosas perplejidades cuando deban imponer la pena de muerte con arreglo al Código penal.

La pena capital no es remisible. Puede volverse desde el presidio; no se vuelve desde la eternidad.

LA CRIMINALIDAD EN MADRID



A estadística, con su elocuencia incontrovertible, nos demuestra que la criminalidad va en aumento en la corte. Los siguientes datos prueba que es forzoso adoptar atinadas medidas de gobierno para que cese de subir la creciente marea del delito.

Causas instruidas por los Juzgados de Madrid.

Año 1903.		Año 1904.	
Universidad	445	Universidad	477
Buenavista	465	Buenavista	566
Chamberí	506	Chamberí	542
Inclusa	518	Inclusa	565
Palacio	524	Palacio	579
Hospicio	558	Hospicio	664
Congreso	671	Congreso	573
Latina	699	Latina	624
Hospital	764	Hospital	753
Centro	978	Centro	1.023
TOTAL	6.128	TOTAL	6.366

¿CRIMINAL O LOCO?



DESDE Suterraña (Lérida), nos dan cuenta de un horrible crimen cometido en aquel pueblo.

Francisco Mestre, casado con la hija del alcalde de dicho pueblo D. Pedro Mir, vivía en casa de sus suegros con su mujer y un niño de dos años, fruto del matrimonio.

Una noche en que la familia se hallaba reunida junto a la escalera, sin que mediara disputa, ni nada justificase el hecho, el yerno, prorrumpiendo en estrepitosa carcajada, acometió con una navaja de afeitar al suegro, causándole una terrible herida en la garganta. La madre y la hija de la víctima acudieron en su auxilio dando gritos de horror.

Francisco Mestre, excitado por los gritos de su mujer y de su madre política, cogió una hoz y con ella arremetió al grupo, causando nuevas heridas al suegro y a las dos mujeres: milagrosamente pudo salvarse el niño sin lesiones.

Acudieron varios vecinos, y uno de ellos, Antonio Regón, valiéndose de un barrote de madera, trató de intimidar al asesino, quien, blandiendo la hoz en actitud fiera, se mostraba dispuesto a proseguir sus fechorías. No se arredró el Regón, y acometió al asesino, parando con el barrote un tremendo tajo que le dirigiera el criminal, por el cual quedaron rotos la hoz y el barrote. Indefenso Francisco Mestre, y viéndose perdido, trató de suicidarse con la misma navaja que antes esgrimiera contra el suegro, sin hacerse más que una ligera herida.

Cuando los vecinos lograron llegar hasta el lugar del crimen hallaron al asesino tendido en el suelo, al lado del cadáver del infortunado alcalde.

La suegra y la mujer del Mestre presentaban heridas, la

das, la

La forma en que se desarrolló tan espantosa tragedia hace presumir que el crimen relatado es la obra de un loco.

LA BESTIA HUMANA



EN un pueblo de la provincia de Barcelona se ha cometido un repugnante delito, que acusa la bajeza del instinto, colocando a un ejemplar de la humana especie al nivel del bruto inundo.

Una pobre mujer se presentó en el cuartel de la Guardia civil de Martorell denunciando que en San Pedro de Riudevella un sujeto, cuyo nombre ignoraba, había violado a su hija, niña de siete años, amenazándola después con la muerte si comunicaba a sus padres lo ocurrido.

Reconocida la niña y certificado por el módico el bárbaro atropello, dispuso el digno y celoso jefe de la línea, D. Modesto de Lara Molina, que toda la fuerza franca de servicio saliera en distintas direcciones para proceder a la detención del criminal, quien, según noticias, dirigíase a Barcelona, consiguiendo los guardias primero D. Vicente Ballester Montesino y segundo Manuel Vega Peláez detenerlo en la travesía de Molins de Rey, a 11 kilómetros de Martorell. Conducido el cuartel e interrogado por el señor oficial, se confesó autor del hecho. El miserable se llama Francisco Lintón Rubio, de veintitrés años, natural de Sarviá (Lérida), prófugo y paraguero de oficio. Al conducirlo a la cárcel costó gran trabajo a la Beneficencia defenderlo de las iras populares en el colmo de la indignación contra el infame que ya está bajo la acción de la justicia, gracias a las acertadas disposiciones del teniente D. Modesto de Lara y de los guardias primero D. Vicente Ballester y segundos Paulino García, Juan Ávila, Manuel Vega y Dimas Baraja, que secundaron perfectamente las órdenes de su jefe.

Es la bestia humana sin freno para sus brutales apetitos;

sin dis
bundo
tos al
y que,
rían u

Al
ferozn
mos co
ración
la civil
una re
mayor
gístrar
ocupa,
aquella
jado p

En E
Profe
sobre
jetos d

sin disciplina social, sin noción del bien. Uno de tantos vagabundos fuera de la ley, fuera de la sociedad, siempre dispuestos al crimen, hacia el que les empuja su codicia o su instinto y que, a no ser por la vigilancia de la Guardia civil, constituirían un formidable peligro en el campo.

Al contemplar a la pobre niña, a la infeliz Merceditas, tan ferozmente ultrajada, la sangre se agolpa en el rostro, y sentimos contra el criminal esa ira enemiga de la piadosa conmiseración que el divino Maestro aconsejara. Es triste cosa que a la civilización vayan aparejados estos signos de barbarie, como una remembranza ancestral, tanto más pronunciada cuanto mayores el grado de cultura de un país. En el extranjero registran con lamentable frecuencia hechos como el que nos ocupa, repugnantes crímenes para los que se echa de menos aquella antigua legislación que entregaba el criminal al ultrajado padre para que éste le aplicara la pena.



En El Cairo se ha descubierto una escuela de ladrones y asesinos. Profesores conocedores del arte de robar, ejercitaban a muchachos sobre un maniquí provisto de abundantes campanillas a sustraer objetos de modo que no sonara ninguna. Los aprovechados profesores, con sus discípulos, fueron puestos a buen recaudo.

EL CORAZÓN DE LOS DECAPITADOS



UNA mujer de cuarenta y ocho años fue decapitada. La supliciada no padecía en vida ninguna afección patológica; cuando la cabeza quedó separada del tronco, cayó en un saco, juntamente con una gran cantidad de sangre que había brotado de la carótida.

Dos doctores hicieron extraer del saco litro y medio de sangre próximamente, y de ella sacaron la fibrina. A las ocho y doce minutos de la mañana el cuerpo se trasladó a una celda de la cárcel; en el corazón se advertían contracciones débiles, los movimientos de las aurículas eran bastante regulares, pero la contracción del ventrículo izquierdo apenas se percibía.

El corazón fue separado del cuerpo a las ocho y quince minutos, y la arteria coronal se lavó con una solución de agua salada a 35 grados centígrados, hasta que el fluido del corazón quedó incoloro totalmente. En este instante la viscera no mostraba ninguna señal de movimiento; se lavó con una solución especial, y entonces se produjo una contracción en todo el órgano.

A las ocho y treinta y dos se introdujo en el corazón la sangre sin fibrina, filtrada y caliente, y al punto se advirtió una contracción regular y muy fuerte de todos los órganos del corazón. Los latidos continuaron durante algún tiempo, entonces se introdujo una ampolla de aire en la aurícula izquierda y luego en el ventrículo izquierdo. Dos horas después de la ejecución el corazón comenzó a palpar, a causa de la elevación de temperatura y de la presión desarrollada para introducir la sangre en el órgano. La entrada del fluido se intercurrió para dejar que penetrase al cabo de media hora, transcurrida la cual el corazón adoptó su movimiento ordinario, pero las contracciones disminuyeron gradualmente, y a las

once y tres segundos el movimiento había acabado totalmente.

Según esta experiencia, el corazón aislado puede latir unas tres horas próximamente después de haber sido separado del cuerpo.



RECUERDO AL COMPAÑERO

LAS ABORTADORAS

Madres que matan. Otro Huerto del Francés

PREOCUPA la atención de los habitantes de esta pequeña ciudad, y llamará seguramente la de toda España en cuanto sean conocidos, ciertos hechos escandalosos e incalificables que hace unos diez y ocho años empezaron a desarrollarse en silencio y que ahora salen a la superficie con ocasión de un crimen hace días cometido.

Madres desgraciadas, que a los dos o tres meses de concebido el fruto de ilícitos amores piensan en destruirlo para ocultar su deshonrosa maternidad. Mujeres sin alma y sin corazón, mil veces más feroces que las bestias del desierto, que prestan sus infames conocimientos y sus mismos brazos para, arrancar la existencia de seres que apenas están formados, que ni aun han visto la luz del día.

Una casa en un pueblo cercano, Herce, donde habita una de esas criminales mujeres, y un huerto donde ocultaban los pobres fetos objeto de tan bárbara operación.

Este es el boceto del cuadro que, con las naturales reservas de lenguaje que imponen la índole del asunto y la delicadeza de los lectores, me propongo desarrollar en forma concisa, porque es oportuno que todos lo conozcan y que todos alcen su voz demandando del poder judicial un castigo tan fuerte como merecen las autoras de hechos que ni los salvajes ni los más feroces animales se atreven, en su carencia de razón, a realizar con sus hijos. Estaba reservado tan asqueroso crimen a mujeres que, aunque descendientes de árabes, según me aseguran, habitan en una nación civilizada.

Claro es que los datos de que me sirvo paro escribir estas

deslavazadas líneas no pertenecen al sumario que se está formando, en cuyos secretos folios ni he pretendido entrar; son ecos formados con la opinión pública, que unánimemente execra de lo sucedido y de sus autores.

*

* *

El día 30 del pasado agosto, fiesta de precepto en este Obispado, y hacia las doce de la mañana, se hallaban reunidos en una bodega de la *Puerta de las Eras*, en esta ciudad, entre otros, Pablo Domínguez, el *Topero*, y Francisco Hernández, el *Pincherres*. Recayó la conversación sobre las mujeres, y el Pablo invitó al Francisco para que asistiera a su boda, que debía realizarse al día siguiente, añadiendo que creía obrar bien, porque así legitimaba una unión que requería con urgencia el estado de su próxima mujer, no haciendo lo que él, el Francisco, que había llevado a su novia a una casa de Herce, donde había entrado madre y salió infanticida.

Mediaron con este motivo entre ambos palabras fuertes; de pronto sonó un disparo y el infeliz *Topero* cayó al suelo mortalmente herido.

Llevaron entre varios el herido al hospital; el agresor fue preso, y conducido ante aquél, se declaró autor del hecho y añadió detalles que hicieron ver al digno juez de instrucción existían, no varios, sino muchos delitos de los que el Código penal castiga en el capítulo VI del título VIII. Aborto.

Al día siguiente se desarrolló en aquel benéfico establecimiento una escena conmovedora. Ante un sacerdote unían por unos días sus destinos el herido y su novia. En la mañana de hoy ha fallecido el primero. Su autopsia, a que asistí en parte dio como resultado que el proyectil le había atravesado el pulmón izquierdo, lesionando la médula espinal.

Como consecuencia de lo relacionado, el juez empezó a

instruir otro sumario, que está llamado a tener gran resonancia en los anales de la criminalidad.

Una de las primeras diligencias practicadas fue la de personarse en Herce el Juzgado, acompañado del ilustrado doctor Sr. Sorondo y con el auxilio de la Guardia civil, para hacer un reconocimiento en la casa de Juana Rubio, la *Chanchina*, a quien de público se señala como autora de muchas docenas de abortos provocados con violencia.

Registrada la casa, creo se encontraron los instrumentos de que la Juana se servía para realizar tan repugnantes operaciones, y en una bodega hasta siete sepulturas conteniendo restos de fetos, algunos recientes, en número de ocho o diez, que se han trasladado a este Juzgado, La Juana Rubio fue conducida a la cárcel de partido en unión de su convecino Manuel Arpón Muñoz, de oficio barbero, y que se cree cómplice de aquélla.

Durante los cuatro días que lleva instruyéndose el sumario han desfilado por el Juzgado muchas jóvenes solteras, no sólo de ésta, sino de pueblos vecinos, entre ellas la novia del *Pincherres*, Bruna Muro; Guadalupe Rodríguez, de Tudelilla, etc., y desfilaron, según se dice, otras muchas de toda la provincia, dictándose contra las que aparecieron y aparezcan culpables auto oportuno de procesamiento.

La procesada, Juana Rubio Vicente, dicen que heredó su oficio de una tía suya, Justa la *Pata*, la que a su vez lo tomó de un antiguo médico. Creo asegura, con el mayor cinismo, que le parece muy natural el ejercicio de su industria, y que no sabe por qué la encarcelan. Parece que se declaró autora de todo lo hecho, descubriendo los nombres de varias operadas, algunas de distinción, en la provincia y fuera de ella, y el de varias operadoras, cuya pista sigue el Juzgado con el debido celo.

* *

Mucho más podría añadir a lo dicho sobre este enojoso asunto, si no creyese bastante lo escrito. Pero antes de terminar quiero elogiar como se debe la celosa conducta del digno juez de instrucción D. Ignacio Bocabo, y el personal a sus órdenes; de los ilustrados médicos D. Valentín Sorondo y D. León Abeira, que han aportado a la causa sus profundos conocimientos científicos, y del simpático madrileño D. José Pastor y Rodríguez, teniente de la Guardia civil hace unos días posesionado de su cargo.

Diez y ocho años hace, según me afirman, que se vienen cometiendo hechos criminosos de esta índole, que hasta ahora han estado en la más vergonzosa impunidad; natural es que al cabo sean descubiertos y castigados cual merecen sus autores.

Al cerrar estas cuartillas, el entierro del desgraciado Pablo, el *Topero*, desfila por las angostas calles de esta vieja ciudad. Un silencio lúgubre, de muerte, lo invade todo, y unas 600 personas acompañan el frío y descuartizado cuerpo del desventurado *Topero*. No se oye nada; sólo a lo lejos se perciben los desesperantes gritos de angustia que lanza una mujer viuda, apenas casada y madre.

Arnedo (Logroño), 6-9-905.—





BANDIDOS DEL PASADO

ANT

L

tud e
minó

D
qué
desc
abisi

A
que
otros
rante
baje
terro

M
los c
en e

D
M
men

-
tajo

C
tado

-
rará

M
muc

ANTE EL PATÍBULO



AS últimas palabras de los reos de muerte y su actitud en el patíbulo revelan casi siempre la pasión que los dominó durante su vida.

Diríase que antes de convertirse en polvo desean mostrar qué llama ardió en su corazón ó trastornó su cerebro, donde descubren a veces cualidades ocultas hasta entonces en los abismos del espíritu.

Algunos marchan hacia la muerte con la resignación del que por fin espera gozar de un reposo que nunca ha conocido; otros mostrando un heroísmo del que no dieron pruebas durante su existencia; otros ostentan la vanidad, el cinismo, la bajeza que anidaban en sus almas; otros caen heridos por el terror antes de que les hiera el verdugo.

No todos los hombres saben morir de un modo viril; pero los que fueron leones no se convierten en lobos o en conejos en el instante supremo.

Los jugadores nobles pagan noblemente cuando pierden.

María Stuard no tembló ante el verdugo. Rezó unos momentos, luego dijo:

—«Ya no veré más el sol».— Y puso la cabeza sobre el tajo.

Carlos I, al oír la sentencia que le condenaba a ser decapitado, exclamó:

—«La justicia ha huido de Inglaterra. ¡Muchas madres llorarán mi muerte!».

Luis XVI, que nunca había demostrado gran resolución ni mucha entereza, subió con paso firme al tablado y pronunció

las célebres palabras:

—«Muerdo inocente de los crímenes de que se me acusa. Quiera el cielo que mi sangre...».

Un redoble de tambores ahogó su voz, y murió sin temblar.

María Antonieta, pálida bajo los blancos cabellos, murió sin espanto, sin llorar, sin pronunciar una palabra.

Todos los grandes hombres de la revolución tuvieron ánimo y palabras espartanas en la hora de su muerte. Sólo Couthon tembló.

Carlota Corday apareció serena y resignada. Cuando el verdugo quiso atarle las piernas, murmuró:

—«Os ruego que no me ultrajéis».— Se le explicó que aquello era costumbre establecida, y calló.

Camilo Desmoulins fue grande en el patíbulo como lo fuera en la vida.

—«Nuestras cabezas se verán en el cesto»—, dijo a Herault Sechélles.

Danton murió con entereza, y dijo al verdugo:

—«Muestra mi cabeza a esos estúpidos; bien lo merecen».

Madame Roland exclamó:

—«¡Libertad! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!».

Bailly debía ser guillotinado en el Campo de Marte. Pero la multitud no quiso que fuese ajusticiado allí, e hizo que la guillotina se trasladara a orillas del Sena. Era una mañana fría y lluviosa.

—¡Tiemblas!—, le gritó un canalla.

—Sí; pero es de frío—. Y murió estoicamente.

Philippe sonreía en el patíbulo. El verdugo quiso quitarle

las botas.

—«¿Para qué?»—, preguntó. —«Mejor me las quitarás *después*. No perdamos tiempo».

El conde de Egmont, decapitado por orden del duque de Alba, cubrió con su manto el cuerpo del conde de Horn y dijo:

—«¡Hasta pronto!»—. Y al verdugo: —«Rezaré por ti».

El conde de Montgomery, que mató durante un torneo a Enrique II de Francia, exclamó:

—«No debíais vengaros de este modo».

Monrey, el convencional que no había pronunciado una palabra durante su proceso, que no se dignó contestar a las preguntas de los jueces de Luis XVIII, al estar en el patíbulo, y antes de poner la cabeza en el tajo, exclamó dirigiéndose a la vil multitud: —«¡Estúpidos!».

El marqués de Ciny-Mars, y de Thou, se inclinaron ante el público, y luego se disputaron el honor de morir primero. De Thou concedió a su amigo el tremendo privilegio de precederle en la eternidad.

Gerard, el asesino de Guillermo de Orange, gritó:

—«¡Felipe de España me vengará!».

Jorge Cadoudal y Kenanewan, murieron gritando: —«¡Viva el Rey!» El duque de Enghien murió serenamente, después de recomendar a los soldados el perro que le acompañó en su triste expedición.

Joaquín Murat gritó a los soldados:

—«¡Apuntad al corazón! ¡No me destrocéis la cabeza!».

Ney: —«*¡Soldats! ¡Droit au cœur!*».

El Empecinado murió de un modo heroico, y dijo a sus asesinos: —«¡Sois unos canallas!».

El general León se inclinó, cogió un puñado de polvo y

marcó en el uniforme el sitio del corazón: —«¡Tirad aquí, muchachos!».

El marqués Paleotti dijo al verdugo, que quería atarle:

—«No me toquéis. ¡Ahorcadme; pero que no sienta el contacto de vuestras manos asquerosas!».

Lord Lovat, ajusticiado a los ochenta años, bromeó con el verdugo: —«Despachad bien y pronto, porque tengo la piel dura». Stenka Rasin, el ruso heroico que al frente de un ejército de campesinos había derrotado cien veces a los imperiales, exclamó dirigiéndose a la multitud:

—«¡Siento morir por haber defendido a unos cobardes!».



uí, mu-

arle:

el con-

6 con el
la piel
an ejer-
mperia-

des!».



Un servicio de la Guardia civil que da lugar a desgarradora escena. La pareja se lleva preso al presunto criminal, que va dentro del carro, en tanto que la infeliz esposa va detrás sollozando en la actitud implorante en que el artista la ha colocado

EL SUPPLICIO DE UNA MUJER

UN ruso llamado Polovitch habíase casado en Budapest con una mujer hermosísima, que ignoraba los antecedentes de su marido, hombre de tan depravada conducta, que dio lugar a que su padre lo arrojara de casa. Pasados dos años logró reconciliarse con su familia, observando una conducta más regular, que le había permitido seducir a la joven, cuyos padres no encontraron inconveniente para concederle la mano de su hija.

Poco tiempo tardaron en arrepentirse. Polavitch se dio a

la crápula más escandalosa, sosteniendo queridas y arrojando el oro a manos llenas. Un obstáculo vino de pronto a interponerse. La mayor parte de la gran fortuna de su esposa estaba fuera de su alcance, a consecuencia de un contrato que establecía la separación de bienes.



El marido ideó un medio infernal, de una perversidad inaudita: mandó construir en su despacho una especie de jaula, que era una reminiscencia de las celdas en que Luis XI encerraba a sus enemigos. Luego metió en ella a su mujer, en camisa, poniéndole por lecho un poco de paja. Durante tres días no le dio a comer más que pan negro, llevando su crueldad hasta el extremo de colocar delante de la desgraciada una mesa llena de los más succulentos manjares, respondiendo a las súplicas de la pobre enjaulada:

—Fírmame la renuncia a tu fortuna y saldrás de tu encierro.

rojando
nterpo-
estaba
e esta-



ad inau-
de jaula,
XI enee-
r, en ca-
tres días
crueldad
ada una
diendo a
tu encie-

Y le designaba el papel, la pluma y el tintero colocados en el suelo al alcance de la mano. Al cabo de tres días, la desventurada no tuvo más remedio que rendirse y firmar el documento, en el que renunciaba a su fortuna en favor de su marido. Polovitch le abrió la puerta. Pero el inmundó personaje no ha podido gozar de su infame combinación. Su mujer ha promovido denuncia contra él, y el miserable marido está en la cárcel esperando el fallo de los Tribunales, que seguramente será tan severo como merecido.

ESTAFADORES Y TIMADORES

HACE pocos días se descubrió en Madrid una vasta sociedad de estafadores por el antiguo, desacreditado y siempre eficaz timo del «entierro», que, aunque corre parejas con el famoso de «los perdigones» ó «del portugués», lo cierto es que aún encuentra clientes.

Momentos antes de entrar nuestro número en máquina, nos enteramos del magnífico servicio prestado por el jefe de la línea de Villarrobleto (Albacete), don Rafael Aguilar Paredes, que, auxiliado por los guardias José García Moya y Antonio Cebrián Cifuentes, ha descubierto una sociedad de estafadores que venía hace tiempo pidiendo géneros a diversas casas productoras, fingiendo un membrete de comercio establecido en Segura de la Sierra (Jaén).

La importancia del descubrimiento podrá apreciarse diciendo que son innumerables los comerciantes estafados, y que el valor total asciende a más de 30.000 duros.

La combinación, en cuyos detalles no podemos entrar por

la premura del tiempo, estaba admirablemente tramada, y a no ser por la perspicacia de la Guardia civil, los estafadores de Orcera hubieran seguido durante mucho tiempo practicando su lucrativo negocio con la mayor impunidad.



PERROS POLICÍAS LUCHANDO CON BANDIDOS

LOS

E

mor
recu
hern
dese
nuda
de s
mue

A t
se l
tod

Al
Lo

da, y a
adores
practi-

LOS DRAMAS DE LA NEURASTENIA



EN la ciudad de Brunswick un pianista que estaba enamorado de una de sus discipulas resolvió morir por carecer de recursos para casarse con ella. No solamente la novia sino la hermana, una neurasténica como el pianista, se asoció a la desesperada determinación. Después de beber champagne desnudáronse hasta la cintura para señalar el sitio en que habían de ser heridas. Cuando el pianista hubo disparado y las vio muertas, no tuvo el valor de suicidarse.

A todo el que se suscriba al MUSEO CRIMINAL hasta fin de mes, se le regalan todos los números publicados desde primero de año y todas las páginas de las novelas **LOS DRAMAS DE PARÍS** y **LOS TRES MOSQUETEROS**

Al presente número van incluidas, en un solo pliego, 8 páginas de **LOS DRAMAS DE PARÍS** y 8 de **LOS TRES MOSQUETEROS**



N inglés acaba de ahorcarse en circunstancias verdaderamente extraordinarias. Samuel Cook se llamaba este sujeto, que desde hace tiempo venía siendo presa de una profunda misantropía. No hablaba a nadie, ni siquiera a su mujer.

Había transportado su lecho al granero de la casa y en la escotilla de entrada colocó una sólida cerradura, aislándose por completo y dando orden de que le entrasen la comida por una abertura practicada en el lecho.

Su mujer le dejó tranquilo, confiando en que desapareciera su acceso de misantropía. Nuestro hombre era un extravagante, pero siempre había vuelto a la vida normal después de su aislamiento.

Pasó el tiempo, y una tarde subió al cuarto de la ropa blanca, pieza por la que se pasaba al granero. Al abrir la puerta lanzó un grito. Por la abierta escotilla del granero pendían dos piernas.

Corrió en busca de una escalera, encontrándose con un espectáculo prodigioso.

Samuel Cook estaba colgado a una cuerda sólidamente atada a una viga. Tenía los brazos y las piernas ligadas al cuerpo hasta el codo. El antebrazo y las manos quedaban libres. Lacabeza estaba cubierta por un pañuelo.

Se reconstituyó fácilmente la historia de este suicidio. Samuel Cook se había colgado con el ceremonial de una ejecución capital.

El mismo habíase atado y una vez la cuerda al cuello se colocó encima de la trampa de entrada, cuyo cerrojo descorrió tirando de una cuerda unida al mismo y el cuerpo se precipitó en el vacío y en la muerte, que se produjo por estrangulación.

Pero no se limitó a esto la extravagancia de Samuel Cook; el suicida dispuso en torno suyo una *mise en scene* sorprendente.

Alrededor de la trampa había tres maniqués; uno vestido de negro representaba el pastor protestante encargado de auxiliar al reo en sus últimos momentos; los otros dos estaban vestidos de vigilantes de la cárcel.

Por último, en el granero había una hilera de departamentos imitando las celdas de una prisión, con su número, un ventanillo y sus cerrojos. En la que había habitado el demente encontré una porción de obras de autores célebres, que trotaban de la pena de muerte.

Un escrito firmado por Samuel Cook atestiguaba que «en el momento de sufrir la última pena reconocía no haber sido nunca tan dichoso como los días pasados voluntariamente en prisión».

La esposa está inconsolable, porque no podía suponer tuviera tan triste fin la monomanía de su marido.

Este hecho, del que da cuenta un periódico de Londres, caracteriza la especial idiosincrasia de los ingleses, que constantemente están batiendo el récord de la extravagancia.



EL ARTE DE DEFENDERSE



Figura 1.ª



Figura 2.ª



Figura 3.ª



SI el lector examina detenidamente la primera de las cinco figuras que a estas líneas acompañan, es casi seguro pase por su imaginación la idea de que cogida una persona por sorpresa, tal cual lo está el guardia civil, la defensa es imposible.

Nada más lejos de la verdad. Siguiendo al pie de la letra las reglas que vamos a dar, podrá fácilmente el que se ve sorprendido y cogido en dicha forma, derribar a su adversario y sujetarle, aun cuando sea superior en fuerzas.

Veamos cómo; pero antes diremos de dónde vinieron a Europa estas reglas, al parecer maravillosas y de infalibles resultados.

Cuatro datos.— No hace una quincena de años aglomerábase cierto día una multitud de hombres y mujeres vestidos con brillantes *kimonos* en uno de los gimnasios militares de Tokio. El Mikado había ordenado al más terrible de los atletas japoneses que se encontrara allí para luchar con un hombrecillo hábil en un nuevo arte de luchar, que tenía el propósito de vencerle.

El emperador del Japón quería conociese su pueblo el

nuevo género de lucha que permitía a un hombre pequeño y apenas sin fuerza vencer a gigantes.

El pueblo acudió entusiasmado a presenciar la partida y el más profundo silencio acogió la presentación del coloso. Su contrincante parecía un pigmeo en relación con el otro, y la multitud rió burlonamente, creyendo sería deshecho de un puñetazo.

Dada la señal, avanzó el gigante dando un abrazo de oso a su contrario, pero a los pocos instantes caía redondo, mientras el hombrecillo aquel le miraba tranquilo y sonriente. La prueba se repitió tres ó cuatro veces con idéntico resultado y los allí reunidos comprendieron que ningún luchador podía resistir el nuevo género de lucha.

Desde entonces, aquel nuevo *sport* se hizo nacional, y el *jiu-jitsu* adquirió carta de naturaleza en el Japón, como arte que facilita al débil la derrota del fuerte.

Los luchadores japoneses recorrieron el mundo venciendo a los atletas, haciendo creer que se trataba de un alarde de destreza y un arte encantado, cuando en realidad es un perfecto conocimiento del organismo humano.

Y lo que constituyó un *sport* en un principio fue pronto aprendido por los policías japoneses para dominar a los delincuentes. Del Japón pasó a Europa y hoy en el extranjero se enseña la parte de él que puede ser útil a los agentes, dando tal aprendizaje resultados maravillosos. El lector podrá juzgar de ello con los ejemplares que hoy y en días sucesivos nos prometemos exponerle.

La defensa al ser corrido.— Supongamos un guardia civil que se encuentra de pronto desagradablemente sorprendido tal cual indica la primera figura.

Veamos lo que debe hacer para dominar a su adversario.

En cuanto se siente aprisionado los brazos, se levanta el pie derecho como se vé en nuestro primer grabado, dando un

fuerte taconazo sobre el pie del adversario. Esto , además del dolor que le produce, le obliga a retirar el pie. Inmediatamente se le coge la pierna derecha, en la posición que indica nuestro grabado segundo, apretando todo cuanto se pueda con el pulgar. Así se le produce un nuevo dolor, que hace que el adversario instintivamente afloje algo el abrazo.



Figura 4.ª



Figura 5.ª

Rápidamente se aprovecha esto para colocar el brazo derecho alrededor de su cuerpo, poniéndole la pierna derecha detrás de la corva de su rodilla, como aparece en el tercer grabado.

Entonces, pegándole detrás de la rodilla con la parte interior de la pierna y acompañando este movimiento con el balanceo del cuerpo de uno, de izquierda a derecha, se le hace perder el equilibrio, tirándole fácilmente de espaldas.

Una vez en el suelo, como caerá levantando las piernas, se le coge el pie con rapidez suma, retorciéndoselo en la forma que indica el grabado cuarto. El dolor que esto le produce obliga al caído a dar la vuelta, quedando boca abajo.

Conseguido esto, se coloca el antebrazo detrás de la rodilla del contrincante, estrechándola mucho y echándole el pie para atrás, cual se ve en el quinto grabado, no podrá moverse. Se hace así tal palanca, que si el adversario pretende resistir se le rompe con la mayor facilidad la rodilla y el tobillo.

A esto queda reducido todo, y como el lector verá, es facilísimo de ejecutar. Claro está que se necesita ensayarlo varias veces con una persona, suprimiendo, como es natural, la parte dolorosa, como darle el taconazo, pero diciéndole que retire el

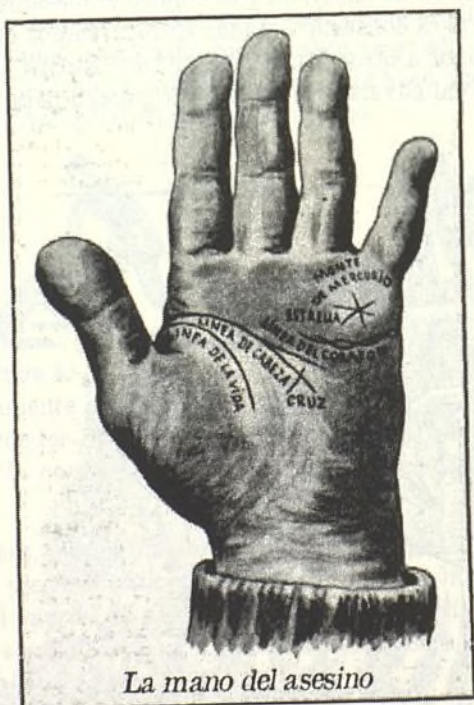
pie cual si lo hubiere recibido.

Cuando se ha ensayado y se conoce el mecanismo, hay que repetirlo para conseguir rapidez en los tiempos que deben sucederse unos a otros. El secreto de todo estriba en coger desprevenido al adversario, no dándole tiempo para rehacerse.



Mientras Marcela sujetaba fuertemente a Andrea, la famosa Tapa de Ojo le atravesaba el corazón con un estilete.

LA NIGROMANCIA DE LAS MANOS,
SEGÚN LA GENTE MALEANTE Y SUPERSTICIOSA.

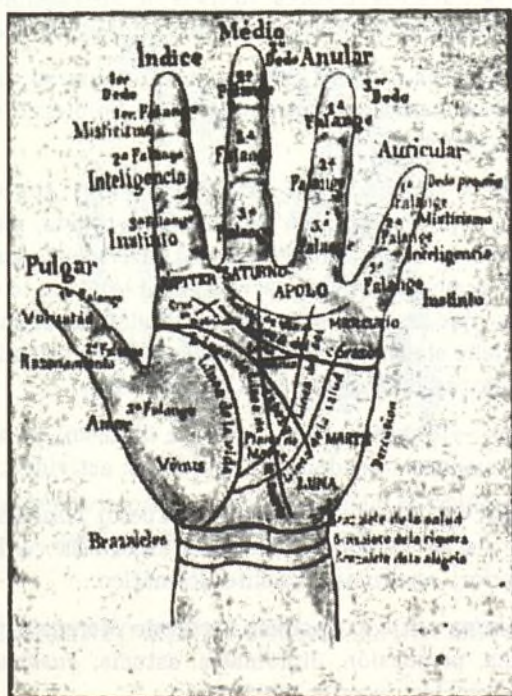


La mano del asesino

Dedos cortos, torcidos y un pulgar en bola, horrorosamente revelador Pocas líneas, y el aplanamiento completo de todos los montes. La línea de la vida es corta: cadalso ó cárcel. La línea de cabeza es igualmente corta y termina en horquilla, esto indica la doblez y el crimen. La cruz marcada en el plano de Marte anuncia que el crimen tendrá su castigo. La línea de corazón, muy corta, revela la crueldad.

El monte de Mercurio, muy prominente, lleva una estrella, y la primera falange del dedo pequeño lleva también otra estrella: esto indica que este asesino será un ladrón vulgar.

GEOGRAFÍA DE LA MANO



Así como lo primero que se hace al llegar a un país desconocido, es estudiar la geografía, antes de entrar de lleno en la nigromancia, es preciso estudiar la geografía de la mano.

Aconsejamos que al leer estas explicaciones preliminares y necesarias, se observen, al mismo tiempo, en la mano del lector o en la de algún amigo.

Estas indicaciones someras están completadas por un estudio más extenso, que se irá hilando.

Nosotros vamos a pasar revista sucesivamente a los dedos,

los montes y las líneas. Así dice el autor del folleto, al que para dar a nuestros lectores motivos de distracción, nos proponemos seguirle en todas sus observaciones en esa materia.

Pulgar. —La primera falange indica voluntad; la segunda, raciocinio; la tercera, comprendiendo el comienzo del monte de Venus, amor.

Índice. —(Primer dedo, dedo de Júpiter) *largo, huesoso*, revela un espíritu inquieto; terminado en punta, anuncia disposiciones perversas; espatulado, una fuerza exuberante en las acciones; cuadrado, amor a la verdad, al orden, a la economía. La mujer que tenga los dedos cuadrados es aquella que el hombre debe elegir por esposa; ella será la seguridad; será fiel, activa, compañera y asociada a nuestra vida.

Medio. —(Segundo dedo, dedo de Saturno) *punteado*, frivolidad; cuadrado, prudencia; espatulado, actividad.

Anular. —(Tercer dedo, dedo de Apolo) *punteado*, amor a las artes y a las quimeras; *cuadrado*, amor a la verdad y espíritu superior; *espatulado*, talento dramático.

Auricular. —(Dedo pequeño, dedo de Mercurio) *punteado*, elocuencia, persuasión, diplomacia, astucia; *cuadrado*, entendido en negocios, jugador afortunado.

El índice y el medio muy juntos, cuando la mano está abierta, indican *independencia de pensamiento*, el anular y el auricular muy alejados, *independencia en las acciones*; si todos los dedos están muy juntos: *originalidad, confianza en sí mismo*. Las terceras falanges muy gruesas en sus bases revelan la *gula*; las primeras falanges encorvadas en la parte superior, hacia adelante, *avaricia*; encorvadas hacia atrás, *extravagancia*. El pulgar encorvado hacia la palma de la mano revela *avaricia*; en el otro sentido, es decir, hacia afuera, *generosidad*.

NOTA CÓMICA



—¡Pero hombre, qué manera de chillar! Si sigues así vas a acabar por alborotar a toda Europa.

PROCEDIMIENTO NUEVO DE LOS «APACHES»

ESA maldita, repugnante y criminal asociación va extendiéndose de una manera alarmante, a pesar de la vigilancia de todas las Policías. En los grandes centros de población cometen a diario los más horrendos crímenes, con el descaro y sangre fría más completa, llevándolos a cabo en bandadas o en cuadrilla.

Hace poco tiempo, el jefe de una de esas bandas, Gastón Adamet, pretendió los favores de una linda muchacha, la que defendió bravamente su honra, resistiéndose. Gastón juró vengarse, y, efectivamente, reunió su banda, y apostados en sitio

conveniente por donde la infeliz tenía necesariamente que pasar, se arrojó sobre ella, disparándola un tiro de revólver en el costado, mientras los demás se cebaban en darla puñaladas, dejándola exánime en tierra.

Otro procedimiento emplean los de esta asociación en los boulevares de París, y no parece sino que desean dar gran celebridad a sus crímenes. Están ensayando el lazo inventado en América para coger en la selva los caballos salvajes; tienen su escuela y arrojan el lazo con tanta maestría como el mejicano más diestro. Hace unos días, leemos que en el boulevard Ney fue capturado por este procedimiento M. Fredine Bourgaudt, como un potro salvaje. Después de haber sido casi estrangulado por la presión del nudo corredizo del lazo, le asestaron una puñalada en el pecho, y acto continuo le robaron cuanto llevaba.



Todos o casi todos estos crímenes de «apaches» quedan impunes; ¿en qué consiste esto?, ¿qué fuerzas tienen esas sociedades?

También la más célebre asociación de «La Mano Negra» da de vez en cuando señales de su fatal existencia; un día lleno de verdadero terror a toda España, y particularmente a Andalucía, y hoy asoma la fatídica cabeza en los Estados Unidos, volando el palacio en donde habitaba el rico banquero D. Ignacio Diguivanni, cuyo edificio se derrumbó casi todo, salvándose milagrosamente noventa y seis personas que lo habitaban.

La Policía averiguó que el banquero había sido amenazado por «La Mano Negra» pero al interrogarle, negó rotundamente, y tan atemorizado estaba que juró no haber recibido carta alguna de los «terroristas».

FANATISMOS RELIGIOSOS. SACRIFICIO BÍBLICO



PERROS LADRONES



la iniciativa de la Policía sirviéndose de los perros como inteligentes auxiliares para la persecución de los malhechores, ha sucedido otra no menos notable de estos caballeros de industria para proteger la suya utilizando iguales elementos.

El noble can, el leal y cariñoso amigo del hombre, que a sus méritos propios para merecer la estimación pública, iba a sumar además ahora el beneficio que a la sociedad reportaba su instinto policíaco, está en vías de desconceptuación y aun de inspirar recelos su presencia, todo por obra y gracia del

ingenio de los amantes de lo ajeno.

No han tenido idea más feliz que la de asociarlos a sus fechorías, educarlos en sus malas artes y conseguir por su mediación no sólo el robo, sino la impunidad; es decir, el bello ideal del negocio.

¿Cómo lo consiguen? Dada la facilidad con que se somete el perro a las lecciones que recibe, una banda de ladrones ha amaestrado a unos cuantos de aquellos animales para saltar sobre los camiones, coches y toda clase de carruajes en marcha, transportadores de mercancías. Empleando las patas y los dientes hacen rodar los bultos basta dejarlos caer en tierra con mucho disimulo, y

ya en el suelo, si son de poco peso, los transportan velozmente al cuartel general de la partida, o bien, si son más pesados de lo que permiten sus fuerzas, abandonan la presa al individuo que presencia la manio-
bra, el cual la da

remate sin que pueda nunca probarsele, en caso desgraciado, otra cosa que el haberse apoderado de algo caído ó abandonado.

De este modo vienen realizando innumerables robos, que les proporcionan cuantiosas utilidades. Advertida la Policía, se dedica especialmente a perseguirlos, pero se ignora el resultado que dará la campaña emprendida. Lo más seguro es que adiestre a su vez otros perros para luchar con los canes ladrones, y probablemente llegaremos a presenciar el encarnizamiento con que se combatan los buenos y los malos por algo

Ayuntamiento de Madrid



que personalmente les es ajeno y que sólo por afecto al hombre toman con tanto empeño.

¿Se modificarían los Códigos, imponiendo penalidad a los perros delincuentes? ¿Habremos de ver a éstos, compareciendo ante los Tribunales? ¿Serán oídos sus descargos?

Vivir para ver.

AHORCADA, QUEMADA Y SEPULTADA

LA acción diligente y el ojo experto de la Guardia Civil acababan de prestar un nuevo servicio que ha causado honda sensación en el centro de la noble comarca castellana.

Supo el Cabo Comandante del puesto de Tudela de Duero (Valladolid), Julián Martín Camino, que en el vecino pueblo de Villabañez, había desaparecido una mujer llamada Melitona Cuesta Calvo. Ninguna queja produjo esa ausencia, ni siquiera el menor sentimiento ni extrañeza, pues, se trataba de una convecina que se ausentaba habitualmente, no por motivos lícitos las más de las veces, sino todo lo contrario, que observaba una conducta licenciosa y depravada, con olvido punible de lo que debía al hogar conyugal.

Algo extraordinario vio el Cabo Martín en esa ausencia, que le obligara a inquirir, ello fue, que pudo alcanzar la convicción de que se trataba de un crimen. Personado en el citado pueblo con los guardias Estanislao Llorente García, Pedro Blanco Rodríguez y Ramón Pérez Iglesias, para continuar sus averiguaciones sacó de ellas que, el marido se declarara autor de su parricidio.

Parece que la conducta de esta mujer, en trato constante con la gente del hampa y, hasta procesada por hurto, originaba repetidas cuestiones matrimoniales. Al regreso de una de sus vergonzosas escapadas, la noche del mes de marzo último se reprodujo la acostumbrada reyerta; exasperado el marido colgó a su esposa de un clavo que había en el techo de la cocina, la ahorcó, y luego prendió fuego al cadáver, pero viendo que no se carbonizaba, hasta reducirse a cenizas lo descolgó y lo escondió en un pajar, de donde al día siguiente lo trasladó a un cerro inmediato y lo enterró.

Con tales antecedentes, acudió la Guardia civil referida al punto marcado donde comprobó la existencia del cadáver, y dando conocimiento entonces al juzgado, llenáronse las demás formalidades de rúbrica.

A la vez que el marido han sido detenidos y entregados a la autoridad correspondiente una hija de quince años y un hijo de catorce por resultar cómplice y encubridor del hecho respectivamente.

Este servicio es modelo de habilidad, de astucia y de buen deseo de cumplir; por lo que al felicitar a los que lo efectuaron confiamos en que serán debidamente recompensados.



LA FAMILIA DELINCUENTE. CUATREROS

HUBO un tiempo en que se llegó a castigar, nada menos que con pena de muerte, a los ladrones que hoy conocemos con el nombre de *cuatrer*os, y, la verdad, no se explica rigor tan inusitado contra gentes cuyo delito se reducía al robo de animales, especialmente de caballerías, a no ser que por ese medio de terror se tratara de perseguir a los gitanos, que han sido y son quienes mayor contingente proporcionan a las filas del ejército *cuatrero*.

Tal vez esa misma arbitraria persecución que los gitanos han sufrido en diferentes épocas, privándoles de todo derecho individual, y hasta prohibiéndoles el ejercicio de muchos oficios e industrias, con lo cual se les sitiaba materialmente por hambre y se les colocaba en el dilema de vagar errantes de pueblo en pueblo, viviendo de milagro, o de robar para no dejarse morir, haya sido la causa de su afición al merodeo y de su propensión irresistible al robo de caballerías, que es su especialidad.

Puede asegurarse que el 80 por lo o de los *cuatrer*os pertenecen a la raza gitana y el 20 restante son discípulos aprovechados de aquélla, en cuya compañía vivieron y cuyas costumbres bohemias y hábitos de salvaje independencia adquirieron a su lado.

Los *cuatrer*os rara vez acuden a la fuerza para cometer los robos, sino que se aprovechan de los descuidos en cortijos, dehesas, casas de labranza y pueblos pequeños para llevarse el ganado caballar, mular y asnal que pueden, y como son maestros en el arte de transformar y desfigurar la capa de esos animales, los ponen de tal manera que, en los primeros momentos, no los conoce nadie.

Se valen también de la astucia, que no les falta, y he oído contar que en una feria se pusieron de acuerdo dos *cuatrer*os para robar una caballería. Uno de ellos la montó para probar, la, salió a galope tendido y todavía están esperando que vuelva.

Generalmente, tienen *corresponsales* en las grandes poblaciones y a ellos envían el ganado robado, si merece la pena, y de lo contrario procuran darle salida en cambios o ventas, engañando siempre al cambiante o comprador, pues es fama que el día que el gitano se acuesta sin haber engañado a nadie, le es imposible conciliar el sueño.



LA MUJER VAMPIRO

SIEMPRE la realidad sobrepasa los límites de la más exaltada fantasía. Ocúrrasele a alguien indicar que en el siglo en que vivimos se reproducen con caracteres de exactitud las escenas novelescas de un *vampirismo* minuciosamente descrito, pero nunca confirmado, y a quien tal dijere se le consideraría como un impostor o como un loco.

Y, sin embargo, el hecho se ha realizado hace pocas noches en el cementerio de Saint Etienne.

Los guardianes del mismo percibieron una mujer arrodillada sobre una tumba, y que, con sus dedos, removía la tierra. Al acercarse, presenciaron un horrible espectáculo. Tres mortajas yacían desenterradas, rotas, y fuera de ellas los cadáveres desnudos de otros tantos niños.

Detúvosela, y al hacerlo, se encontró con que tenía entre sus brazos un cadáver más, medio mutilado.

Créese que se trata de una loca, llegada a ese estado por la muerte de un hijo; pero el caso merece confirmación, porque se abrigan dudas.



ROBO AUDAZ



EN la noche de difuntos de 1903, una cuadrilla de ladrones penetró por una ventana en la oficina donde la Compañía de tranvías de Madrid tenía la caja de caudales. Como medida preventiva, habían sustituido la reja de hierro por otra idéntica de madera. Fracturaron la caja y se llevaron 60.000 y pico de pesetas.

Próximamente un año vivieron los ladrones en la mayor impunidad, felices todos con sus correspondientes concubinas, celebraban juerguecitas en una casa de vecindad próxima al Puente de Segovia, y esto produjo el milagro, o sea la base del servicio prestado por la Benemérita, que después de grandes investigaciones y trabajos ha conseguido, auxiliada por la Policía gubernativa, que en juicio oral celebrado en la Sala 3.^a de la Audiencia de Madrid, a los tres años y pico del robo, fueran condenados los sujetos, todos perfectamente conocidos de la Policía por hechos anteriores y con nombre de guerra en los anales de la delincuencia, cuyos retratos publicamos.

Además de herramientas propias de la profesión, fueron entregadas al Juzgado de instrucción 1.756 pesetas recogidas a los principales autores, un automóvil de viajeros, vagoneta de equipajes, faetón, tartana, berlina, un caballo, una mula, dos yeguas, una jaca, una bicicleta, un carro, arreos, atalajes y montura, papeletas de alhajas empeñadas en 2.020 pesetas ocupadas y ajuares y ropas.

Este importante servicio, por tratarse de profesionales reconocidos como lumbreras del arte del robo en cuadrilla, por medio del escaló, se debe al capitán de la Guardia civil D. Perfecto Valdés, auxiliado por los oficiales de su compañía, Sres. Terreras, Blasco del Toro y por el personal de la quinta compañía de la Comandancia del Sur, que en todos tiempos

viene practicando excelentes servicios que demuestran fehacientemente ser la Guardia civil la garantía de vidas y haciendas.



Servicios de la Benemérita. — Una pareja de conducción de presos, dando el parte al jefe de la Comandancia que se dirige a revistar un puesto.

VIGILANCIA NOCTURNA



EL sereno constituye una institución típica española, y no porque haya sido creada entre nosotros exclusivamente y en los demás países se ignore su existencia, al contrario; el sereno funcionó en distintos pueblos europeos durante la Edad Media, y han ido desapareciendo en el correr de los tiempos, quedando sólo en el nuestro, no tanto por apego a la rutina como por ser aquí, tal vez, más necesaria su continuación que en otras partes.

Sólo en algunas poblaciones alsacianas se conserva el guardián nocturno, el cual, de modo semejante al nuestro, anuncia la hora, precediendo una pequeña tonadilla, que es una oración.

Los extranjeros que nos visitan celebran tan modesto funcionario, y reconociendo sus ventajas, han querido implantarlo en sus países, aunque con ciertas modificaciones en alguno, esto es, sustituyendo el hombre por el perro.

Gante es la primera ciudad que ha organizado los perros vigilantes nocturnos, para evitar los mil robos y atracos que se cometían, pues los guardias de seguridad eran incapaces de conseguirlo.

Para hacer la prueba, eligiéronse siete perros de la raza *bergers*, belgas, de tres especies: de pelo corto, de pelo duro y de pelo largo; todos los cuales poseen condiciones maravillosas para el servicio a que iba a destinárseles.

Principió el aprendizaje por obligarles a no obedecer más que a los agentes uniformados; después se les hizo conocer al detalle el barrio encomendado a la vigilancia y hasta a los vecinos del mismo. Aprendieron a nadar, a sacar del agua objetos voluminosos, a dar grandes saltos, a lanzarse sobre una

persona a la voz de mando y a obedecer hasta por señales.

Ya en funciones, cuando principia el servicio olfatean por todas partes la menor anormalidad, la anuncian por ladridos especiales, que obligan a la presentación de los agentes.

Llevan, *estando de facción*, un collar de aceradas puntas, y en él una medalla, expresando en el anverso la palabra *Policía*; en el reverso se halla estampada la fecha del nacimiento y la de su compra.

No sólo atacan a los ladrones, sino que parece que tienen esmero en moralizar las costumbres. Los nidos que el amor trashumante forma en los macizos de los jardines, son deshechos por estos nobles auxiliares del hombre.

París cuenta con sus famosos tres perros para la vigilancia del Sena, y como los de Gante, llenan su misión, no sólo con el aplauso de las personas honradas, sino con el temor de los bribones, lo cual constituye el mejor elogio de los honrados, modestos y discretos canes.



CARACTERÍSTICA-FISONÓMICA CRIMINAL



UNA de las cuestiones más difíciles y por lo mismo más estudiadas en la antropología, es la de si el criminal tiene en su fisonomía algún rasgo característico.

Hemos leído lo que sobre este importante asunto han escrito verdaderos sabios antropólogos, como consecuencia de profundos estudios y constantes observaciones, y no encontramos siquiera unidad de criterios, puesto que mientras unos dicen que el criminal tiene fisonomía especial por rasgos característicos, otros lo niegan.

El célebre y autorizadísimo escritor criminólogo doctor Laurent, dice que en sus largas observaciones, no obstante ser muy mal fisonomista, ha encontrado un gran parecido especial en los criminales entre sí.

Los rasgos o signos anormales que caracterizan la fisonomía del criminal, opina que son la frente hacia atrás como aplastada, las narices rectilíneas, anchas y chatas, los ojos bizcos, las orejas grandes y salientes, cabellos espesos y largos cubriéndoles la frente, y sobre todo los pómulos muy salientes, dando al rostro un aspecto repulsivo, y unas mandíbulas pesadas y anchas, pareciendo más propias para morder que para masticar. Cuanto más salientes y pesadas aparecen las mandíbulas, acusa en el individuo menos grados de inteligencia, aproximándose más a la configuración de las de las fieras.

Varios de estos rasgos característicos son los que forman, según unos, la fisonomía del criminal; mas también pueden concurrir estos mismos signos anormales de degeneración en cualquier hombre de buenas costumbres; pero esto sucede más raramente que en los criminales y por excepción.

Lombroso, el sabio antropólogo y criminólogo, no obstante

su apasionamiento y la natural nerviosidad que imprime a su temperamento la afición y entusiasmo hacia estos importantes estudios, manifiesta después de haber examinado a 118 individuos no criminales, que los mismos caracteres pueden presentarse en los hombres honrados y en los criminales, pero que en estos últimos se encuentran con cinco veces más frecuencia que en los no criminales, y añade que los rasgos más comunes en los criminales son la mirada siniestra, las orejas salientes, el estrabismo, la fisonomía masculina en las mujeres, y, sobre todo, las *mandíbulas muy desarrolladas*.

La mayoría de los antropólogos sensatos, de los que no fantasean ni llevan la esencia de sus estudios a esas exageraciones que crea el mismo estado psicológico por una exaltada imaginación, nos dicen que los criminales, por lo general, salvando alguna muy rara excepción, reúnen en su fisonomía varios de los rasgos anormales ya referidos, mientras que el hombre de bien no suele tener más que uno o todo lo más dos.

Hay muchas personas que no obstante pasar por honradas, son verdaderamente criminales, por lo que nada tiene de extraño que muchas, teniendo en el rostro rasgos característicos del criminal, y que realmente lo son, pasan por honradas. Quizá una y no despreciable parte de la humanidad, viva feliz y considerada por la sociedad, no obstante ser o haber sido sus individuos ladrones, falsificadores, defraudadores y hasta envenenadores, sin contar, por supuesto, aquellos que han escapado al crimen, debido a circunstancias especiales.

El mismo Lombroso dice no caberle duda que muchas personas son honradas, porque desde que nacieron han disfrutado de gran fortuna y no han tenido necesidad de robar, asesinar ni estafar para satisfacer sus vicios, sus pasiones y sostener gran boato, habiéndole confesado en cierta ocasión una persona muy rica, a la que nada le faltaba, que si hubiera sido pobre hubiera robado y hasta asesinado, dada la violencia de sus deseos y pasiones.

Con respecto a la influencia de la nariz, hemos leído que Ottolenghi, gran especialista en nasología, dice que ha estudiado 830 narices de personas normales y 892 de criminales, entre ellas 28 de bandidos, 40 de asesinos y 22 de violadores, además de 60 de locos, de 40 de epiléticos y 10 de cretinos, y afirma que ha observado que predominaban en los criminales las narices rectilíneas, de largo medio, más bien anchas, muy

protuberantes y con mucha frecuencia anchas. Pero esto no quiere decir que cuando se encuentre alguna persona que tenga una nariz de esa descripción, (y abundan mucho), se la vaya a tomar por asesino o cosa peor.

Estos célebres especialistas en estudios antropólogos, tampoco se atreven a definir al criminal por los ojos, porque no todos los criminales —dicen— padecen estrabismo, tienen la mirada torva y movable ni los ojos inyectados en sangre, como dice Lombroso, y ante estas disconformes opiniones, nosotros damos en este caso un gran valor al antiguo adagio de que «los ojos son el espejo del alma», y creemos sea el rasgo más característico del criminal. Por razón de nuestro oficio, hemos tenido ocasión de capturar a varios de éstos, unos fugados de presidio, otros licenciados de estos establecimientos por reincidentes, y los más, por recientes crímenes cometidos; les hemos interrogado, y cuando las preguntas se les han dirigido con firmeza en la palabra, y más aún en la vista sin separarla



de la de aquél, por muchas *conchas* que hayan tenido, casi siempre se han *descubierta*, y con nosotros está conforme Vidocq, célebre primer jefe de la policía de París. Claro está que en todo hay excepciones, por lo que esta opinión entiéndase en tesis general.

También tuvimos ocasión de observar en grandes e importantes conducciones de presidiarios trasladados de Ceuta a los presidios menores de África y viceversa, en tiempos en que estas conducciones se verificaban por jornadas ordinarias y en muchos centenares de estos reclusos penitenciarios, que todos aunque unos rubios y otros morenos, tenían entre sí un parecido tal, que bien podía aplicárseles aquella frase tan vulgar empleada por la gente de campo, de notárseles *cierto aire*, es decir, un parecido tal, que sin ser posible concretarlo, existe, no obstante, de un modo evidente e indiscutible.

En lo único que los hombres de ciencia (los especialistas en estudios de antropología y criminología), están de acuerdo, es en que lo más característico en la mayoría de los criminales es el tener las mandíbulas muy acentuadas y los pómulos exageradamente salientes, que formando un verdadero *hocico*, les da cierta semejanza a las fieras.

El lector puede examinar el retrato que como ilustración damos en este artículo, por ser tal y como entienden los antropólogos que son los rasgos típicos del criminal.

Y para terminar, reasumimos diciendo que estamos conformes con Lombroso y Laurent al declarar que todos los criminales tienen parecido entre sí, por un no sé qué especial, como individuos de una misma familia.

GRAN CONCURSO DE SERENIDAD



NUESTROS lectores leen en cada quincena los hechos más espantosos que tienen lugar en todos los países extranjeros, y piensan, sin duda, lo horroroso que sería para ellos encontrarse en análogas circunstancias. En los momentos más críticos un poco de sangre fría basta, frecuentemente, para salir ilesos del atentado que contra uno quieran cometer. Este concurso promete ser una verdadera *lección de serenidad* que MUSEO CRIMINAL quiere dar a conocer a sus lectores.

Empezamos: El sargento X, comandante del puesto de una importante villa, recibió orden de perseguir una partida de malhechores que tenía aterrorizada la comarca con sus numerosos crímenes. Una vez sobre la pista y después de un prolongado tiroteo, tuvo la desgracia de caer en poder de los criminales, quienes lo condujeron a una casa aislada en medio de un intrincado bosque. Dentro de la casa los bandidos se constituyeron en tribunal y ante el valeroso sargento pronunciaron la siguiente sentencia:

«Tú que nos has hecho tanto mal, vas a morir; pero tu

agonía será lenta; durante ella tendrás tiempo de arrepentirte de la persecución encarnizada que has emprendido contra nosotros».

El sargento fue atado concienzudamente encima de una mesa de cocina, cuyas patas fueron clavadas al suelo con grandes clavos. Los brazos se los dejaron libres, pero las enormes cuerdas que inmovilizaban su cuerpo no podían desanudarse ni ser cortadas. En un rincón de la habitación colocaron una bomba; después, dispusieron una larga mecha, uno de cuyos extremos estaba en comunicación con la bomba y el otro, lejos de ella, ardía lentamente. La mecha tardaría próximamente un cuarto de hora en consumirse.

Al notar la desaparición del bravo sargento, salieron fuerzas en su busca; al llegar a la casa, penetran en ella y he aquí lo que hallaron:

Al sargento, vivo.

Estaba atado en la misma forma que lo dejaron sus jueces, pero la bomba no había estallado.

El sargento había impedido la explosión.

¿Cómo se las compuso? Lo dejamos al ingenio de nuestros lectores. En nuestro grabado podrán ver la angustiosa situación del veterano y la colocación de los muebles y objetos, tal y conforme los dejaron los bandidos.

En la situación desesperada en que se le ve, el sargento ha encontrado un medio, el único que no había sido previsto por sus martirizadores.

¿Cuál es este medio?

PREMIOS

Primer premio.— Un año de suscripción a MUSEO CRIMINAL.

Segundo, tercero y cuarto premios.— Tres preciosas novelas, con portada en colores, de los mejores autores, para cada uno.

Quinto premio.— Seis meses de suscripción a MUSEO CRIMINAL y los «Dramas de París».

Y sexto premio.— Tres meses de suscripción a MUSEO CRIMINAL y los «Dramas de París».

BASES

1.^a Cada suscriptor no podrá enviar más que una sola solución, lo más breve posible y sin olvidar consignar su nombre, apellidos, empleo y residencia.

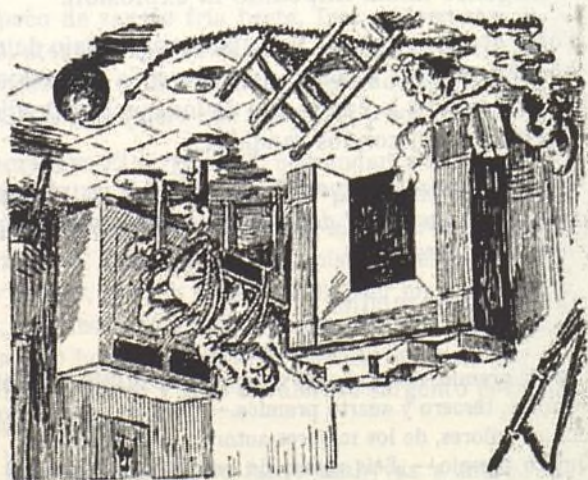
2.^a Los premios se adjudicarán a los que dieran con la solución exacta o a los que más se aproximen a ella.

3.^a En caso de acertar más suscriptores que premios haya, se verificará un minucioso sorteo.

Y 4.^a El plazo para admitir soluciones queda cerrado el día 20 de enero, a las doce de la noche.

SOLUCIÓN AL "GRAN CONCURSO DE SERENIDAD"

El sargento X ha quitado sucesivamente los cajones de la cómoda y mesa, y colocando sobre la chimenea, primero el uno, que ha sido empujado por el segundo, y éstos a su vez por el tercero hasta derribar el busto colocado en la chimenea, que al caer rompe la vasija que hay al pie, y vertiéndose el agua que dicha vasija contiene, moja extraordinariamente la mecha e impide la propagación del fuego y, por lo tanto, la explosión.



A NUESTROS SUSCRIPTORES

EL presente número es el último de MUSEO CRIMINAL, el cual, desde esta fecha deja de publicarse.

La importante Revista ilustrada *El Mundo Militar* se encarga de los compromisos que aquel periódico tenía, y a partir de hoy recibirán los señores suscriptores al MUSEO CRIMINAL, en vez de este periódico, la notable Revista *El Mundo Militar*, que se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes.

A pesar de que el precio de suscripción al *Mundo Militar* es de 75 céntimos al mes para la clase de tropa y una peseta par a los oficiales, los señores suscriptores al MUSEO CRIMINAL recibirán *El Mundo Militar* sin pagar nada más de lo que tienen abonado ya por la suscripción al MUSEO y hasta fin del trimestre que últimamente se les pasó cargo.

Pasada esta fecha, a quienes no avisen en contrario les seguiremos sirviendo *El Mundo Militar* al precio referido de 75 céntimos al mes.



GRAN SOMBRERERÍA
DE
FIDEL GIL Y ARNAIZ
CALLE DE FUENCARRAL, 12
CASA EN BURGOS

Sombreros y gorras de todas clases, de las mejores marcas extranjeras y del país.
Sombreros para eclesiásticos, Guardia civil, Alabarderos, Escolta Real y Cuerpo diplomático.

Gran Relojería de París

Fuencarral, 59, Madrid.

El invento sensacional del siglo.

Montar una orquesta por poco dinero, oír cantar á Gayarre aun después de muerto, y á Tamberlik y á la Patti, tener á todas horas dispuesta la música para matar los ratos de tedio, alegrando el corazón, siempre es un importante problema que se resuelve, pues el estado del espíritu influye notablemente en las decisiones y resultados de cuanto el hombre realiza.

Decimos esto, porque acabamos de ver la gran hembra de Parlophone, máquina parlante y musical, superior á todas sus similares, que el Sr. Thierry, conocido industrial, ha recibido, á precios económicamente inverosímiles, adquiriendo los aparatos directamente de la casa constructora de fábrica, París, pudiendo de esta suerte, dárselos en ventajosas condiciones.

Teniendo, pues, en cuenta lo que el Sr. Thierry ha hecho otras veces, rebajando á nuestros suscriptores el precio de los relojes que tanta fama han adquirido, hemos podido igual conceción respecto á los Parlophones, que ha puesto á la venta, accediendo á ello.

Así, pues, los jefes, oficiales y clases de tropa pertenecientes á los Institutos de Guardia civil y Carabineros que sean suscriptores del Mensajero Oficial pueden obtener:

Por sesenta y cinco pesetas, pagaderas en cinco plazos, un magnífico Parlophone, marca *Luxus*, de trompa, que mide 29 centímetros de largo por 21 de diámetro, y con tres discos de regalo.

Por ciento veinticinco pesetas, un Parlophone último modelo, marca *Non plus ultra*, con trompa niquelada, que mide 30 centímetros de largo por 25 de diámetro, y cuatro discos también de regalo, pagadero en seis plazos. Idem con transmisor «gran concierto», ciento cincuenta pesetas.

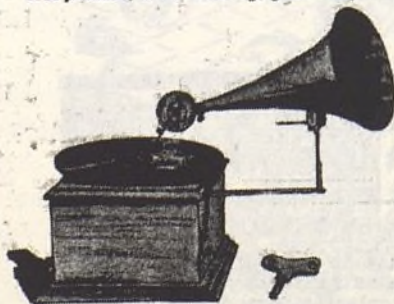
Por doscientas pesetas, un magnífico Parlophone, marca *Imperial*, última novedad, con brujas acústicas y trompa niquelada, que mide 47 centímetros de largo por 30 de diámetro, pagadero en siete plazos, con cuatro discos de regalo.

Con estos precios que se consignan, resulta á nuestros suscriptores una rebaja considerable en los artículos mencionados.

Los pedidos, al Sr. Thierry, gran relojería de París, Fuencarral, 59, Madrid.



El «Non plus ultra», 125 ptas., con 4 discos de regalo.
Idem con transmisor «gran concierto», 150 ptas.



El «Luxus», con 3 discos de regalo, 65 ptas.

Precios de los discos sueltos.

	Ptas.
Disco pequeño.....	4,00
Idem grande de una cara.....	6,00
Idem id. dobles ó de dos caras.....	12,00
Paquete de 200 agujas.....	1,50

En los pedidos se deben indicar la estación más próxima.

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 6.—Teléfono 316.

erlik y á la
siempre es

gale.

te cin-

n brazos
o en siete
n los articu-

Madrid.

ueltos.

Puestas

..	4,00
..	6,00
..	12,00
..	1,50

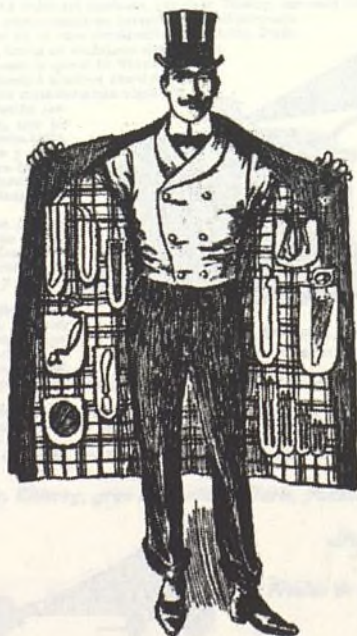
la estación

ófono 316.

Gran Requiza de París

Fundada el 18. Madrid.

El Instituto Internacional del siglo.



AYUNTAMIENTO DE MADRID



1401844380

L
9)



El presente volumen es una recopilación de artículos extraídos de la revista *Museo Criminal*, publicación madrileña especializada en sucesos, que se comenzó a distribuir, suscripción mediante, el 1 de enero de 1904; y cuya vida se prolongó, en entregas quincenales y sin pausa, hasta 1909, cuando en su número 135 se anunció su defunción.

Un convite de *true crime* cañí en tiempos de Alfonso XIII, a base de artículos e ilustraciones de otros tiempos... Cuando se escribía con chal y antiparras, y cuando el terror en las calles de España lo monopolizaban bandoleros, cuatreros, forajidos, anarquistas, *apaches*, sociedades secretas dedicadas al crimen y salvajes de toda índole.

Prólogo de Óscar Alarcía

PARA LECTORES ADULTOS

Ayuntamiento de Madrid

LIBRITOS JENKINS



ANUARIO DE LA ANTOLOGÍA (1904-1909)



AYUNTAMIENTO DE MADRID



1402505175



THE FAIRY FELLER

[uaeh] - unidad autónoma de edición

Colección:

THE ART YOU
ARE LOOKING FOR
HAS CHANGED OR
PROBABLY MOVED.
PLEASE, RETRY VISITING
THE HOME PAGE
AND LOOKING FOR IT
AGAIN.



Ayuntamiento de Madrid